Eso NO ESTABA *en mi* LIBRO *de* JAPÓN

BEATRIZ LIZANA LÓPEZ

A Japón no sólo hay que conocerlo sino también interpretarlo, así como para entender el presente hay que investigar el pasado. ¿Qué relación tienen los *cosplayers* con los *dōjinshi*? ¿Es difícil hacer amigos del país flotante? ¿Existe la obesidad en Japón? ¿Cómo imaginas que se utiliza un diccionario de su idioma? ¿Por qué hay palabras niponas que se parecen al español? ¿Acaso es el cerebro japonés diferente al de un occidental?

«El imperio del sol naciente» es un país con un fuerte sentido de grupo, muy seguro y homogéneo, donde se trabaja mucho y se respeta al prójimo ante todas las cosas. Pero, ¿es así realmente? De serlo, ¿qué es lo que implica? En estas páginas, Beatriz Lizana López nos guía como una magnífica cicerone por los gustos, aficiones y costumbres niponas al tiempo que nos descubre sus raíces sociológicas, lingüísticas, históricas, psicológicas e incluso genéticas.

Nos adentraremos en su complejo sistema de valores, comprenderemos que la comunicación no verbal está lejos de ser universal, que en Japón sí existen los rubios —naturales— así como la discriminación, sabremos los motivos reales de su extrema puntualidad o las causas por las que los niños parecen menos infantiles… Estas páginas satisfacen la curiosidad de quien encuentra placer en observar las situaciones cotidianas y, además, le fascina reflexionar sobre el porqué de las cosas.

Beatriz Lizana López

Eso no estaba en mi libro de Japón

ePub r1.2
Titivillus 21.08.2022

Título original: *Eso no estaba en mi libro de Japón*
Beatriz Lizana López, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Eso no estaba en mi libro de Japón
Introducción
Japón en diez minutos
Lista de periodos con algunos de sus sucesos más relevantes
13.000 a.C.-300 a.C.: Periodo Jomon
300 a.C.-250 d.C.: Periodo Yayoi
250-710: Periodo Yamato
794-1185: Periodo Heian
1185-1333: Periodo Kamakura
1333-1336: Restauración Kenmu
1336-1573: Periodo Muromachi (también conocido como Ashikaga)
1573-1603: Periodo Azuchi-momoyama
1603-1867: Periodo Tokugawa (también llamado Edo)
1867-1912: Periodo Meiji
1912-1926: Periodo Taishō
1926-1989: Periodo Shōwa
1989-2019: Periodo Heisei
2019-actualidad: Periodo Reiwa
Japón desde el aire
Hablar y escribir japonés
Los kanjis, una herencia china
Katakana, hiragana y su otra hermana
¿Qué tienen en común el japonés y el español?
Respuestas difíciles a preguntas fáciles
¿Cómo firman los japoneses?
¿Cómo es un teclado japonés?
¿Cómo se busca en un diccionario japonés?
Palabras japonesas que parecen español
¿Tan difícil es este idioma?
Con un sistema de escritura tan distinto, ¿su cerebro también es diferente al occidental?
¿Por qué hay tantos sufijos?

Costumbres gastronómicas
Origen de los palillos
La democratización de los palillos
Misma comida, distinto sabor
Por qué tú también deberías comer como los japoneses
La gastronomía japonesa es muy sana, ¿o ya no tanto?
Entonces, ¿existe la obesidad en Japón?
Por qué tanto arroz…
… y tan poca carne
El bentō, mucho más que una caja con comida
Los konbinis
Borracheras de infarto
Lo que dice la ley
Un vistazo al bar
Entonces, ¿por qué gusta beber?
Cogorzas genéticas
La importancia del espacio cuando se viaja en solitario
La familia y la mujer
El origen de la familia
Una buena noticia sobre la situación de la mujer en Japón
La mala noticia
Roles de género y roles de jerarquía
Las relaciones sentimentales y el sexo
¿Quieres ser mi hijo adoptivo?
Casados, divorciados y adoptados
Los desfavorecidos
Los marginados
¿Es difícil hacer amigos japoneses?
A no es amigo de B si B no es amigo de A
Amigos instrumentales
Amigos de alquiler
¿Qué más quieres que te alquile?
La comunicación no verbal no es universal
Faltas de respeto que nunca creerías
Incongruencias que no se cuestionan
Tokio bajo tierra
Mucho más que una estación
Con un horario establecido
Las 17:42 en punto
Como sardinas en lata

Una extranjera en Japón
¿Por qué Japón es un pueblo tan homogéneo?
Los otros
¿Qué los hace ser especiales?
Uno entre siete mil millones
La infancia y la juventud japonesa
El camino a la escuela
Las escuelas públicas
Un sistema educativo diferente
Distintos valores
El ijime y los futoko
El aislamiento social
Los suicidios
Así trabajan
La virtud del trabajo
Los japoneses trabajan mucho
¿Conciliación laboral?
Vámonos de vacaciones
Cultura pop
El terror japonés
¿Solo un disfraz?
Mucho más que dibujitos
Aprender jugando (a la Playstation)
Ser o no ser otaku
Los Juegos Olímpicos de Tokio 2020 (+1)
Entender los Juegos Olímpicos
Cuánto cuestan las Olimpiadas
¿Qué implicación tienen los Juegos Olímpicos en Japón?
La visión japonesa del deporte
El judo como deporte olímpico
La paradoja de la modernización
Bibliografía
Agradecimientos
Sobre la autora
Notas

A mis padres, por darme alas en vez de piernas, y a Alberto, por su paciencia con mis vuelos.

Introducción

Cuesta mucho tiempo conocer un país y su idiosincrasia, a veces, una vida entera. Yo apenas estuve en Japón un mes así que me disculpo por adelantado ante aquellos que lo estudian y lo visitan con tanta frecuencia que se lo conocen mejor que su propia casa.

Hasta allí me fui con el objetivo de aprender a vivir en una ciudad como Tokio sin llamar demasiado la atención. Fue difícil. De aquellos treinta días, los dos primeros creía que no estaba en Japón sino en el escenario de una enorme película muy difícil de comprender. Los dos últimos entendí que estuve viviendo, literalmente, en el futuro. ¿Y si escribía un libro?

Skytree, torre de comunicaciones, mirador y centro comercial de Tokio. Autora: Beatriz Lizana.

«El periodista extranjero, cuando lleva apenas un mes en ese

país siente la necesidad de escribir, motivado por la fascinación, algún artículo; cuando lleva tres meses, un libro y cuando lleva un año no se atreve a escribir casi nada» (Landeras, 2014: 18).

Me salté las reglas para seguir experimentando, que es lo mío. Escribir fue una manera de volver al presente pero, ante todo, este libro tiene una razón de ser: satisfacer la curiosidad de quien encuentra placer en observar las situaciones cotidianas y además le gusta reflexionar sobre el porqué de las cosas.

Lo que aquí vas a leer parte de tres premisas:

1. El punto de partida es mi propio punto de vista, como mujer blanca y española que viaja sola. Por eso, las anécdotas que se suceden a lo largo de los capítulos son subjetivas —soy yo la que observo, veo e interpreto—.
2. Durante el viaje me relacioné con varias personas que me ayudaron a saciar mi curiosidad. No hubo entrevistas formales porque nada de esto estaba planificado mientras ocurría. Documenté todo lo que pude y eso me ha servido para armar parte de esta historia.
3. Tras finalizar el viaje ha habido un proceso de investigación en el que he tratado de contrastar todas las respuestas que encontré en aquella gente, además de otras que surgieron ya a la vuelta en España.

Mural visto en las paredes de un paso subterráneo de Kamakura. Autora: Beatriz Lizana.

Esto no es un libro de viajes en su significado más ortodoxo ni yo soy experta en la cultura nipona. El propósito ha sido recopilar todas esas dudas y prejuicios con los que me he ido encontrando para darles una respuesta lógica y rigurosa.

El libro en sí mismo es un viaje a los pensamientos que van surgiendo al caminar por las calles de este país. Si vas a viajar a Japón, estas historias te servirán para entender determinadas situaciones y tener un acercamiento a esta cultura lo menos traumático posible —porque puede llegar a serlo—. Y si aún la idea del viaje se te resiste, ojalá te plantees en algún momento el ir a verificar por ti mismo lo que aquí se cuenta. Porque, al fin y al cabo, nada de esto pretende ser una verdad absoluta.

Japón en diez minutos

Los viajeros se dividen en dos tipos de personas. Los que planifican con antelación cada viaje, estudian todo sobre el territorio y siguen un itinerario más o menos marcado; y los que conocen entre poco y nada los lugares a donde viajan. «Pero ¿cómo que no sabes dónde vas a dormir la segunda semana? ¿Tampoco tienes idea de si vas a visitar el monte Fuji? ¿Y Nara? No te pierdas Osaka que dicen que allí los japoneses son más abiertos», le recomienda uno a otro. «¿Por qué debería moverme a otra ciudad si descubro que donde estoy es maravilloso? Llevo reserva de alojamiento para los primeros días, ya iré viendo. No necesito saber con antelación en qué lugar del mundo veré el próximo atardecer. Lo del *wanderlust,* le dice la hija al padre».

Esta conversación no está basada en hechos reales pero sirve para derribar mitos. Parafraseando otra vez a Ignatius Farray, «no tienes ni puta idea de cuál es el camino del Tao». Porque ningún tipo de viajero es mejor que otro, porque *Nadie sabe nada* y porque *Aquí hay dragones* —grandes *podcast* y mejores personas—.

En realidad soy una tipa seria y esto es un libro de divulgación, no lo abandones por el móvil al primer clin que escuches —que los españoles usamos WhatsApp una media de 64,35 minutos diarios—.

A continuación encontrarás una visión muy general de la historia de este país, que no llega ni a esquema, pero sirve para asentar las bases de su cronología. También se puede usar como glosario de sus periodos, que no son pocos ni fáciles de recordar.

Lista de periodos con algunos de sus sucesos más relevantes

13.000 a.C.-300 a.C.: Periodo Jomon

Los habitantes de las islas entran a través de Corea y son recolectores, cazadores y pescadores. El origen mitológico de Japón se remonta al 660 a.C. con Amaterasu, la diosa del sol y ancestro de todos los emperadores de Japón. La pieza de alfarería considerada de las más antiguas del mundo es japonesa, de este periodo.

300 a.C.-250 d.C.: Periodo Yayoi

Empieza a penetrar la cultura china. Comienza la agricultura con la introducción de los cultivos de arroz y el trabajo del hierro y el cobre. Hay indicios de que durante todo este periodo la sociedad japonesa es matriarcal. Surgen las primeras unidades políticas en forma de pequeños clanes.

En el siglo II d.C. Japón pasa por un periodo de guerra civil, la más antigua que ha sido documentada. La paz se restauró sobre el año 180 d.C., cuando la reina Himiko (o Pimiko, según la transcripción china) tomó el control de la región de Yamatai-koku (a día de hoy no se sabe la localización exacta a la que corresponde este lugar).

250-710: Periodo Yamato

Durante los siglos IV y V d.C. la influencia china y coreana se extiende por todo el país; se introducen sus conceptos culturales, intelectuales, religiosos y políticos.

En el siglo VI los japoneses adoptan un sistema de escritura en base a los *kanjis* chinos, aunque las primeras referencias escritas sobre Japón aparecen en el texto chino *Historia del reinado de Wei*, escrita en el año 297 d.C. Más tarde también se menciona en otro texto chino, *Historia de la última dinastía Han,* recopilado en torno al 448 d.C. En estos primeros escritos se nombra a Himiko, sin embargo, los historiadores japoneses nunca la llegan a incluir en sus documentos.

Hasta el siglo VII se conoce este lugar del mundo como Wa o

País de Yamatai. A finales de este siglo aparecen las palabras *nippon* y *nihon*, que así es como los japoneses llaman a Japón y a día de hoy son palabras sinónimas.

La primera obra japonesa importante es el libro *Man'yōshū*, una recopilación de diez mil poemas del siglo VIII. En este siglo se establece la capital en Nara con carácter permanente (hasta entonces, la capital se movía al lugar de residencia del emperador).

794-1185: Periodo Heian

El sistema de escritura silábica propia aparece en el siglo IX. Surge así la literatura japonesa y destacan las mujeres de la corte como Murasaki Shikibu, autora de *Historia de Genji*, considerada una de las novelas más antiguas escritas. A nivel político, el clan Fujiwara ostenta el poder, que lo mantiene a base de regencias y matrimonios concertados con la familia imperial.

1185-1333: Periodo Kamakura

Tras varios enfrentamientos, accede al poder Minamoto no Yorimoto, quien es proclamado por el emperador como sogún (literalmente, «comandante del ejército»). Hay historiadores que comparan este sustantivo con el apelativo de «dictador general» o «generalísimo».

Si bien el emperador era el legítimo gobernante de Japón, el sogún gobernaba en su nombre. Era parecido al feudalismo europeo: el emperador no tenía el poder real, sino que dependía del daimio (el señor feudal propietario de las tierras) más importante. Es decir, del sogún, el mayor rango que un daimio podía obtener. Este establecía un gobierno militar de corte feudal, y por eso a este régimen se le llamaba sogunato.

Al morir Minamoto surgen enfrentamientos entre sus descendientes y el poder imperial, al que vencen, y el control del país pasa a manos del clan Hojo de Kamakura, quienes se consolidan como regentes del sogún.

1333-1336: Restauración Kenmu

Aunque acabó en fracaso, en estos años se realizó el primer intento de restauración de la autoridad imperial sobre el poder feudal. El emperador Go-Daigo se sublevó para hacerse con el control del Estado. No fue muy bien hasta que apareció Ashikaga Takauji, general del sogunato Kamakura que se cambió de bando para aliarse con Go-Daigo. Se derrocó a los Hojo, lo que supuso la desaparición definitiva del sogunato Kamakura y la restauración del poder imperial, aunque por solo tres años. El emperador no supo imponer su autoridad y la situación era inestable en la corte, por lo que Takauji rompió su alianza con Go-Daigo y se autoproclamó sogún tras combatir en otra batalla.

1336-1573: Periodo Muromachi (también conocido como Ashikaga)

Go-Daigo huye hasta el sur y en Kioto se nombra a otro emperador. Durante cincuenta años conviven las dos cortes imperiales, hasta que en 1392 el sogún convence a la del sur que vuelva a Kioto para fundirse con la del norte, asegurando que los descendientes de ambas cortes irían ocupando el trono alternativamente. Este acuerdo nunca llegó a cumplirse, y son los descendientes de la corte norteña los que han ocupado el trono hasta nuestros días.

Durante los siglos XV y XVI se producen constantes guerras civiles y enfrentamientos entre familias, pues los nuevos actores políticos son los samuráis y los daimios.

En 1543 llegan los portugueses, que introducen las armas de fuego, y en 1549 los misioneros jesuitas, esta vez para intentarlo con el cristianismo (destaca san Francisco Javier). Los daimios recibieron a los misioneros con buenos ojos, al menos en un principio, porque les facilitarían el comercio con los países occidentales y porque querían acabar con las facciones budistas que se les oponían.

1573-1603: Periodo Azuchi-momoyama

Cuando los daimios se dieron cuenta que sus vasallos veneraban a alguien superior a ellos —a Dios— se empezaron a preocupar. En 1587 se promulgó un edicto para que los misioneros abandonaran el país, aunque no fue hasta 1614 cuando se prohibió el cristianismo. Se estima que había unos trescientos mil conversos, de entre los dieciocho y veinte millones de habitantes que había en aquella época. Se obligó a todo el mundo a formar parte de alguna de las principales sectas budistas. Todos los que se ocultaron pero fueron descubiertos, los ejecutaron; los que consiguieron esconder su fe se convirtieron en «cristianos secretos».

Durante este periodo, algunos daimios se volvieron tan poderosos que podían manipular al sogunato a su conveniencia o incluso deponerlo. Oda Nobunaga fue uno de ellos. Luchó por el control del clan a la muerte de su padre, matando a uno de sus hermanos en el proceso. Así, en 1573 puso fin al sogunato Ashikaga. Lo cierto es que fue muy combatiente y despiadado, siendo uno de los primeros en utilizar de forma eficaz las armas de fuego que introdujeron los portugueses. Mató a miles de personas inocentes, muchos de ellos niños. Como a cada cerdo le llega su san Martín, acabó muriendo a manos de Akechi Mitsuhide, uno de sus partidarios, que se había vuelto en su contra —y se suicidó antes de ser capturado—.

A Nobunaga lo sucedió un antiguo seguidor, Toyotomi Hideyoshi, que reunificó todo Japón y quiso mantener el control absoluto. Para ello, destruyó castillos y presionó a los samuráis, promoviendo una estricta distinción de clases y elaborando un censo de la población.

También quiso conquistar Corea y su idea era ir después a por China. No lo consiguió porque los coreanos los echaron con ayuda de los chinos, aunque Corea acabó desolada. Hubo un gran periodo de hambruna y mucha gente murió de inanición en aquel país.

1603-1867: Periodo Tokugawa (también llamado Edo)

Hideyoshi murió antes de conseguir sus objetivos de conquista, y tras su defunción muchos líderes daimios lucharon por el poder. Entre ellos Tokugawa Ieyasu, quien ejecutó a su propia esposa y

obligó a su hijo a hacerse el harakiri porque así se lo ordenó Nobunaga. De este modo, Ieyasu fue quien se proclamó finalmente sogún del nuevo gobierno establecido en Edo (la actual Tokio) y permitió que la corte imperial se quedara en Kioto —si bien el emperador siguió siendo el jefe del culto imperial sintoísta, carecía de poder político—.

En 1633 se prohibieron no solo los libros extranjeros sino también viajar al exterior y practicar el catolicismo, bajo pena de muerte. Solo se permitió el comercio a través del puerto de Nagasaki con chinos y holandeses. Una vez se asentó el sogunato, le siguió un periodo de paz relativa en el que se asentó el neoconfucianismo, una escuela de pensamiento en la que se otorga mucha importancia a la jerarquía, tanto en la educación como en la sociedad.

1867-1912: Periodo Meiji

El emperador de la dinastía Meiji recupera su poder en 1868. A partir de entonces se emprenden una serie de reformas estructurales para equiparar la sociedad japonesa con la occidental. Algunas de ellas: se transforma el orden político, los daimios y los samuráis pierden tierras y privilegios, se reforma el sistema educativo, se reestructura el país en prefecturas, se incorpora la libertad de culto, etc.

En 1894 se da la primera guerra contra China por conflicto de intereses en Corea, con victoria para los japoneses.

1912-1926: Periodo Taishō

Coincide con el reinado del emperador Taishō. Fue un hombre de salud frágil, lo que provocó un cambio en el poder político, del viejo grupo oligárquico hacia la Dieta de Japón —asamblea u órgano máximo de poder— y los partidos democráticos.

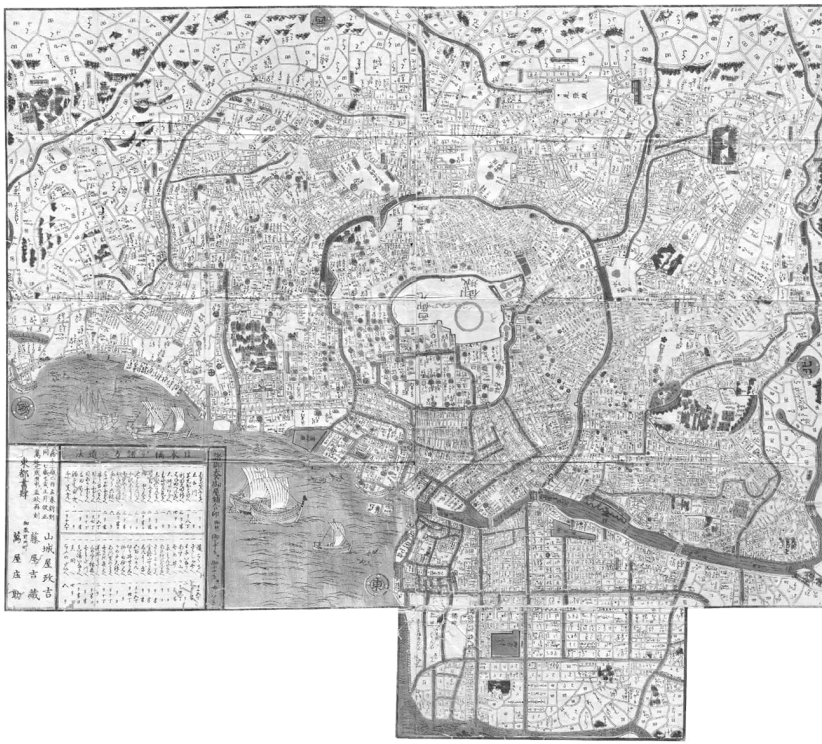
Durante la Primera Guerra Mundial, Japón se posiciona con las potencias aliadas, la Triple Entente (Francia, Reino Unido y el Imperio ruso) para hacer frente a la Triple Alianza (Imperio alemán, Imperio austrohúngaro e Italia) y obtener ganancias territoriales en

el Pacífico.

El 1 de septiembre de 1923 hubo un terremoto de 7,9 grados en la escala de Richter en la región de Kanto —donde se encuentra Tokio— que causó unas 140.000 víctimas entre muertos y desaparecidos. Esto provocó muchos incendios, que se expandieron por la enorme cantidad de infraestructuras de madera y por los fuertes vientos de un tifón cercano. Se extendió el rumor de que los coreanos aprovecharon la catástrofe para cometer robos y provocar más incendios de forma deliberada. Así, se establecieron puntos de control para detectar coreanos —que pronunciaban determinadas letras de manera diferente— y asesinarlos. Murieron cientos de coreanos inocentes, además de chinos y habitantes de otras zonas de Japón que tenían acentos distintos.

Se aprobó el sufragio universal masculino en 1925.

Japón tiene un riesgo elevado de terremotos y tsunamis. Por eso es normal ver señales de qué hacer o adónde ir en caso de un evento así. Autora: Beatriz Lizana.



Mapa del antiguo Edo, lo que hoy es la región de Tokio. Una superficie de unos 2200 km2 en la que actualmente viven más de 35 millones de personas.

1926-1989: Periodo Shōwa

Corresponde al reinado del emperador Hirohito, quien fue el emperador número 124. *Shōwa* significa literalmente «periodo de paz ilustrada». Paradójicamente, en 1937 Japón comenzó una segunda guerra con China y en 1941 atacó la base de Pearl Harbor de Estados Unidos. Tras otros combates, el país entró a la Segunda Guerra Mundial con las dos potencias del Eje (Alemania e Italia).

En 1945 sufrió dos ataques con bombas atómicas en Hiroshima y

Nagasaki, los únicos de la historia.

Tras la derrota en la Segunda Guerra Mundial, Japón fue ocupada principalmente por Estados Unidos durante siete años. En ese tiempo se escribió una nueva constitución, se disolvió el Ejército japonés y se reformó el sistema político con el objetivo de establecer un Estado de derecho gobernado por un sistema parlamentario.

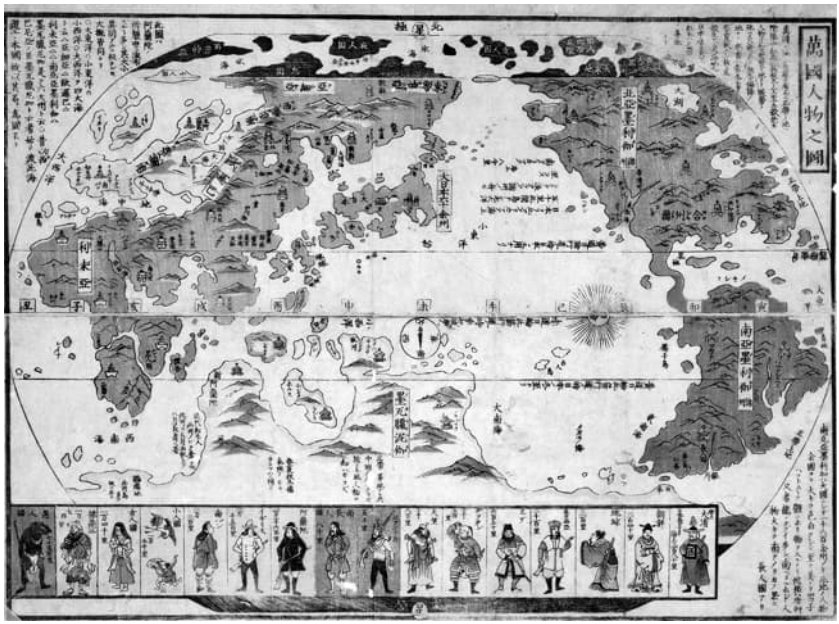
A partir de 1952 y después de tanta calamidad, el pueblo japonés levantó de nuevo su país. El trabajo se convirtió en un símbolo de honor que colocaba a las personas en un estatus social alto —dejaron de existir las clases sociales de manera oficial, aunque seguían latentes—. Durante las décadas de los sesenta y setenta Japón creció exponencialmente, pasó de ser un país devastado a una gran potencia económica. Con la crisis del petróleo dio un giro a su industria, para centrarse en la electrónica y la alta tecnología.

En 1964 se celebraron los Juegos Olímpicos de Tokio —decimoctava edición de los juegos modernos—. Pocos días antes se inauguró la primera línea de tren de alta velocidad del mundo, que une Tokio con Osaka.

1989-2019: Periodo Heisei

Falleció el emperador Hirohito y le sucedió su hijo Akihito.

En este periodo estalló la burbuja financiera e inmobiliaria, con lo que el país entró en periodo de deflación.



Mapa del mundo con Japón centrado, realizado a principios del siglo XIX. Las descripciones de los pueblos extranjeros, la distancia de Japón a esas tierras y los distintos climas dan una noción del limitado conocimiento geográfico y los estereotipos de la época. Los lugares mencionados incluyen el «País de los pigmeos, 14 000 ri» (1 ri = 2,4 millas), «País de las mujeres, 14 000 ri» y «País de las personas negras, 75 000 ri». Abajo a la derecha, se informa que América está poblada de «personas que son más altas que en nuestro país, blancas y hermosas… cuanto más al sur, más grandes son las personas; en el extremo sur de Sudamérica se encuentra el Chiika-koku (país de las personas altas)».

El 17 de enero de 1995 un terremoto de 7,3 grados afectó especialmente a la ciudad de Kobe. En marzo del mismo año, la secta religiosa Aum Shinrikyo cometió un atentado terrorista con gas sarín en el metro de Tokio. Meses después se detuvo al líder de la secta y se le condenó a muerte —la pena capital es legal en Japón aún a día de hoy—.

El 25 de abril de 2005 un tren descarrila y se empotra contra un bloque de apartamentos. La hipótesis más probable del accidente es que se debió al exceso de velocidad para recortar un retraso de dos minutos.

El 11 de marzo de 2011 se produce otro terremoto de 9 grados que provoca un tsunami de diez metros de altura que arrasa la costa noreste del país. Se daña la central nuclear de Fukushima.

En 2012 el Gobierno realiza un informe en el que se estima que para 2060, el 40 % de la población tendrá edad para jubilarse.

2019-actualidad: Periodo Reiwa

El emperador Akihito abdicó el trono imperial en su hijo Naruhito.

Shinzo Abe sigue siendo el primer ministro desde el 2012.

Reiwa significa «armonía bien ordenada».

Las Olimpiadas de Tokio 2020 se posponen al 2021 por la pandemia del coronavirus, que también se ha dispersado entre los casi 127 millones de habitantes que tiene hoy el país. Hasta la fecha, Japón ha estado presente en 42 ediciones de los JJ.OO. y ha ganado un total de 484 medallas.

Japón desde el aire

Tras este brevísimo resumen por su historia, sigamos observándolo desde otro ángulo, ahora a vista de pájaro. Desde las alturas pareciese que este país solo tiene cuatro grandes islas, cuando en realidad es un archipiélago compuesto por 6852 islas e islotes, todas repletas de montañas y escarpadas costas. Lo cierto es que vivir en Japón tiene su riesgo, puesto que se encuentra en el Cinturón de Fuego, el círculo sísmico de la cuenca del Pacífico. Cuenta con doscientos volcanes, de los cuales sesenta pueden entrar en erupción en cualquier momento —y representan el 20 % de los volcanes activos del planeta—. Eso implica una gran cantidad de desastres naturales, no obstante, no le quita ni una pizca de atractivo como lugar al que ir al menos una vez en la vida.

Para quien no le tiemblen las rodillas ni con los terremotos, que pruebe a viajar hasta Japón andando. Google Maps —esa herramienta del demonio que de vez en cuando nos salva la vida— muestra una ruta a pie desde Barcelona a Tokio: serían 2675 horas, es decir, unos 110 días andando sin parar. Aunque atención, que el último tramo no sería a nado sino en ferri. También se puede llegar en barco si se sale desde Corea, China, Taiwán o Rusia.

Pero mi consejo es este. Para viajar al futuro lo mejor es usar una cápsula transportadora y hacer que aterrice en uno de sus cinco aeropuertos internacionales. Desde España solo son unas trece horas de vuelo, poco más de 10.600 kilómetros de distancia, apenas ocho husos horarios. Con cuidado de no equivocarse de aeronave, como aquel pobre hombre que hizo un trayecto con la aerolínea All Nippon Airways y a las cuatro horas de vuelo se dio cuenta de que él no quería llegar a Tokio. El piloto decidió dar la vuelta y los pasajeros —entre los que se encontraba la esposa de John Legend, quien hizo arder Twitter por el incidente— gastaron ocho horas de

su vida volando de Los Ángeles a Los Ángeles.

Segunda sugerencia para el momento del vuelo. El cuerpo necesita un día por cada hora que se cruza en el espacio aéreo para acostumbrarse al cambio. Eso significa que se necesitan ocho días para dejar de sufrir *jet lag* y amoldarse al cien por cien al nuevo horario japonés. Muchos deportistas profesionales tienen en cuenta esta ecuación para poder rendir al máximo en sus competiciones. Sin embargo, los turistas de a pie apenas disponen de pocos días más de vacaciones. En este caso, algo que puede funcionar es dormir los días de antes del vuelo según el horario japonés. Es probable que eso implique retrasar o adelantar mucho la hora de irse a la cama. La idea es cansarse en el país de origen y recuperarse lo antes posible una vez en el destino, porque los síntomas del *jet lag* pueden ser muy desagradables (fatiga, dificultad para mantenerse alerta, problemas gastrointestinales, cambios de humor, etc.).

Tercera idea, siempre ventanilla. Es probable que se aterrice en uno de los aeropuertos de Tokio, una megaciudad tan inmensa que ni desde la altura se le ve el fin.

Cuarta. Una vez se aterrice, no tener prisa por salir ni del avión ni del aeropuerto. Sin correr, no vaya a ser que las cámaras térmicas confundan sofoco con fiebre y entonces lo primero que se pise sea un hospital. Que ya sabemos lo que significa una cuarentena.

Y última, el JR-Pass —ese billete que te permite viajar por todo el país durante un periodo de tiempo limitado— se puede validar de forma *online*. Mucho mejor que hacer cola, que las de la oficina del aeropuerto son más largas que el eructo de una girafa.

Hablar y escribir japonés

Decía que yo soy de las que sabe muy poco del destino al que viajo. Antes de llegar, se sobreentiende, porque una vez allí ya sé cómo suena y a qué huele, que no es poco.

Mi principal preocupación antes de partir de viaje a Tokio fue el idioma. Por un lado, porque leía por todos lados que el uso del inglés no está muy extendido, ni siquiera entre los jóvenes. Y por otro, ¿cómo iba a ser capaz de desenvolverme en una ciudad cuya escritura me parecía un jeroglífico? Por eso quise hacer los deberes del buen viajero y aprender algunas expresiones útiles para mi supervivencia, además de las palabras clave más importantes (hola, gracias, por favor, disculpa). Me propuse un reto, además de aprender a pronunciarlas, también quise escribirlas y leerlas.

¡Menudo embrollo!

¿Cómo empezar a aprender japonés desde cero? No disponía de mucho tiempo. Se me ocurrió que un buen tutorial de YouTube y alguna aplicación en el móvil debían ser suficientes para mi propósito. Tenía un listado de unas quince palabras así que, en mi lógica de mente española, empezaría por estudiar el abecedario. La m con la a, ma. La j con la a, ja… ja, ja, ja.

Cuatro abecedarios tiene el japonés y uno de ellos dispone de más de 2000 símbolos en su versión más simple, debí haber hecho un estudio de viabilidad antes de proponerme aquel reto. El japonés tiene unos 1500 años de antigüedad, aunque a día de hoy lo hablan más de 128 millones de personas repartidas no solo por el archipiélago nipón sino también en Palaos, Guam, las Islas Marshall, los Estados Federados de Micronesia, Filipinas, Estados Unidos, Brasil y Perú. De todos, solo es idioma oficial en Palaos, ni siquiera en Japón lo es. No hay ley que así lo identifique, deduzco que es porque existen al menos otros once idiomas al sur del país en

las islas Ryūkyū, los cuales a su vez tienen diversos dialectos. El japonés estándar que nosotros conocemos es el que se habla en la zona de Tokio y a él corresponde este análisis.

Los *kanjis*, una herencia china

El japonés se considera una lengua aislada en su origen. Es decir, no hay consenso para delimitar su procedencia porque no se ha podido demostrar un parentesco genealógico con ninguna otra lengua. Esto podría explicar por qué puede resultar tan complejo este lenguaje, de quien una vez el misionero san Francisco Javier dijo: «El japonés debe ser un elemento creado por el demonio para prevenir que la palabra de Dios se extienda».

De hecho, hasta el siglo VI solo existía en su forma oral. En esa época, los antiguos japoneses estaban influenciados por mercaderes y monjes chinos, quienes iban más avanzados en el ámbito de la escritura y llegaban al país a través de Corea. De ellos tomaron prestado los *kanjis* —esos típicos grafemas chinos, o lo que a muchos nos parecen unos bonitos y complejos garabatos— para expresar por escrito su propio idioma.

Sin embargo, que se use el mismo tipo de escritura no significa que sean idiomas parecidos. Comparemos el español y el alemán para tratarlo como ejemplo más cercano. En ambos idiomas se usa el mismo alfabeto —con diferencias muy pequeñas— y en cambio no tienen nada que ver el uno con el otro.

No obstante, fueron tan importantes los *kanjis* que en torno al 40 % de las palabras japonesas actuales son adaptaciones del chino.

En China cada *kanji* simbolizaba una palabra, pero los japoneses, en aquel entonces, quisieron utilizarlos como simple transcripción fonética, conservando el sonido original chino y adaptándolo a su propia pronunciación. Esto dio lugar a la forma de escritura *man'yōgana*, hoy en desuso —actualmente sí se usan los *kanjis* como ideogramas—, y a un pequeño quebradero de cabeza que veremos a continuación.

¿Por qué son tan difíciles los *kanjis*?

A nivel oral, existen dos pronunciaciones diferentes por cada *kanji*. Por un lado, hay que conocer la pronunciación china denominada *on'yomi* —la de aquel entonces, pues ya no se corresponde al chino moderno—. También es necesario conocer la pronunciación nativa japonesa o *kun'yomi*. La buena noticia para nosotros es que la fonética del japonés se asemeja a la española por lo que, como extranjeros, sí seremos capaces de replicar cada fonema. La mala, que existe una cantidad inmensa de palabras homófonas en este idioma porque, cuando copiaron los *kanjis*, los japoneses no tuvieron en cuenta que el chino usa cuatro tonalidades diferentes. Por ejemplo, cuando los japoneses oyen *kaku*, pueden referirse al sustantivo «escritura» o al verbo «rascarse». De ahí que sea tan importante el contexto y la necesidad de usar estos *kanjis*. Incluso hay programas de televisión japoneses emitidos exclusivamente para gente local, y aun así los subtitulan.

Su escritura no iba a ser menos complicada, y por eso hay normas para escribir tal entramado de trazos —en Japón las normas no son consejos, sino que es obligatorio seguirlas—. En el manual con el que se aprenden, cada *kanji* tiene flechas y números que indican el orden de los trazos, así como su inicio y su fin. Además, el profesor estará vigilante no solo de que los alumnos consigan plasmarlo correctamente en el papel, sino que el movimiento del brazo y la postura del cuerpo sean las adecuadas. Llevándolo a un nivel superior, puede resultar tan ceremoniosa esta caligrafía que realmente se le considera un arte.

No obstante, el verdadero lío se encuentra en la semántica. Un solo *kanji* puede ser un pictograma y representar lo que simboliza, como la palabra 'árbol', 木 —se intuye ahí dibujada—. También puede ser un ideograma, como este 固 para representar el concepto de sólido. Si va solo en una frase, se lee con la pronunciación nativa japonesa. Si va acompañado de otro *kanji*, se leerá con la pronunciación china y su significado, a veces, se podrá deducir. Como por ejemplo la palabra 'librería', que está compuesta por los *kanjis* 'libro' y 'tienda'. Otras veces el significado no tiene por qué ser tan evidente a nuestros ojos. Por ejemplo, la palabra 'suegra' está compuesta por los *kanjis* de 'mujer' y 'vieja'. O 'novio', que la componen 'yerno' y 'flor'. En otras tantas nos perderemos en su

significado, como en el siguiente caso: uno de los *kanjis* que forman la palabra *oyako* significa «padre», el otro «hijo». Bien podría apelar a la familia, pero en realidad es un plato japonés que tiene pollo y huevos.

¡Y yo que quería aprender algo de este idioma en un par de meses!

Se le llama *Shodō* a la caligrafía o escritura artística del japonés. Se aprende en la escuela primaria aunque en la secundaria aparece como opción entre las materias de arte, junto con la música o la pintura. Está influenciada por el budismo zen en la medida en que para escribir con maestría hay que despejar la mente y dejar que las letras fluyan por sí mismas, en un estado de ánimo mushin (estado sin mente) que enfatiza una conexión con lo espiritual más que con lo físico. Autor: Ayu Nabila.

Como aquel famoso eslogan, imposible no hay nada. Aunque por algo será que el aprendizaje de los *kanjis* está muy estructurado durante la etapa escolar japonesa. De los más de 2000 que conforman el *jōyō kanji*, el listado básico registrado por el Ministerio de Educación Japonés, se deben conocer exactamente

1006 a los 6 años de edad, que a su vez quedan recogidos en otro documento oficial del ministerio. Por supuesto, cuantos más *kanjis* conozca una persona, más culta se le presupone. Y al igual que la Real Academia Española, que anualmente añade nuevo vocabulario o adapta pequeñas normas gramaticales, en japonés hay revisiones constantes de los *kanjis*. La última revisión del *jōyō kanji* se hizo en 2010. Se añaden nuevos, se retiran otros e incluso se vuelven a utilizar versiones antiguas —actualización no compatible con el sistema. Apague y encienda el ordenador. Perdón por el chiste—.

Es tal la complejidad que, si en un documento oficial aparece un *kanji* que no está en el listado básico, se le debe añadir una guía de lectura. A esta guía se le conoce como *furigana* y sirve para que el lector sepa, al menos, cómo leerlo. Comprenderlo ya es otro asunto y para eso requerirá de un diccionario. Pero no nos adelantemos.

Katakana, *hiragana* y su otra hermana

La adopción de los *kanjis* chinos fue de suma importancia porque hasta el siglo VI no hubo registro escrito alguno de este idioma. Sin embargo, en el siglo VII hubo quien se dio cuenta que el sistema que habían copiado y adaptado no era realmente compatible con la acentuación, la gramática, ni la estructura silábica del japonés oral. Por eso, unos monjes budistas inventaron un silabario llamado *katakana*, para transcribir fonéticamente sílaba a sílaba el idioma y añadir reglas con la intención de solventar estas diferencias.

Me gustaría creer que lo hicieron para facilitar la vida del resto de la gente que aún era analfabeta, pero se dice que lo hicieron pensando exclusivamente en las mujeres. Aquellos primeros letrados creían que ellas no eran capaces de replicar correctamente los *kanjis*. Por eso el *katakana* consta tan solo de 46 caracteres —aunque aún se puede diseñar un idioma con menos. El español solo tiene 27 letras—.

Un siglo más tarde se inventó un segundo silabario, el *hiragana*, tomando como referencia el *katakana*. Esta vez lo inventaron unas

mujeres para suavizar y embellecer las formas rectas del *katakana*. «Si se inventan un silabario para nosotras, al menos que sea de nuestro gusto», debieron pensar. Este segundo silabario es una réplica de los fonemas del *katakana* y, por tanto, también dispone de 46 caracteres.

(Ya vamos por 92 grafemas).

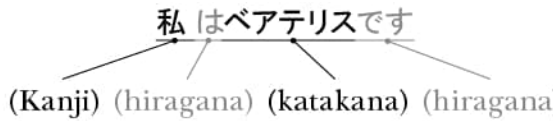
La principal diferencia es que cada símbolo del *hiragana* o *katakana* representa un sonido —una sílaba—, de ahí que se denominen fonogramas. Mientras que los *kanjis* cada uno tiene al menos un significado, por eso se les llama ideogramas.

No acaba aquí la cosa. Como derivación y adaptación de la escritura *man'yōgana*, surgieron los caracteres *hentaigana*, que se estuvieron usando indistintamente con el *hiragana* hasta el año 1900. Esto implica que alguien interesado en la literatura japonesa anterior al siglo XX, acabará conociendo este otro silabario para poder comprender al cien por cien sus libros de referencia.

En realidad, el japonés moderno abarca desde el siglo XVII hasta nuestros días. En 1903 se publicó el primer libro de texto para la escuela primaria, autorizado por el Estado, que constituye la base del japonés hablado. En el día a día conviven el *hiragana*, el *katakana* y los *kanjis*. Excepto para las personas ciegas, cuyo braille no incluye *kanjis* y se basa solo en el sistema fonético. Respecto a las sordas, estas se basan en el lenguaje de señas japonés, considerado por ley otro idioma más —y por tanto se les considera bilingües—.

La teoría dice que cualquier mensaje podría ser transcrito en su totalidad en *hiragana*, a excepción de las palabras extranjeras, las onomatopeyas y otras pequeñas excepciones, que se escriben siempre con el silabario *katakana*. Incluso han surgido movimientos en los que los propios japoneses piden la abolición de los *kanjis*… sin éxito. En la práctica esto sería muy difícil, entre otras cosas, por la enorme cantidad de palabras homófonas a las que nos referíamos con anterioridad. Así que lo habitual es encontrar textos con una combinación de los tres, puesto que cada sistema tiene un papel específico en la escritura.

Veamos un ejemplo.



Yo soy Beatriz – *Watashi wa Beaterisu desu.*

Las palabras que contienen el significado central de la frase se escriben en *kanji*. En general, los sustantivos se escriben en *kanji* y para los verbos y adjetivos se usa una combinación de *kanji* e *hiragana*. Las partes que determinan las funciones gramaticales dentro de la oración se escriben en *hiragana*. Por último, para escribir mi nombre, por ser extranjero, se utiliza el *katakana*.

Por si fuera poco, los japoneses también usan nuestro alfabeto latino, allí conocido como *romaji*, y sirve principalmente para adaptar el sonido japonés a nuestro alfabeto. Aunque hay diferentes versiones, los extranjeros aprendemos mayoritariamente el sistema Hepburn. También se usa para los acrónimos, y se encuentra por todos lados: en las señales de tráfico, en las señalizaciones de metro, tren, aeropuerto, en la publicidad, en los nombres de muchas empresas, en los títulos de revistas y libros, etc. Este alfabeto los niños lo aprenden a partir de los 9 o 10 años.

可愛い

かわいい

カワイイ

Escritura de la palabra *kawaii* (lindo, cuqui) en los tres sistemas. De arriba abajo: kanji, hiragana y katakana. Autor: Taichi.

Para terminar de rizar el rizo, no existe la separación entre palabras y los verbos solo se declinan en pasado y en presente, no existe la conjugación verbal de futuro. Para hablar de una acción que ocurrirá más adelante usan adverbios de tiempo.

Otra circunstancia que nos sorprende a los occidentales es que el sentido de la escritura del japonés puede ser tanto horizontal como vertical. La escritura en sentido occidental (en horizontal y de izquierda a derecha) se adaptó después de la Segunda Guerra Mundial. Antes de la misma se hacía de derecha a izquierda, como los árabes. A día de hoy, si se escribe en horizontal, se debe utilizar nuestra numeración y las páginas se pasarán hacia la izquierda. Por ejemplo, suele ser el caso de las revistas. Si se hace verticalmente, los números se escriben con *kanjis* y las hojas se pasan hacia la derecha. Lo habitual es que las novelas se escriban así. Es decir, la portada de un libro irá donde nosotros tenemos la contraportada.

¿Qué tienen en común el japonés y el español?

Hasta ahora solo hemos tratado sobre las diferencias entre los alfabetos, pero ¿y su uso? Pues bien, el registro oral y el escrito son dos mundos aparte. Los no nativos podríamos aprender a hablar japonés informal con amigos y conocidos y, aun así, no ser capaces de trabajar en una oficina japonesa. El lenguaje que se usa en los negocios es tan diferente que parece que sea otro idioma porque, además, solo se usa en ese contexto. De hecho, sucede que el extranjero que aprende japonés en su país de origen con la idea de irse a vivir a Japón y trabajar allí, lo suelen echar para atrás en las entrevistas de trabajo.

Una opción para quien le interese vivir y trabajar en Japón es conseguir un visado de estudiante e irse a vivir allí a estudiar el idioma. Una inmersión al cien por cien que es posible, ya que en

todo el país existen algo más de setecientas escuelas en las que se enseñan japonés a extranjeros. Aunque su eficacia es un tanto ambigua pues te preparan para un examen específico, tipo test. Es decir, evalúan la capacidad mnemotécnica, no la capacidad para expresarse verbalmente, por escrito o para percibir los sonidos. ¿Parece poco esfuerzo? Son dos años de estudios para aprender lo que un japonés tarda de forma natural unos 15 años. Esto es, los 2136 *kanjis* básicos de los que hablábamos antes y que, en combinación, suman más de 10.000 palabras.

Ahora concédeme un pequeño desvarío, que me servirá para comparar el español con el japonés, en principio dos idiomas muy alejados entre sí. ¿Cómo hacerlo?

Acercándolos con una carrera: tres ranas correrán sobre tres pistas los 100 metros lisos. Quise decir que saltarán, claro, cómo va a correr una rana. La cuestión es que salen las tres al mismo tiempo. Parece que una salta un poco más alto y más lejos que las otras dos, por lo que necesita menos saltos para recorrer la misma distancia. No obstante, las tres alcanzan la meta a la vez.

Despeja la equis —otro chiste malo, disculpa porque esto no es un acertijo matemático—. Las ranas cuyos saltos son más bajos se llaman Español y Japonés, la otra, Alemán. Y las pistas no son de atletismo, sino de audio. Para averiguar qué ha pasado procedamos a diseccionarlas. Las tres ranas tienen corazón, estómago y tripas, además de otros órganos —una analogía con la sintaxis—. Pero sucede que cada una los tiene puestos en lugares diferentes. Qué loco todo, ¡la rana Japonés tiene el corazón en los pies! Es decir, el verbo al final de la frase. No como Español, que lo tiene después del estómago —sujeto— y antes de las tripas —predicado—. Sin embargo, estas configuraciones tan diferentes no han impedido conseguir su objetivo de avanzar por las pistas, recordemos, de audio. Con la circunstancia de que cada segundo, aunque a ritmos diferentes, las tres avanzan la misma cantidad de pista.

Hay tradición de escribir deseos y ofrendas en los engimonos, amuletos de la suerte que se ven colgados por todas partes (puertas de las casas, templos e incluso bolsos). Autora: Beatriz Lizana.

Cada salto de rana es una sílaba. Alemán da mucha información con cada brinco grande que pega y por eso no tiene que correr demasiado. Es una rana eficiente. Por su parte, Japón y Español apenas ofrecen información en cada salto, así que ya les vale saltar más veces y más rápido para llegar a la meta.

Este disparate viene a explicar lo que se ha averiguado en un estudio lingüístico. Da la casualidad de que todos los idiomas comparados en este estudio dan unos 39 bits de información por segundo. Es decir, tardan aproximadamente lo mismo en transmitir el mismo mensaje, solo que el japonés y el español necesitan de más sílabas para contar lo mismo.

¿Conclusión de la carrera? Español y Japonés tienen que acelerar para llegar a la meta y por eso comparten podio: son los idiomas más rápidos del mundo —de entre los diecisiete más hablados y estudiados para este experimento, existen entre cinco y siete mil idiomas en todo el planeta—.

Posdata: por eso a un traductor de español-alemán no le sale a cuenta cobrar los textos por palabras, porque tendrá bastantes menos que el original.

Respuestas difíciles a preguntas fáciles

¿Cómo firman los japoneses?

Si bien en Occidente se utiliza una rúbrica que cada persona diseña a su estilo, sin existir normas específicas de cómo hacerlo, en Japón lo habitual es firmar con un sello, llamado *hanko*. Este método de identificación personal se hizo oficial en 1873. Hoy día algunas empresas y ciertos servicios también aceptan la firma por escrito, aunque son la minoría.

A la estampación del sello se le denomina *inkan,* y para documentos oficiales debe ser con una tinta especial rojiza. Como no es lo mismo firmar el recibí de una carta que firmar un contrato de compra de una casa, existen varios niveles de *hanko.* El más simple (ver foto) es aquel que se puede comprar en cualquier

papelería —ofrecen los apellidos más comunes—.

El segundo sello por nivel de seguridad es el sello bancario, y es el que queda registrado cuando se abre una cuenta bancaria. El más importante es el sello registrado, que viene acompañado de la tarjeta que certifica su validez y del tampón para la tinta. Es necesario para la compra de un coche, formalizar un contrato de alquiler, etc. Los inmigrantes también pueden solicitar uno y registrarlo con el alfabeto latino, si bien en ciertas localidades permiten la transcripción al *katana*.

¿Cómo es un teclado japonés?

Con tanto *kanji*, un teclado japonés podría ser tan grande como el órgano de una iglesia, pero nada más lejos de la realidad pues es igual que el de cualquier computadora al uso. Además del famoso teclado Qwerty, hay teclas que también tienen dibujadas las sílabas del *hiragana*. No obstante, para poder usarlas implicaría aprender dos tipos de mecanografía diferentes, el sistema letra a letra y el de sílaba a sílaba. Por eso muchos jóvenes optan por usar el mismo sistema que tú y yo ya conocemos, con la dificultad para ellos añadida de que deben dibujar los *kanjis* sumando fonemas. Tomando uno de los ejemplos anteriores, teclean *kaku* y pueden elegir varias opciones que se despliegan en la pantalla, mantenerse con el *hiragana* o convertir la palabra a *kanji*, y de ahí, seleccionar qué *kanji* es el que necesitan, si el de escribir o el de rascarse. Por eso el editor de texto muestra el listado con todas las opciones posibles, algo así como el predictivo del *smartphone*.

Este tipo de sellos suelen incluir la tinta dentro (como si fueran bolígrafos) y sirven para cosas sencillas como mostrar conformidad al recibir un correo certificado. Autor: Angie.

Con el teléfono pasa igual. Se puede dividir la pantalla en nueve y usar los *hiragana* base para ir añadiendo figuras que complican la escritura. En realidad, cualquier teclado se puede convertir al japonés porque lo importante es descargar el *software*. Tú mismo puedes hacer la prueba e intentar escribir algo con el traductor de Google, así podrás experimentar en primera persona esta dificultad.

Hay otras dificultades añadidas para los que trabajen con ordenadores y *softwares* específicos, como los del mundo audiovisual, por ejemplo. En este caso se necesitan determinados programas de edición de vídeo y/o audio, los cuales en su mayoría disponen de atajos de teclado para agilizar el trabajo. Pero estas abreviaciones son válidas cuando el idioma activo en el ordenador es uno que use el alfabeto romano. Por ejemplo, si pulsas Ctrl + S en Photoshop, grabas la foto. Pero si el teclado en ese momento está configurado con el idioma japonés, no detectará la orden y no servirán los atajos de teclado. Así, un diseñador japonés tendrá que

cambiar al teclado japonés cuando quiera incluir texto y volver al inglés para continuar trabajando sobre la imagen.

Todo este embrollo puede dar lugar a malentendidos por los homófonos, los predictivos y la velocidad a la hora de teclear en un *smartphone* o un ordenador. Por ejemplo:

Amigo 1: 私の顔どう思う – ¿Qué piensas de mi cara?

Amigo 2 escribe en *kana*: へいき だよ queriendo decir que «Se puede soportar». Lo convierte en *kanji* y rápidamente lo envía. El texto queda así: 兵器だよ – «Es un arma».

¿Cómo se busca en un diccionario japonés?

Lo veremos con un ejemplo.

Juan, un niño español de 9 años, está en casa y se aburre bastante. Se le ocurre coger un libro de la estantería de su madre en el que, en las primeras páginas, se encuentra con la palabra 'agibílibus'. ¿Qué significará? Cerca tiene un diccionario en papel. Lo abre más bien por el principio y busca la a, seguida de la ge, de la i, la be… Ya la encontró:

Agibílibus:

1. Habilidad, ingenio, a veces pícaro, para desenvolverse en la vida.

2. Persona que tiene agibílibus.

Sinosuke también tiene 9 años. Misma escena que la anterior, salvo que esta vez se encuentra con este concepto que no llega a comprender 機知に富んだ. Sabe que el segundo *kanji* significa «conocimiento» porque ya lo estudió en el colegio. Pero ni el primero ni el cuarto lo entiende. Entonces aísla el primer *kanji* 機 y también coge un diccionario.

Tú, que ni eres Juan ni Sinosuke, ¿cómo te imaginas que se utiliza un diccionario japonés? El método parece fascinante pues hay tres maneras de usarlo. Por un lado, es usual contar el número de trazos que componen el *kanji* e irse a la parte del diccionario que lista los *kanjis* por esos números. Este en concreto tiene dieciséis y así es como encuentra que significa «máquina». El otro tiene solo ocho trazos y a Sinosuke la lista se le hace demasiado larga para buscarlo por ahí—hay muchos que se escriben así—.

Sabe cómo se lee porque en el libro también aparece el *furigana*. Se va a la parte del diccionario que lista las palabras por su fonética y así de paso practica un poco con el *romaji*, que lo ha aprendido hace poco. El segundo *kanji* se lee *tomi* y de este modo encuentra que significa «riqueza». Habría una tercera forma de buscarlo, y es por sus radicales, que son las distintas piececitas que pueden componer un *kanji* y de las que solo hay 214. Para ello, hay que conocerlos todos y «descomponer» el *kanji* para averiguar cuál le pertenece, pero a Sinosuke esto ya no le ha hecho falta.

Después de todo te pregunto yo a ti, ¿cuándo fue la última vez que abriste un diccionario de papel para buscar el significado de una palabra, si en Internet puedes conseguir la respuesta en cuestión de segundos? Para un turista que busca traducir lo básico, lo más fácil es abrir la aplicación de Google Translate del teléfono, seleccionar la traducción de japonés a español, pulsar el icono de la cámara y apuntar con el móvil hacia la palabra o frase que se quiera traducir. La traducción aparece de forma inmediata en la pantalla, como realidad aumentada. Esto sí que es maravilloso.

Sinosuke relacionó los conceptos máquina, conocimiento y riqueza y así supo lo que quería decir el texto. ¿Y tú? [1]

Palabras japonesas que parecen español

En capítulos anteriores ya comentamos que los portugueses fueron los primeros en llegar a Japón, allá por el año 1543. Desde entonces y hasta el Periodo Edo, hubo jesuitas que viajaron hasta el país para quedarse y extender la palabra de Dios. Un trabajo que implica introducir conceptos nuevos como *kirisuto* (Cristo) o *rozario* (rosario). De hecho, ellos fueron los primeros en traducir el japonés a un idioma extranjero y dedicarle un libro a su gramática. Además, estas palabras fueron introducidas en *hiragana* y *kanjis*, al contrario de la recomendación actual de uso del *katakana* para préstamos lingüísticos.

Tras muchísimos años de convivencia, se adoptaron palabras como *kappa* («capa»), *orugan* («órgano»), *botan* («botón»), *shabon* («jabón»), *oranda* (Holanda), *karameru* («caramelo»), *tabako*

(«cigarrillo») o *pan* («pan»). La confusión de que parezcan españolas es que el portugués y el español son dos idiomas romances, es decir, vienen del latín. Por eso, ambos comparten un gran número de palabras que se escriben de forma muy similar o casi idéntica, cuya principal diferencia radica en la pronunciación.

¿Tan difícil es este idioma?

Sí y no. Por supuesto, cualquiera que se empeñe en aprender el japonés lo va a conseguir, al menos a nivel conversacional. De hecho, hay bastante gente de habla hispana que vive en Japón y también usa este idioma en el trabajo. Es más, se dice que se ha aliviado la complejidad desde que existen los ordenadores y el *software* que convierte la forma fonética de las palabras en *kana* y *kanji*. Recientemente han surgido autores extranjeros que han escrito novelas en japonés y que han tenido mucho éxito, como el escritor estadounidense Ian Hideo Levy o la novelista china Yang Yi, quien ganó un reputado premio nacional.

Sin embargo, también se dice que al escritor japonés Sōseki es imposible de traducir a otros idiomas, al menos de la manera en que los no japoneses puedan apreciarlo al completo. Esto es porque hay pasajes que están llenos de preguntas sobre el lugar de Japón en el mundo, con matices que solo lo entiende alguien que haya nacido en esta cultura. Eso es lo difícil de traducir.

Con un sistema de escritura tan distinto, ¿su cerebro también es diferente al occidental?

Que haya variaciones tan diversas a nivel de escritura y lectura puede llevar a pensar que haya diferencias en el cerebro en comparación con los occidentales.

No hay resultados concluyentes al respecto aunque sí hay ciertas implicaciones a tener en cuenta en neurocirugía. En concreto en la afasia, que es un trastorno del lenguaje que se produce como consecuencia de una lesión cerebral tal como un accidente cerebrovascular, un traumatismo craneoencefálico, una infección

cerebral o un proceso degenerativo.

Una persona que tiene afasia pierde la capacidad de producir o comprender el lenguaje, cuyas funciones se han localizado tradicionalmente en el hemisferio izquierdo del cerebro, considerado así como el hemisferio «dominante». Por este motivo, los neurocirujanos han considerado esencial evitar el daño de dicho hemisferio. No obstante, esto se ha creído así por el estudio estándar de pacientes generalmente occidentales, que hablan, leen y escriben un idioma escrito con el alfabeto latino.

Debido a la movilidad de este mundo globalizado, los neurocirujanos se están encontrando con pacientes a los que tratar de forma diferente a la usual debido a su bagaje lingüístico. Se requiere de una planificación adicional antes de un procedimiento neuroquirúrgico como, por ejemplo, las extirpaciones de tumores cerebrales. Entre otras características médicas, se debería tener en cuenta si el paciente es bilingüe o políglota, o si emplea un sistema grafológico diferente —cuyas funciones cerebrales del lenguaje no están tan estudiadas—.

Como por ejemplo los japoneses. Se cree que el japonés usa los dos hemisferios para coordinarse en su lenguaje, aunque hacen falta más estudios al respecto pues estos resultados están basados en casos de estudio muy concretos y no es posible formalizar una teoría.

Lo que sí es cierto es que hay diferentes formas de afasia y el japonés tiene la suya propia, el síndrome de Gogi, que no se encuentra entre los occidentales. Se caracteriza, entre otros síntomas, por la dificultad al leer y escribir *kanji* mientras la habilidad de los *kanas* se mantiene intacta, por la dificultad de comprender las palabras habladas a pesar de la buena percepción del sonido, y confundir las lecturas *onyomi* y *kunyomi*, antes descritas.

Pero, ante un mismo tipo de lesión que produzca afasia en pacientes occidentales, ¿se reproduce el mismo tipo de lesiones entre los pacientes japoneses? La respuesta tampoco está clara. No obstante, hay algunos autores que sugieren que tanto la lectura como la escritura del japonés se procesan con diferentes hemisferios. Una de las hipótesis que se barajan es que el hemisferio derecho procesa los *kanjis*, mientras que el sistema *kana* se procesa

en el izquierdo. Se estudió el caso de un paciente con lesiones cerebrales en el hemisferio izquierdo que tenía una lectura y comprensión perfecta de los *kanjis* pero no así de los *kanas*, cuya lectura y comprensión se había visto mermada por la lesión —al contrario que el síndrome Gogi—. Otro estudio demuestra que el procesamiento de los números arábicos se realiza en el hemisferio izquierdo, mientras que los números escritos en *kanji* lo hacen en el derecho.

¿Por qué hay tantos sufijos?

La sociedad japonesa es una sociedad vertical. Esto es así porque la gente estuvo clasificada durante muchos siglos en orden descendente, desde el emperador al individuo de menor rango. Confucio introdujo la idea de jerarquizar la sociedad para asegurar la armonía familiar y social, y los samuráis se encargaron de imponerla. Así, ellos se establecieron como la clase superior —tras el emperador—, seguidos por campesinos, artesanos y mercaderes. De esta manera, la persona en una posición superior debía cuidar de la que se encontraba en una inferior, y la persona en la posición inferior debía ser leal a la que estaba en una superior. Los valores apropiados eran sumisión, obediencia, sacrificio, responsabilidad, deber…

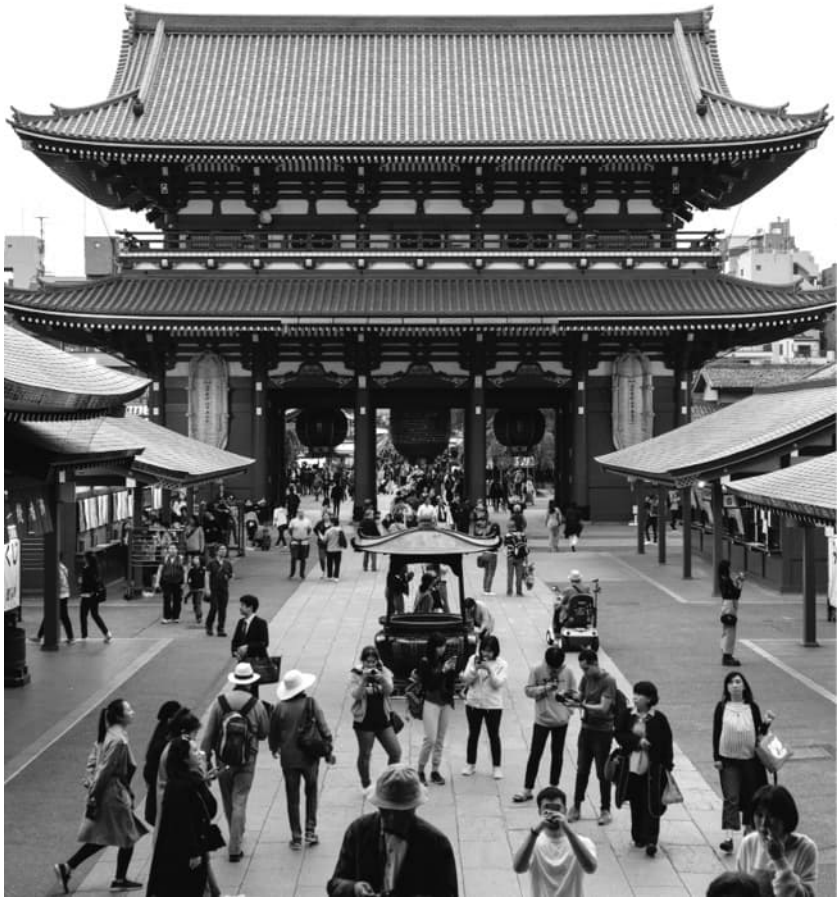
Profundizaremos más en estas diferencias en los siguientes capítulos. Ahora quedémonos con que la gente debía conocer su propio papel en la sociedad y, con ello, el uso de la lengua, la etiqueta, el vestido, la educación, la ocupación etc. porque todos quedaban al servicio de los superiores, que gozaban de poder absoluto.

Este sistema de clases dejó de ser legal oficialmente tras la Segunda Guerra Mundial. No obstante, ha estado durante tanto tiempo arraigado en la cultura japonesa que aún a día de hoy existen diferencias.

Merece la pena analizarlo a nivel lingüístico, pues en ese contexto surgieron, entre otras formalidades, diversos niveles de cortesía que aún se mantienen y que evidencian dichas diferencias sociales. A este conjunto de normas, en concreto se les llama *keigo*

(«lenguaje honorífico»). Con él se enfatiza la distancia o la cercanía social o de diferencia de rango de una persona respecto de otra. No obstante, el uso del *keigo* depende de varios factores combinados entre sí, tales como la edad, la posición social, el género, los favores dados o recibidos, etc.

Por ejemplo, a un recepcionista llamado Jiro, sus compañeros se referían a él como Jiro-san, puesto que el sufijo *san* tiene carácter formal y educado. Es muy importante mantener esta jerarquía tanto a nivel oral como escrito, e incluso quedan formas demasiado formales que ya solo se utilizan por escrito. Según la escritora Sei Shonagon: «Resulta desagradable en extremo escuchar cómo algún estúpido se olvida de las adecuadas fórmulas de respeto cuando se dirige a alguna persona de rango superior». (Hane, 2000: 34).



El Templo Sensoji de Tokyo es un templo budista situado en el distrito de Asakusa y uno de los más populares de toda la ciudad. Autora: Beatriz Lizana.

O de rango inferior, con un ejemplo concreto contemporáneo. Suponiendo que yo me hubiese criado en Japón, mi hermano o mis amigas me hubieran podido llamar Beachan, siendo *chan* la fórmula usada para niños y amigas de la misma edad. Sin embargo, ahora nadie podría llamarme así en un contexto profesional. Y si alguien lo hiciese, yo podría denunciarlo como acoso laboral. Por casos como este es imposible hacer una traducción literal del japonés al español y por eso se hace necesario conocer las características de la

sociedad japonesa antes que su idioma, porque todo implica una interpretación.

Estas diferencias tan marcadas del lenguaje son la evidencia de que en la práctica todavía hay clases. Ello afecta a relaciones tanto personales como profesionales, de ahí que cuando dos japoneses se conocen se suelen hacer preguntas directas e indirectas para tratar de dilucidar cómo debe ser su comunicación.

Tiene su parte positiva, pues esta forma de ser es intrínseca y se apoya en una conducta de «dar y recibir». Así, el *sempai* le enseña al *kohai* cualquier aspecto social o profesional. Esto es, el superior cuida del subordinado, quien obedece sin cuestionar. La parte negativa es esta precisamente, un *kohai* nunca da su opinión, al menos de manera abierta, por lo que cualquier respuesta puede ser ambigua.

> En japonés hay ciertas palabras que usan las mujeres pero no los hombres y viceversa, aunque eso hoy en día tiende a cambiar, especialmente para las mujeres, que usan cada vez más el lenguaje de los hombres, más directo que el de las mujeres —que tradicionalmente es más humilde en japonés—. El que un hombre use expresiones propias del lenguaje femenino puede resultar bochornoso; conviene conocer las diferencias (Cardona, 2000: 6).

Costumbres gastronómicas

El segundo tema que me preocupó antes de partir a Japón fue el tema de la comida. Lo cierto es que comer en restaurantes japoneses está de moda en España. *Sushi*, *ramen*, *yakisoba*… La gastronomía nipona es muy variada, está especialmente sabrosa y, no está de más decirlo, es un buen nicho para el mercado hostelero occidental. Varios vistazos a Google Maps para ver cómo van apareciendo, salpicados, diferentes locales que ofrecen este tipo de comida.

Para el comensal occidental siempre hay una primera vez. ¿Me gustará el pescado crudo? ¿Lo habrán congelado antes? ¡Ay, el anisakis! Aunque iluso de aquel que se inquiete solo por el tipo de comida, porque la traba real será otra: los palillos.

Mi primer contacto con Japón me entró por el estómago, así que para mí también hubo una primera vez. Mi primer *sushi* en España me lo gané con el sudor de mi frente, literalmente. «Un palillo lo apoyas en el anular y lo dejas fijo, el otro lo coges como si fuera un boli y es con el que haces palanca», me recomendaban mis amigos expertos en comida asiática sin haber pisado nunca este continente. Suerte la mía porque no iba con un hambre atroz; tardé una eternidad en tomar apenas cuatro *makis*. Agarrar el resto fue un ejercicio de paciencia y destreza que no tenía. Me sentía torpe, como una chiquilla que se enfrenta a su primer filete sin cortar.

Intenté pinchar las piezas con los palillos. ¡Error! No solo está mal visto sino que se cree que trae mala suerte. Mis amigos se encargaron de aleccionarme: no los claves en el arroz, ni los apoyes en el bol, deja de lamer la soja que queda en la punta, ni se te ocurra rebuscar ingredientes ni tampoco saltes de un plato a otro con indecisión… la etiqueta japonesa es larga. ¿Cómo lo harán los niños pequeños? Para cuando trajeron los *uramakis*, decidí comer con las manos.

Más tarde aprendí que los niños japoneses en concreto (y asiáticos en general) aprenden las normas en casa y que desarrollan una coordinación mano-cerebro estupenda, según expone Hachirō Isshiki en su libro *Hashi no Bunkashi* —según la traducción que hace de él Eduard Wang en *Chopstick*; qué follón documentarse sobre Japón sin saber japonés—. Isshiki sostiene que el uso de los palillos en la infancia ayuda a tener una mayor autonomía al comer… aunque también puede provocar osteoartritis en la tercera edad.

Origen de los palillos

Palillos desechables de madera de poco peso y presentados en papel envolvente, ese era el origen de aquellos palillos en mi primera vez con el *sushi*.

Ah, no, de esos palillos no. Entonces rebobinemos a unos cuantos siglos atrás —¿hasta cuándo se utilizará el verbo rebobinar para ir hacia atrás, querido *millennial*? me preguntas mientras clavas tu pupila en mi pantalla azul—.

Como muchos otros asuntos, los palillos japoneses son un préstamo cultural de China. Fue en la Edad de Bronce, con el uso de vasijas y calderas, cuando se popularizaron los palillos chinos para tomar los alimentos hervidos sin utilizar las manos y no achicharrarse en el intento.

No obstante y según Wang, hay constancia de que también se usaban al mismo tiempo cucharas, tenedores y cuchillos tanto para cocinar como para comer. De hecho, la cuchara inicialmente era un instrumento más importante que los palillos.

Pero ¿quién decidía qué instrumento era más relevante en la cocina o en la mesa? Nadie en concreto. La tendencia la marcaban los alimentos en sí y la evolución en la dieta: con la cuchara se transportaba lo que eran alimentos de grano (arroz, maíz, trigo, etc.) y se servían de los palillos para atrapar otros alimentos como carne o verduras. Cuando aparecieron los alimentos hechos con trigo molido, como los *noodles* o los *dumplings*, los palillos

empezaron a tomar más relevancia. Los guisos fueron los culpables de desterrar al cuchillo de la mesa, pues estos permiten que los alimentos se corten en la cocina en porciones pequeñas y que este se quede en la cocina.

Además, el uso de los palillos en la mesa es culturalmente menos violento. Si hoy se pregunta a un japonés por qué no ponen cuchillos en la mesa, responderá que para qué se necesita un arma mientras se come. Por tanto, ante la ausencia de cuchillo y unas porciones de alimentos más pequeñas, ¿para qué el tenedor? Pierde utilidad, pues ya no es necesario estabilizar la carne antes de ser cortada. Digamos que ven los palillos como un instrumento más civilizado a la hora de comer.

A pesar de la simpleza como instrumento, bien utilizados cubren todas las funciones que podría hacer la mano. Así lo explicó el premio Nobel en física Tsung-Dao Lee en una entrevista que se recoge en la *Revista Instituto Confucio*:

> … usar palillos para comer desempeña a la vez las funciones que de otra forma deberían hacer los dedos, es decir, sujetar, mover, esparcir, elegir, rasgar y separar, constituyendo una acción concertada de los cinco dedos, junto con movimientos coordinados entre decenas de músculos y coyunturas de la muñeca, la palma, el brazo y el hombro, órganos todos ellos conectados con nervios cerebrales y que gracias a esta coordinación contribuyen a mantener en buen estado la corteza cerebral.

La democratización de los palillos

Los palillos llegaron a Japón en el siglo XVII como instrumento de lujo. Pero no se tardó mucho en descubrir que si se hacían de bambú o madera barata resultaba ser un cubierto muy económico. Además, se complementaban perfectamente con la técnica del *wok*, con la que no se requería de excesivo combustible para cocinar. Es decir, los alimentos estaban muy troceados y se cocinaban a altas temperaturas. A esto se le sumaba una gran ventaja, pues el sabor se mantenía más potente.

En contraposición, en Inglaterra y otros países europeos, lo fácil

y sabroso era preparar un gran fuego con la abundante madera de la que se disponía y cocinar una vaca entera… pero podían tardar varios días en cocinarla.

Pues sí, las costumbres —la cultura— de un país también se puede explicar por los recursos que abundan o escasean.

Misma comida, distinto sabor

Comer con la mano no es un sacrilegio ni una barbarie si se mantienen unos modales, por eso los *California rolls* me los llevé a la boca con los dedos. Aunque no me supieron igual que los *makis* porque mis labios tocaban piel en vez de madera. Pude haber pedido un tenedor pero tampoco sabe igual comer con este que con palillos. Me dio igual, ninguno de estos instrumentos se diseñó pensando en la experiencia sensorial. Sin embargo, coger la comida con las manos sí que la enriquecía.

La calle Nakamise es una de las calles comerciales más antiguas de todo Japón. Al fondo se encuentra la puerta *Kaminarimon*, del Templo Sensoji. La lámpara que cuelga pesa más de seiscientos kilogramos. Autora: Beatriz Lizana.

Extrapolando el ejemplo, tampoco me sabría igual de bien la mejor paella del mejor restaurante del mundo presentada con tenedor de plástico. Me sabría diferente. Diferente no, me sabría mal. También me sabría fatal que a cada persona que entrase a ese restaurante le diesen cubiertos de plástico, porque eso implicaría que serían de usar y tirar. ¿Cuánto plástico gastaría solo ese restaurante a lo largo de un año?

En Japón, los restaurantes suelen tener en todas las mesas unos recipientes repletos de palillos de madera reutilizables pero aun así, se utilizan muchos palillos desechables por la enorme cantidad de comida hecha que se vende en los supermercados.

De hecho, se cree que aproximadamente un tercio de la población mundial utiliza palillos para comer. Como indica el divulgador Sergio Parra en un artículo, a día de hoy se fabrican más de 45.000 millones de palillos desechables al año en el mundo, de los cuales 2000 millones son para Japón. El consumo anual de madera para este fin según Greenpeace (sobre todo de abedul y álamo) es de 1,6 millones de metros cúbicos, cantidad con la que se llenan 553 piscinas olímpicas.

Por eso hay personas que, en consideración con el medio ambiente, llevan consigo su propio juego, para no utilizar los desechables. Existen incluso palillos desmontables y fundas bonitas para guardarlos; son compactos y se han convertido en un *souvenir* muy popular.

Por qué tú también deberías comer como los japoneses

Más adelante me explayaré acerca de la bondad de la gastronomía

nipona, pero sigamos incidiendo en el uso de estos cubiertos, pues parece que la clave para una dieta sana no es solo lo que comes, sino cómo lo haces. En su libro *Chopstick's Diet*, la cocinera y autora japonesa Kimiko Barber nos presenta los palillos y la dieta japonesa como aliados para todo aquel que quiera adelgazar. Sostiene que esta dieta es mucho más sana que la de los occidentales, aunque déjame aclararte que la mujer vive en Londres.

Si en algo podemos estar de acuerdo con ella es en el uso de los palillos. La autora mantiene que se puede ralentizar la comida hasta en veinte minutos. Como decía, las porciones que se atrapan son sensiblemente más pequeñas que con cuchara o tenedor. Por este motivo la saciedad se llega a notar antes, con menos cantidad de comida. Por otro lado, Barber resalta el beneficio psicológico de comer lento pues te hace pensar en lo que comes y cómo lo disfrutas. Quizá llegue un día en que Barber visite España, se adhiera a la dieta mediterránea y al uso de los platos de postre como técnica para tener menos comida en el plato.

La gastronomía japonesa es muy sana, ¿o ya no tanto?

Los japoneses son los más longevos del mundo, con una esperanza de vida media de 86 años. ¿Qué los hace llegar hasta esas edades y además, frescos como una rosa? ¡Jamás vi a tanta gente mayor moviéndose en bicicleta!

Japón reúne los elementos básicos para vivir muchos años: dispone de un buen sistema sanitario, es un lugar bastante seguro y, además, se come bien y delicioso. O eso dicen de la gastronomía japonesa, que ha sido declarada Patrimonio Cultural Inmaterial por la Unesco: *sushi*, *ramen*, *okonomiyaki*, *gyozas*, tempura, *yakisoba*… Es decir, mucha verdura y arroz, bastante pescado y poca carne. Son los ingredientes necesarios, en esas cantidades, para mantener una alimentación sana. Así comen ellos, ¿no es cierto?

Tuve mis sospechas durante mis largos paseos por Tokio. Caminé cada día durante horas dispuesta a comerme la ciudad, por los ojos y por el estómago. Disfruté de ricos manjares en diversos restaurantes e *izakayas* y vi a cientos de miles de personas por sus calles.

Sin embargo, no recuerdo ver a nadie obeso. Quizá pueda contar con los dedos de las manos las personas que sí tenían sobrepeso, lo sé porque hubo un detalle que me hizo fijarme en sus fisonomías mientras paseaba. Algo que tenía forma de salchicha aceitosa y que se servía junto a otros alimentos fritos en pequeños locales en los que no había ni mesas ni sillas para sentarse —y por tanto se come junto a la puerta del local, en Japón está mal visto comer mientras se camina—. Cada día vi montones de estos locales especializados en fritanga con demasiada gente parada comiendo aquella cosa, el *hattogu*, que es una salchicha que está de moda porque la come todo el mundo, a todas horas. Es una especie de perrito caliente que inventaron los coreanos pero que importaron los nipones y que nada más por leer su descripción podría subir el colesterol en sangre. En su versión más completa, es una salchicha tipo Frankfurt pinchada en un palo y envuelta con una buena cantidad de queso, que a su vez se sumerge en una masa hecha de harina y huevo. Una vez bien impregnada, se reboza con trocitos de patatas y estos, a su vez, en pan rallado. De ahí a la freidora y, una vez fuera, hay quien le sigue añadiendo azúcar, kétchup u otras salsas por el estilo.

Aquel plato tan recurrente en mis paseos me dio que pensar. Por un lado, que la fritanga no es sinónimo de buena salud a largo plazo. Y por otro, que la alimentación de cualquier sociedad va cambiando con el tiempo. ¿El *hattogu* forma parte de la gastronomía japonesa? Si nos quedamos en la acepción turística del término tal y como la conocemos desde Occidente, probablemente la limitamos a los platillos típicos ya descritos. No obstante, y en un sentido más amplio, la gastronomía de un lugar está compuesta de todos esos platos que se comen en el día a día. Me quedó claro que aquella salchicha y otros fritos no tan saludables son consumidos entre los tokiotas. Amén de la gran presencia de cadenas de comida rápida en las que, además de hamburguesas *teriyaki*, abundan las grasas y otros ingredientes hipercalóricos.

Entonces, ¿es sana o no es sana la comida japonesa? Quizá la

pregunta correcta sea, ¿en qué época la comida de Japón ha sido más sana? Tsuduki Tsuyoshi es un especialista en ciencias de la alimentación que ha estudiado las dietas típicas de los japoneses en diferentes épocas. Me reafirmó en mi sospecha: este científico concluye que la gastronomía japonesa de hoy en día no es la más saludable. Recreó las dietas de varios años (entendidas como lo que los japoneses comían a diario) y estudió en diversos grupos cómo los ingredientes y la forma de cocinarlos inciden en la respuesta fisiológica de las personas. La dieta de 1975 resultó ser la mejor de todas: hacía bajar de peso, se reducían determinados niveles como el colesterol malo y el que marca la diabetes, bajaba el riesgo de tener hígado graso y se encontraban menos bacterias nocivas en el intestino. Además, el ritmo de envejecimiento era menor en aquel grupo y reflejaban tener una mejor memoria que el resto.

El último año estudiado fue el 2005 y, de todos, resultó ser el menos sano. El hecho de que enfermedades como la diabetes o la arteriosclerosis, ambas enfermedades relacionadas con el estilo de vida, hayan aumentado en los últimos años indica que sigue habiendo un cambio en detrimento de la comida sana.

Sin embargo, ¿cómo es que siguen siendo noticia los abuelos centenarios en Japón? Tsuyoshi lo atribuye a que esos ancianos tan longevos lo son en parte porque aún mantienen la misma forma de comer de antaño. Ellos no han cambiado sus costumbres gastronómicas, la juventud sí. El autor añade que, si se continúa con la alimentación japonesa actual, cabe esperar que tanto la salud como la esperanza de vida de los japoneses empeore en el futuro. Pero ¿cuál es el secreto de esa dieta japonesa de 1975 que tan beneficiosa ha resultado para el organismo de algunos? Según Tsuyoshi, la clave radica en la variedad de ingredientes: legumbres, tubérculos y raíces, pescados y mariscos, verduras, frutas, algas, setas y té. Tomaban en menor cantidad huevos, lácteos y carne. De hecho, el menú estándar consistía en una sopa, un plato principal más dos acompañantes de raciones pequeñas preferiblemente guisados, cocidos al vapor o crudos. Y arroz, que era considerado el alimento principal.

Entonces, ¿existe la obesidad en Japón?

A pesar de estos cambios en la alimentación, la enorme mayoría de japoneses aún son de constitución delgada. A excepción de un grupo muy específico: los jugadores de sumo. Para tener esos cuerpos tan redondos, estos deportistas se emplean a diario no solo con su entrenamiento —que realizan en ayunas—, sino en su comida: llegan a ingerir más de 20.000 calorías al día.

Lo habitual y recomendable para un hombre adulto es consumir un mínimo de 2000 calorías y un máximo de 3500 y tener un índice de masa corporal entre 18 y 24, todo depende de la complexión y la actividad física de la persona. Pues bien, ellos incluso alcanzan un índice mayor a 45.

Puesto que no desayunan, tanto el almuerzo como la cena son monumentales: toman *chanko*, que es como se llama su menú específico y que tiene el *nabe* como plato principal —un potaje de varios tipos de carne, pescado y verduras— más los acompañamientos como encurtidos, *sashimi* de atún, pollo con cebolla, varios cuencos de arroz… que acompañan también de más de una botella de cerveza. Tras la comilona, duermen la siesta durante horas y después de dormir tienen tiempo libre hasta la cena para otra vez ponerse las botas. Esto explica que tengan un peso medio de 160 kilogramos, aunque hay quien sobrepasa los 200 —el más pesado de la historia contaba con 285 kilos—. A su favor hay que decir que la altura media de los luchadores de sumo es de 1,85 metros.

¿Estar gordo es la principal ventaja en el deporte nacional de Japón? Por supuesto que la masa corporal influye pero la velocidad, la precisión y el equilibrio determinan muchas veces el resultado del combate, ya que en el sumo no se puede descuidar la disciplina ni los movimientos básicos. A diferencia de otros deportes como, por ejemplo, el boxeo, en el sumo profesional no existe división entre categorías como edad, altura o peso. Por eso es tan vistoso observar cómo un luchador pequeño pero más rápido tira al suelo a una mole.

La vida de un deportista de sumo comienza cuando es reclutado

por alguna de las *heya* —casa de sumo—, que están ubicadas en su mayoría en la parte este de Tokio. Aunque están situadas en la ciudad, es típico hacer combates de exhibición en zonas rurales y ahí seleccionar a jóvenes interesados por este deporte. Así, se los llevan a vivir todos juntos a las *heya*, donde se entrenan y se les da alojamiento, comida y una pequeña manutención hasta que, cinco años más tarde y si lo consiguen, pasan a ser deportistas profesionales con un salario asignado y admirados por millones de personas. La contrapartida de ser hombres con un elevado estatus social es que a menudo desarrollan enfermedades relacionadas con este modo de vida como la diabetes, la hipertensión y son propensos a infartos. Por eso, y teniendo en cuenta que la esperanza de vida de esta gente está entre los 60 y los 65 años, es raro que un luchador compita después de los 35 años de edad.

El 2 de mayo de 1998, los jóvenes luchadores de sumo no clasificados

en el *Tomozuma Stable* en Tokio terminan su rutina diaria de ejercicios con un baile ritual que enfatiza el trabajo en equipo. Autor: M. Clayton Farrington.

Por qué tanto arroz…

No hace falta vivir con un luchador de sumo para comprar el arroz por sacos en vez de por pequeños paquetes. En los supermercados japoneses que yo visité no pude encontrar el paquete de un kilogramo, todo eran sacos de mínimo 5 kilos y, además, descubrí tipologías de este cereal que ni sabía que existían.

Los japoneses introdujeron el cultivo de arroz alrededor del año 100 d.C. y a día de hoy consumen una media de 150 gramos de arroz al día por persona —un kilogramo a la semana—. Lo toman incluso en el desayuno. Por eso encuentro cierto paralelismo con el uso que los españoles le damos al pan, con el que acompañamos y empujamos casi todas las comidas. Un ejemplo de ello está en los menús de los restaurantes, siempre incluyen el pan en los españoles, siempre incluyen el cuenquito de arroz en los japoneses.

Pues a pesar de tanto arroz —uno de los grandes desterrados en nuestras dietas de adelgazamiento—, la tasa de obesidad de Japón está por debajo del 4 %. Es el país con menos obesos del mundo. Para que te hagas una idea, España no llega al 17 % y los más obesos —los estadounidenses— sobrepasan el 38 %. Aunque parezca una contradicción, hay estudios que relacionan los países con más consumo de arroz con las menores tasas de obesidad. ¿Cómo es posible?

Al margen de que los países asiáticos no se caractericen por ser sedentarios, no podemos pasar por alto que existen más de 10.000 tipos de arroz diferentes y que no todos engordan tanto como creemos. Lo cierto es que depende de la variedad: según sea su color y textura, el tamaño de su grano y, lo más importante, su tratamiento industrial. El blanco, el mayoritario en los mercados de

Occidente, es un carbohidrato de absorción rápida. El integral tiene una digestión mucho más lenta y, además, contiene más nutrientes. En cualquier caso, también importa el método de cocción y, sobre todo, los acompañantes que se usan para cocinarlo.

Porque hubo un tiempo en que la carne estuvo prohibida en Japón.

… y tan poca carne

Con el sintoísmo, la religión nativa de este país, se creía que los pollos y los gallos eran mensajeros de los dioses sintoístas, por lo que durante mucho tiempo no se comieron ni su carne ni sus huevos. Sin embargo, con la llegada del budismo se introdujo la idea de no comer nada de carne ni beber leche, en principio como simple precepto religioso. Pero los consejos se convirtieron en obligaciones cuando, en el siglo VII, el emperador Tenmu se encargó de prohibir el consumo de carne de cerdo, res, caballo, cabra, perro, pollo y venado de abril a septiembre. No obstante, los más pudientes económicamente seguían comiendo pescado e incluso ballenas, consideradas por aquel entonces grandes peces. También comían aves silvestres y, en las zonas montañosas de las principales islas, sí cazaban algún mamífero para aprovecharse de la piel y comer su carne —de la que se creía que tenía propiedades medicinales—. Lo cierto es que no se criaban animales para comérselos —también es cierto que la orografía del país hace difícil la cría de animales de granja— ni tampoco se bebían la leche de sus animales domésticos. Por eso, el consumo de carne fue muy bajo y la producción de lácteos tardó en llegar.

Cada vez que un nuevo emperador era entronizado, este promulgaba otro edicto imperial para volver a prohibir lo mismo pero con peores condiciones. Sin duda, el emperador Tokugawa Tsunayoshi, del periodo Edo, fue el más restrictivo. Prohibió matar injustificadamente ni consumir la carne de cualquier animal en sus famosos «edictos de piedad hacia las criaturas vivientes». En esa lista se incluían perros, gatos, pájaros, peces, mariscos e incluso

insectos. No obstante, había excepciones para aquellos que lo necesitaran por prescripción médica, normalmente niños, mujeres y ancianos, más vulnerables frente a una anemia. La comida de aquella época era muy simple, se llegaban a consumir unos 450 gramos de arroz repartidos en tres comidas, y acompañados básicamente por sopa de miso, encurtidos y tofu.

Aunque hecha la ley, hecha la trampa. Había gente de clase alta que sobornaba a los médicos para que les prescribieran comer carne. Como evidencia se han encontrado huesos en las ruinas de un castillo de la ciudad de Okayama perteneciente a ese periodo que tenían incisiones hechas con cuchillos.

La prohibición se levantó en 1872, aunque el evento que lo provocó no estuvo exento de polémica. El emperador Mutsuhito decidió comer carne de res el día de Año Nuevo. Esto no gustó nada a un grupo de monjes budistas, que se presentaron al poco tiempo en el palacio imperial para protestar por ello. No fueron en son de paz porque la manifestación acabó en una reyerta en la que incluso hubo muertos.

Poco después del altercado, Mutsuhito lanzó un mensaje aconsejando el consumo de carne y leche para modernizar y fortalecer la sociedad, pues creían que el pueblo japonés era débil por la falta de estos dos alimentos. Aunque hay escritos de misioneros cristianos del siglo XVI destacando la robustez y la buena salud de los japoneses a pesar de su dieta escasa en ingredientes, el promedio de vida durante el Periodo Edo era de 45 años. Solo después de la de la Segunda Guerra Mundial se superaron los 50 años como esperanza de vida.

A pesar de anular la prohibición, los japoneses estaban tan acostumbrados a no tomar carne que durante bastante tiempo siguieron sin consumirla demasiado. De hecho, al principio la comían para no sentir vergüenza frente a los occidentales. Pero como todo cambio, poco a poco se fue introduciendo en la alimentación hasta formar parte por completo de la dieta nipona. Como consecuencia, entre 1950 y la actualidad, la estatura media de los varones japoneses de 20 años ha aumentado 12 centímetros. Se cree que ha sido el consumo de carne y la popularización del estilo de vida occidental lo que ha favorecido este hecho.

Pero no será por comer chuletones. Como se explicaba en el

apartado de los palillos, la mayoría de los platos japoneses siguen incluyendo porciones muy troceadas, incluida la carne de Kobe. Cuidado con esta famosa denominación de origen porque la experiencia gastronómica puede defraudar. Este tipo de carne es muy cara y se sirve en una ración escasa. Ellos lo que más compran es la carne de pollo, se cree que por su bajo contenido en grasa y porque es más asequible que la de cerdo o ternera. En este incremento tuvo que ver la forma en que los supermercados lo presentaban. Hace unos años se introdujo el pollo ya preparado, cocido con especias y al vacío, listo para su uso en ensaladas. Se convirtió en moda, se estima que este uso específico del pollo alcanzará unas ventas de más de 30 millones de yenes para el 2022. En valores absolutos parece que ahora les flipe el pollo pero tengamos en cuenta que en 2016 se registró el máximo consumo de carne de cualquier tipo. Fueron 31 kilogramos al año por persona —sí, los japoneses lo miden todo—. ¿Parece mucho? En teoría, los países de renta alta consumen más carne que los de renta baja. Excepto Japón, que aparece en el puesto número doce del *ranking* mundial de consumo de carne, y con un promedio que equivale a una cuarta parte del de Estados Unidos.

El *bent*ō, mucho más que una caja con comida

Dicen que en la comida —como en otros tantos temas— importa tanto el contenido como la forma, aunque en pocas ocasiones se aprecia el continente. De esto vamos a hablar en este epígrafe, de la comida para llevar: el *bentō*. Primero, porque el acto de comprar alimentos ya preparados es un punto en común entre el viajero y el local, un añadido a la inmersión. Y segundo, porque un objeto tan mundano como una caja llena de comida tiene una buena historia detrás.

Una historia que empieza con dos de los poemas más viejos de Japón:

家にあれば笥に盛る飯を草枕旅にしあれば椎の葉に盛る

le ni areba, ke ni moru meshi o kusamakura tabi ni shi areba shii no ha ni moru (aquí dejo la transcripción en *romaji*, para que al menos puedas leerlo).

O lo que es lo mismo: «Cuando estoy en casa, apilo el arroz en una vasija pero, estando de viaje, entonces lo apilo sobre hojas de roble».

常知らぬ道の長手をくれくれといかにか行かむ糧米はなしに

Tsune shiranu michi no nagate o kurekure to ikanika yukamu karite wa nashi ni.

Es decir, «no hay comida de arroz que vaya a darme la longitud del camino que no conozco».

Estas son las primeras referencias al *bentō* y también aparecen en el poemario *Man'yōshū*, el libro más antiguo de Japón, escrito entre los años 759-790 d.C. El primer poema hace referencia a cómo se empaquetaba la comida —el arroz— para llevarlo de viaje. Esto es, envuelto en hojas de árbol. En el segundo, se menciona la palabra *karite* (arroz seco), que se cocinaba al vapor y después se dejaba secar al sol para empaquetarlo en hojas. La principal ventaja de hacerlo así era que el arroz no se echaba a perder, además de que se podía transportar fácilmente. Además, era fácil comerlo pues se mezclaba con agua caliente en invierno o fría en verano, y con ello se hacían gachas.

Estas bolas de arroz, cuyo nombre y forma han variado a lo largo del tiempo, eran muy consumidas por los samuráis, los guerreros del antiguo Japón. En sus etapas de guerra viajaban mucho y por eso portaban este arroz seco y otros alimentos empaquetados y atados a la cintura o alrededor del pecho, lugares a los que es fácil acceder mientras se camina. De ahí que se dijera que quien no llevara *karite*, tendría molestias en el corazón.

En el Periodo Edo los samuráis se quedaron sin batallas —sin trabajo— puesto que el poder recayó sobre los sogunes del clan Tokugawa y Japón se cerró al contacto con países extranjeros durante casi doscientos años. Por este motivo, el número de estos guerreros disminuyó, a la vez que aumentó el desarrollo del comercio interior entre las diferentes ciudades que iban creciendo por todo el país. Fue un periodo de paz en el que hubo un gran

desarrollo no solo de la economía sino también de la cultura y el arte. Entre otros avances, se crearon teatros a los que acudían campesinos, donde se podían pasar días enteros contemplando piezas teatrales. Tanto tiempo de ocio da hambre, por eso, la gente comenzó a almorzar en los teatros y a comer en el intermedio de las obras. Esa comida era llamada *maku no uchi bentō*, que significa literalmente «almuerzo que se come en el intermedio». Ya entonces se servían en paquetes desechables, para que la gente no tuviera que preocuparse de la caja vacía tras la comida, aunque los alimentos que acompañaban el arroz eran escasos (los ya mencionados sopa de miso, encurtidos y tofu).

Además del teatro, los japoneses disfrutaban —aún lo hacen— pasando tiempo fuera de casa, admirando la naturaleza. Van a la montaña, navegan en cruceros, hacen pícnics en primavera para observar el *hanami* —el florecimiento de los cerezos—, y en otoño les gusta observar el cambio de color de las hojas de arce. Son eventos a los que se acude en familia y con amigos, y a menudo toma todo un día. Así, rápidamente florecieron los *shidashi*, que son tiendas de comida para llevar y que tuvieron buena acogida entre la gente por ofrecer un recurso rápido. De esta forma se limitaba el tiempo en la cocina preparando la comida para toda la familia.

Aunque los *shidashi* se hicieron muy populares en los días de ocio, las japonesas seguían preparando la comida en casa para que sus maridos se la llevaran al trabajo. Especialmente porque ni los agricultores que trabajaban en los campos de arroz ni los leñadores podían regresar para comer ni comprar. De este modo, se llevaban el arroz ya cocinado, un poco de *takuan*, miso o sopa y se lo tomaban en el lugar de trabajo. De ahí que solo mirando una caja de *bentō*, se podía averiguar cuál era el trabajo de su portador: los leñadores tenían acceso fácil a las setas y los champiñones, los agricultores a las verduras y los pescadores al pescado y al marisco. Poco a poco, el contenido del *bentō* fue aumentando en ingredientes, aunque estos aún eran simples y repetitivos, puesto que el principal objetivo de la caja era saciar el hambre.

Los cambios más significativos en la alimentación japonesa se produjeron en la Era Meiji, cuando Japón abrió sus fronteras a otros países. Esto implicó un aumento en las áreas en las que trabajar, por lo que se ampliaron las posibilidades de consumo de comida.

Entonces, madres y mujeres comenzaron a añadir ingredientes extras para hacer la experiencia gastronómica más interesante. De hecho, en los diarios y revistas de aquella época aparecieron recetas y nuevos consejos culinarios como por ejemplo el uso del pan occidental y la carne.

Pero tras la Primera Guerra Mundial y el gran terremoto de Kantō en 1923, el país tuvo problemas en la provisión de alimentos. Una solución fue asignar una cantidad de arroz de 300 gramos por persona y día, que no eran suficientes y, además, en bastantes ocasiones se retrasaban con las entregas. Por eso, debían complementarlo con boniatos y otros productos de grano, fideos de trigo y un tipo de arroz de segunda categoría que se usaba normalmente como forraje animal.

El estándar de vida comenzó a mejorar tras la Segunda Guerra Mundial. El acto de preparar el *bentō* se hizo menos habitual para dar paso a la aparición de cantinas en las escuelas y en el trabajo, en donde se comía de manera equilibrada y a bajo coste gracias a las leyes sobre nutrición que impuso el Gobierno. La variedad de alimentos en estos lugares era mayor a la habitual del *bentō*, por lo que mucha gente lo prefería. Además, la opción de poder comer caliente era una motivación extra para asistir a las cantinas.

Sin embargo, a partir de los años cincuenta y gracias al desarrollo de nuevas tecnologías, se introdujo un nuevo cambio a la manera de preparar el *bentō*. Por un lado y gracias a las bolsas isotérmicas y los termos, los japoneses podían mantener la comida en su temperatura e incluso hacerse una sopa caliente en cualquier lugar y momento. Por otro, la presencia cada vez mayor de la mujer en el mercado laboral supuso que esta tuviera menos tiempo de preparar la comida. Así, las tiendas aumentaron las ventas de *bentō* de forma progresiva.

El *bentō* hoy en día es una ración de comida preparada para llevar que suele incluir arroz, pescado o carne, y una guarnición o acompañamiento a base de verdura. Autor: Cloris Ying.

Más allá del enorme negocio que conllevan estas cajas a día de hoy, el uso y consumo del *bentō* no se limita a una mera cuestión de supervivencia, no es equiparable al *tupper* occidental. El *bentō,* además de estar hecho con una extremada atención al detalle y mostrar un gran equilibrio en los ingredientes, también es un soporte con el que comunicar gustos, sentimientos e intenciones. Además, se nombra de mil formas diferentes: según los ingredientes que tenga dentro, dónde se coma, quién lo lleve, si se toma pronto o si es (más) rápido, etc. De este modo, el *bentō* lo podemos considerar un objeto —perecedero, eso sí— con el que podemos aprender mucho sobre la cultura japonesa. Por ejemplo, sobre el respeto. Los *bentō* que se sirven en trenes y aeropuertos no contienen alimentos que huelen muy fuerte, para no molestar al resto de pasajeros con el olor.

También la cultura *kawaii* ha tenido gran influencia en el diseño tanto de los paquetes como de la comida en sí, con sus diseños muy cuquis e infantiles. Sin ir más lejos, hay una modalidad de *bentō* que se llama *kyaraben,* que es una contracción de *kyarakutā no bentō* (キャラクターの弁当) y que significa «caja con comida montada con forma de dibujos animados». Es decir, los ingredientes se cortan para ser transformados en animales, personajes de dibujos, cómics o incluso gente famosa. El objetivo principal de hacer este tipo de *bentō* es engañar a los niños para que se coman toda la comida y no le pongan pegas a ningún ingrediente. Está tan de moda y se demanda tanto que en algunas guarderías se ha prohibido este tipo para no presionar en exceso a las madres que no tienen tiempo de prepararlos y, ojo al dato, que los niños no se sientan intimidados por aquellos que sí los pueden traer.

Mi *bentō* — mensaje favorito, por extraño, es el *shikaeshi bentō* (仕返し弁当), que significa «el *bentō* de la venganza». Este puede contener cualquier cosa que muestre enfado hacia la persona que se lo va a llevar. Depende mucho de la imaginación de quien lo prepara, pero podría contener solo arroz (incluso sin cocer), toda la caja rellena exclusivamente de pepinillos, un almuerzo con una palabra grosera escrita sobre la comida o contener los alimentos con la forma de una imagen embarazosa.

Los *konbinis*

En los setenta se introdujo el concepto estadounidense de *convenience stores* («tiendas de conveniencia»), que los japoneses redujeron a *konbini.* Disponer de comida semipreparada facilitó la inserción de la mujer al trabajo y, por supuesto, ayudó al auge del *bentō*. La particularidad de esta comida frente a los ultraprocesados occidentales es que es posible comprar comida muy fresca pero con periodos de caducidad muy cortos. Esta nueva forma de *bentō*, con comida fresca y de buena calidad, cambió su significado. Al principio de la historia, el *bentō* se hacía en casa para consumirlo fuera, pero desde que aparecieron los *konbini*, se convirtió en comida que se compraba fuera para consumirla ya en casa.

El primer establecimiento de este tipo fue de la marca Seven Eleven y se abrió el 15 de mayo de 1974, más de 800 clientes lo abarrotaron ese día. Desde entonces, las cadenas más importantes (Seven Eleven, Family Mart y Lawson) han crecido de forma exponencial. Tanto que en 2008, las tiendas de 24 horas superaron por primera vez en ventas a los grandes almacenes. Se estima que hay más de 55.000 *konbinis* repartidas por todo Japón, que son visitadas por unos 1500 millones de personas cada año, con una media de gasto de 650 yenes anuales por cabeza.

Pero no solo de *bentō* viven los *konbinis*, porque venden literalmente de todo. En realidad, caminar sin descanso por Tokio es fácil porque siempre habrá una de estas tiendas dispuesta para abastecernos de lo que sea que nos haga falta, más allá de calmar el hambre. Algunas disponen de estanterías con productos libres de impuestos —necesario presentar el pasaporte—; en otras es posible cambiar yenes a dólares, euros y otras tantas divisas. ¿Tienes un antojo? Hay *onigiris,* pan, verduras, frutas —carísimas—, chucherías, *ramen* instantáneo… También hay platos ya calientes como *yakitori*, pollo rebozado, salchichas, etc., y el *oden*, un contenedor metálico cuadrado con caldo y otros ingredientes. ¿Te ha salido una ampolla de tanto caminar? Hay tiritas. ¿Te duele la cabeza? Hay medicina básica como los productos para el resfriado,

los dolores o la fiebre y también *kanpō*, la medicina tradicional, aunque se deben comprar en las franjas horarias en las que está presente el especialista de turno pues son colaboraciones que se hacen con las farmacias. ¿Te has quedado sin efectivo? Tienen un cajero automático en su interior. Es posible retirar yenes con tu tarjeta bancaria extranjera gracias a una tasa de cambio bastante aceptable. Suelen tener los menús de la pantalla en varios idiomas, si no se encuentra el español, al menos el inglés es seguro que esté. ¿Hace frío? Tómate algo calentito del *oden* que encontrarás al lado de la caja registradora, seguramente haya algo de carne, pescado al vapor, rodajas de nabo cocido, huevo, gelatina *konnyaku*… Mézclalos con el caldo de pescado, bonito y alga *konbu* y añade mostaza japonesa o la pasta de miso que encontrarás por ahí. ¿Te apetece algo caliente pero diferente? Tienen microondas. ¿Será *ramen*? Usa la tetera. ¿Son las tres de la mañana? Abren 24 horas. ¿Quieres tener un detalle? Imprime alguna foto de tu móvil y ponle un sello para usarla como postal. ¿Tienes sueño? Hay máquina de café. ¿Te sentó mal el *ramen*? Tienen baño. ¿Alguien necesita una copia de tu pasaporte? Podrás hacer fotocopias. ¿Resulta que ese alguien está en España y es de la administración pública? También puedes enviar un puñetero fax. ¿Con tanta llamada por WhatsApp te has quedado sin datos móviles en la tarjeta prepago? Podrás comprar otra. ¿No quieres gastarte más dinero en Internet? Tienen wifi gratis. ¿Te queda poca batería? Tienen cargadores. ¿Te has fijado en una valla publicitaria que tiene una imagen de un pueblo cercano y encantador? Tendrán tiques de la excursión. ¿No quieres tiques porque prefieres ir por tu cuenta? Podrás comprar un simple billete de autobús. ¿No hablas japonés? Alguno intentará con el inglés. ¿Tampoco te enteras de lo que dicen? Si estás en un Seven Eleven llamarán por un teléfono especial para que alguien haga traducción simultánea. ¿Te da palo hablar con la gente? Usa la cámara del traductor de Google para enfocar cualquier producto y traducirlo en el momento, como realidad aumentada. Y porque no vives ahí, también podrías pagar hasta la factura de la luz o el impuesto de *turno*.

Japón tiene la mayor densidad del mundo en máquinas expendedoras. Lo habitual es que dispensen bebidas y comestibles fríos o calientes, pero también las hay con productos de todo tipo (bolas sorpresa, juguetes eróticos, paraguas, mascarillas quirúrgicas…). Autora: Beatriz Lizana.

Borracheras de infarto

¿Quién vivirá ahí? ¿Cuánto valdrá una casa como esta en Japón? Parecen casoplones unifamiliares pero en versión mini, ni siquiera tienen garaje para guardar sus coches. Y vaya cochazos se gastan por aquí. Debe ser muy segura esta ciudad para que la gente aparque en la puerta de casa sin miedo a que lo roben o incluso lo rayen. ¡Que no hay espacio! Ni entre casa y casa, o casa y calzada. Si ni siquiera hay aceras…

Esos eran mis pensamientos mientras deambulaba por una parte residencial del barrio de Toshima. Hacía dos días que había llegado a Japón. Como tenía bastante *jet lag* preferí moverme por zonas menos bulliciosas. En aquel lugar lo único que se escuchaba eran mis pisadas y el cantar de algunos pajarillos.

¿En serio esto es Tokio? ¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Qué casas tan bonitas! Vivir en esta zona tiene que costar un riñón y parte del otro.

No había tráfico y caminaba yo sola por la calle. Giraba a la derecha, luego a la izquierda para volver sobre mis pasos, otra vez a la derecha… daba igual, no tenía un trayecto previamente marcado.

Después de andorrear un buen rato desemboqué a una carretera relativamente ancha tras la que había una verja abierta. Al fondo, el tejado de un santuario. Crucé la carretera y me adentré a un patio de guijarros.

Son casi las seis de la tarde aunque no parece que esté cerrado el templo. Hay gente. ¡Pues para dentro!

Al fondo, cinco hombres de mediana edad se dirigían a la verja. ¿Habrían estado orando? Iban con traje de chaqueta y corbata, el uniforme oficial de los trabajadores de oficina de aquí. *Crac, crac, crac…* dejé de escuchar los pajarillos porque los guijarros del enorme patio crujían bajo mis pies. Los del fondo, aunque no hablaban entre sí, parecían divertirse porque venían dando saltitos

sobre las piedras. Yo me acercaba a más velocidad de la que ellos se alejaban del templo.

Un hombre bebido parece que pasa desapercibido en el vagón del tren. Autor: Max Anderson.

Al acercarme escuché que el ruido de sus pies sobre las piedras era más pesado y arrítmico que el mío. Más que saltar, iban arrastrándose. Uno que tropezó casi se cae. Yo ya estaba lo suficientemente cerca como para verles las caras, sin mascarillas y más rojas que un tomate. Mi nariz también entró en acción. Aquella gente apestaba a alcohol y andaban así porque iban borrachos como cubas.

Mi cerebro me iba a explotar porque a) aquella gente salía en ese estado de un templo y b) los borrachos de mi mente son maleantes nocturnos y visten pantalones vaqueros.

Aquel incidente fue el primero de muchos. Prácticamente cada día me tropecé con borrachos trajeados, en todos lados. A partir de las cinco o seis de la tarde se convertían en parte del paisaje. En el tren, con dificultades para mantener el equilibrio; en la calle, zigzagueando; incluso por los suelos durmiendo la mona. También vi cómo otros les saltaban por encima sin que les importara mucho encontrarlos ahí tirados. La mayoría de los embriagados eran hombres, aunque los fines de semana también veía alguna que otra joven pasada de tuerca. ¿Qué pasaba con el alcohol? Vayamos por partes.

Lo que dice la ley

En Japón se puede comprar alcohol las 24 horas al día los 7 días de la semana y hasta hace unos años se podía conseguir incluso en máquinas expendedoras. Porque en este país no es ilegal ir borracho por la calle —como sí lo es, por ejemplo, en Francia—. Lo que no es legal es alterar el orden público. Si hay policías cerca de alguien visiblemente borracho pero que no está dando la nota, es porque querrán ayudarle, no amonestarle. Alguien con embriaguez puede ser detenido por gritar, tocar música a todo volumen o molestar a los viandantes, pero no por el mero hecho de ir ebrio.

Tampoco es ilegal beber alcohol en la calle. En primavera es frecuente ver grupos de personas empinando el codo en los parques. También se puede beber en el tren —de hecho, lo venden en el tren bala—. Yo misma he visto a algunos jóvenes con cervezas en el metro, aunque no parece habitual si el trayecto es corto.

En relación a la compra de bebidas, no hay restricciones ni en cuanto a la hora de venta, ni el lugar, ni eventos específicos; tampoco se restringe en gasolineras y se le puede vender a alguien que ya esté embriagado —a menos que este vaya a conducir, en ese caso está prohibido—. Respecto a otro tipo de medidas, actualmente no hay limitaciones en la publicidad ni en el patrocinio de bebidas alcohólicas. Se han implementado ciertas reglas dentro del sector que, sin llegar a ser leyes estatales, restringen el lenguaje utilizado y los tiempos de retransmisión. Sin embargo, es evidente que estas regulaciones no tienen un efecto real en la prevención de daños relacionados con el alcohol.

En lo que sí son muy restrictivos es en la conducción de vehículos bajo la influencia del alcohol. Japón tiene tolerancia cero —el nivel en sangre debe ser inferior a 0,03 %—. La multa por conducir bebido puede ascender hasta 8000 euros y tener pena de prisión de hasta 5 años. Otra particularidad de esta ley es que también amonesta a quien se suba a un automóvil que vaya a ser conducido por alguien que está en estado de embriaguez. Subir a un coche sabiendo que el conductor está borracho puede acarrear multas de hasta 4000 euros y 3 años de prisión. También está prohibido proveer de un automóvil y hacer que conduzca a alguien que está bajo los efectos del alcohol.

Un vistazo al bar

Tradicionalmente, la sociedad japonesa ha sido tolerante en el consumo de alcohol por parte de hombres de mediana edad aunque lo ha desaprobado entre jóvenes y mujeres. En general, en los últimos veinte años ha disminuido ligeramente su consumo. Según la OECD, en Japón se consume una media de 7,2 litros de alcohol

puro por persona al año. Esto es el equivalente a 72 vasos de cerveza de 5 grados al año; es decir, poco más de una caña a la semana. La media de los países de la OECD es de 9,1 litros al año —tampoco llega a dos cervezas a la semana—.

No parece mucho, pero es que la misma fuente también afirma que solo el 20 % de la población se bebe el 70 % de todo el alcohol consumido. Por otra parte, el consumo de alcohol entre los jóvenes y las mujeres —antes considerados bebedores ocasionales— ha aumentado. Según una encuesta realizada en 2007, más del 36 % de hombres y más del 7 % de mujeres beben alcohol diariamente.

Ahora ya me salen las cuentas de lo que vi por las calles.

El *hanami* es la tradición japonesa de observar la belleza de las flores. En abril, los japoneses acuden en masa a los parques a observar las *sakura*, las flores de los cerezos. Esto también conlleva comer y beber con la familia y los amigos. Una ambulancia se llevó a varios comas etílicos de este parque. Autora: Beatriz Lizana.

Pero no solo de cervezas se alimenta el japonés. El sake (arroz fermentado) es el tipo de alcohol que más se conoce a nivel internacional. No obstante, hay mucha diversidad de cervezas de diferente graduación y una gran oferta de destilados de ciruela, boniato, alforfón, albaricoque, etc. Y whisky, que no falte el whisky.

En comparación con los precios españoles, beber alcohol en Japón es caro a pesar de que los impuestos que se pagan por él están en la media de los países de la OECD. De todas formas, Japón es único porque la tasa impositiva sobre la cerveza es mucho más alta que en otras bebidas de más graduación, no obstante se ha reformado la ley de impuestos y estos van a cambiar en los próximos años. Como muestra, el 40 % de lo recaudado en impuestos en alcohol en 2017 fue por la venta de cerveza.

Aun así, el precio se ve mejorado por la barra libre durante un periodo corto de tiempo, que en Japón se le denomina *nomihodai*. ¡Y vaya si la aprovechan! Beben con ansia. No dan sorbitos al vaso, dan tragos largos como quien bebe agua, como si en vez de salir de trabajar de una oficina viniesen de correr una maratón.

Lo que marca el protocolo es que, de ser posible, todo el mundo beba lo mismo en la primera ronda. Si la reunión en el bar es con amigos, entonces serán las mujeres las que sirvan al resto. Si es un grupo de oficinistas esta reunión se llama *nomikai* y son los subordinados quienes sirven a los superiores. Nadie se sirve a sí mismo. Y primero hay que brindar para luego comenzar a beber todos a la vez. ¡*Kanpai*! literalmente «seca tu copa». Nada de hacerlo a la manera española, nada de *chinchín,* que en japonés significa «pene». *Kanpai* y todo para adentro.

Suerte que esto solo lo hacen en la primera ronda.

En cualquier caso, en el bar no habrá nadie menor de 20 años bebiendo alcohol, pues esa es la mayoría de edad en Japón —que a partir de 2022 se reducirá a los 18 años; entonces se casarán y votarán a los 18, pero no podrán alcoholizarse porque se mantiene la limitación de los 20: ¿te imaginas tu propia boda sin poder tomar ni una cerveza?—. Aun así, se ha demostrado que en torno al 50 % de los estudiantes de secundaria han probado el alcohol a pesar de su prohibición, bien en casa o porque alguien se lo ha comprado en un *konbini.*

Aunque vista la ansiedad con la que beben los adultos, mucho mejor que les den otros dos años de abstención legal. Así podrán tener una excusa para pedir algo alternativo cuando vayan con el jefe al salir del trabajo a tomar algo. Porque ha sido obligatorio hasta hace muy poco asistir a estas reuniones sociales en las que ponerse ciegotes —los cambios laborales se van introduciendo muy poco a poco y esta costumbre es una de las que se está perdiendo, aunque hay empresas que todavía la mantienen—. ¿Tenían los empleados otro plan? Pues lo cancelan. La familia no es más importante que irse a beber con el jefe. Además, si el jefe no se quiere ir del bar, no se va nadie. Si beben cerveza y él pide otra, el resto también. Si es una botella lo que comparten, nadie puede tener el vaso vacío.

Sin duda, el alcohol que baña este tipo de reuniones sirve como lubricante social. Los empleados pueden aflojar su contención y entonces hablar con cierta franqueza. ¡Unas cervezas y a soltarse el pelo! A fomentar la vinculación entre compañeros de trabajo.

Entonces, ¿por qué gusta beber?

¿De verdad sabe bien el alcohol? La palatabilidad —esa cualidad de un alimento o bebida que lo hace ser gustoso al paladar— tiene parte de predisposición genética, pero también cultural. A saborear se aprende. De ahí que a veces se escuchen comentarios como «de pequeño odiaba las alcachofas y ahora me encantan» o «la primera vez que probé la cerveza me pareció que estaba asquerosa y ahora me flipa una buena caña fresquita».

La oferta de alcohol es vasta, difícil que no se adecúe a todos los paladares. No obstante, es común relacionar ciertos países con un determinado tipo de bebida: a Rusia con el vodka, Japón con el *sake*, Bélgica y la cerveza, Francia y el vino, Reino Unido con el whisky… También existen a nivel internacional los combinados, que en definitiva lo que se busca con ellos es mezclar destilados con otras bebidas, por lo general dulzonas, para que aumente su palatabilidad.

No solo nos gusta su sabor. El alcohol afecta a la parte del cerebro asociada con la toma de decisiones y el comportamiento social. Es decir, también nos gusta el efecto que tiene en nuestro organismo: produce la liberación de dopamina en las áreas de recompensa del cerebro, que intervienen en la coordinación y ejecución de los movimientos y también en la motivación —como querer hacer cosas que nos da placer—. Por eso, consumido con moderación, puede elevar un estado de ánimo positivo, aliviar la ansiedad o negatividad e incluso aumentar la confianza. Nos desinhibe. Es curioso que, al debilitar la autoconciencia y relajar el sistema nervioso central, beber da una idea de la trascendencia que a algunos les sirve como una especie de experiencia espiritual… o de exaltación de la amistad. En definitiva, si bebemos nos volvemos más sociables.

Pero también más temerarios. Nos arriesgamos con más facilidad, de ahí la asociación entre la bebida con los accidentes y las lesiones. Además, hace olvidar momentáneamente los problemas. Esto sucede porque el etanol también altera la comunicación entre las neuronas al debilitar las moléculas en las paredes que las separan, de modo que las señales eléctricas no se envían de manera normal y las asociaciones entre ideas no emergen tan fácilmente. Por un lado, nos da esa sensación de disfrute de «aquí y ahora», pero a la vez nos hace ser menos ágiles con nuestra atención. Con menos flexibilidad, tendemos a enfocarnos en lo que sea más relevante para nosotros en ese momento, e ignoramos casi todo lo demás. Y volvemos a los accidentes, las lesiones y las malas decisiones.

También se relaciona el alcohol con la reducción del dolor, como un efecto calmante que amortigua las señales de las neuronas sensoriales. No obstante, puede convertirse en tolerancia, de tal manera que ese alivio del dolor sea menor con el tiempo.

Un abuso del alcohol, a corto plazo, puede provocar dificultad al hablar, pérdida de coordinación, inestabilidad emocional e incluso pérdida de memoria. Depende de cuánto se ha bebido y, por tanto, de la cantidad de alcohol en sangre que se tenga.

Hay que sumar otras implicaciones a nivel social. El alcohol es un elemento central en las relaciones sociales con el que se nos permite romper tabúes. La antropóloga Kate Fox argumenta que a

esos efectos fisiológicos hay que sumar las suposiciones que hacemos sobre lo que significa estar borracho en nuestra sociedad. Beber nos hace ser más abiertos, promiscuos o agresivos precisamente porque así es como se supone que nos comportemos cuando bebemos. Con la bebida, justificamos nuestro comportamiento. Dice Fox (1992) que cuando las personas piensan que están bebiendo alcohol, se comportan de acuerdo con sus creencias culturales sobre los efectos conductuales del alcohol. Por eso, y a pesar de que el alcohol lo que hace es embriagar, no se comportan de igual forma los japoneses que los españoles, los británicos o los rusos cuando beben.

Por eso, si recordamos la experiencia de haber bebido como positiva, es más probable que volvamos a beber en el futuro. Por el contrario, cuando es negativa, es probable que la motivación para beber en otra ocasión sea la de «nunca más».

Cogorzas genéticas

El ingrediente psicoactivo del alcohol es el etanol, un líquido incoloro y volátil que se obtiene a partir de la fermentación y destilación de azúcares. Si entra al torrente sanguíneo de forma más rápida de lo que nuestro organismo lo metaboliza —si nos tomamos más cervezas de la cuenta—, se produce una intoxicación. Es decir, nos embriagamos —nos cogemos un pedo, una mona, una curaera, una chuma, una melopea, un jumo… qué vasto es nuestro vocabulario—.

¿Cómo sucede? Aproximadamente el 70 % del alcohol se absorbe en el estómago y el 30 % en el intestino delgado, se distribuye por todo el cuerpo y se metaboliza en el hígado. La enzima principal encargada de ello es el alcohol deshidrogenasa (ADS) y la aldehído deshidrogenasa (ALDH), que lo transforman en acetaldehído, el responsable de que aparezcan las náuseas y el dolor de cabeza (es decir, la resaca) y el rubor facial. Más tarde se seguirá descomponiendo en acetato, dióxido de carbono, agua… hasta que por fin se elimina del cuerpo.

La velocidad a la que se metaboliza —además de otros factores externos como el haber comido—, depende directamente de los niveles de enzimas que se tengan. Efectivamente, la genética influye en la borrachera. A mayor cantidad de ADS, más rápido se metaboliza el alcohol y menos duran los efectos. Quien tiene menos enzimas, tarda más en metabolizarlo y, por tanto, el efecto durará más.

Además de esto, resulta que el 80 % de los japoneses tienen una variante genética que hace que la actividad de la ADS sea particularmente alta. Esta circunstancia es en parte responsable de que al hígado no le dé tiempo a metabolizar el etanol y se acumule una mayor cantidad de acetaldehído. Por este motivo, aunque se ingiera una pequeña cantidad de alcohol, las reacciones tóxicas aparecerán. No obstante, si una persona que tiene esa variante bebe de forma asidua, puede desarrollar cierta tolerancia al alcohol y entonces sus efectos no serán tan evidentes —aunque seguirán siendo igual de perniciosos—.

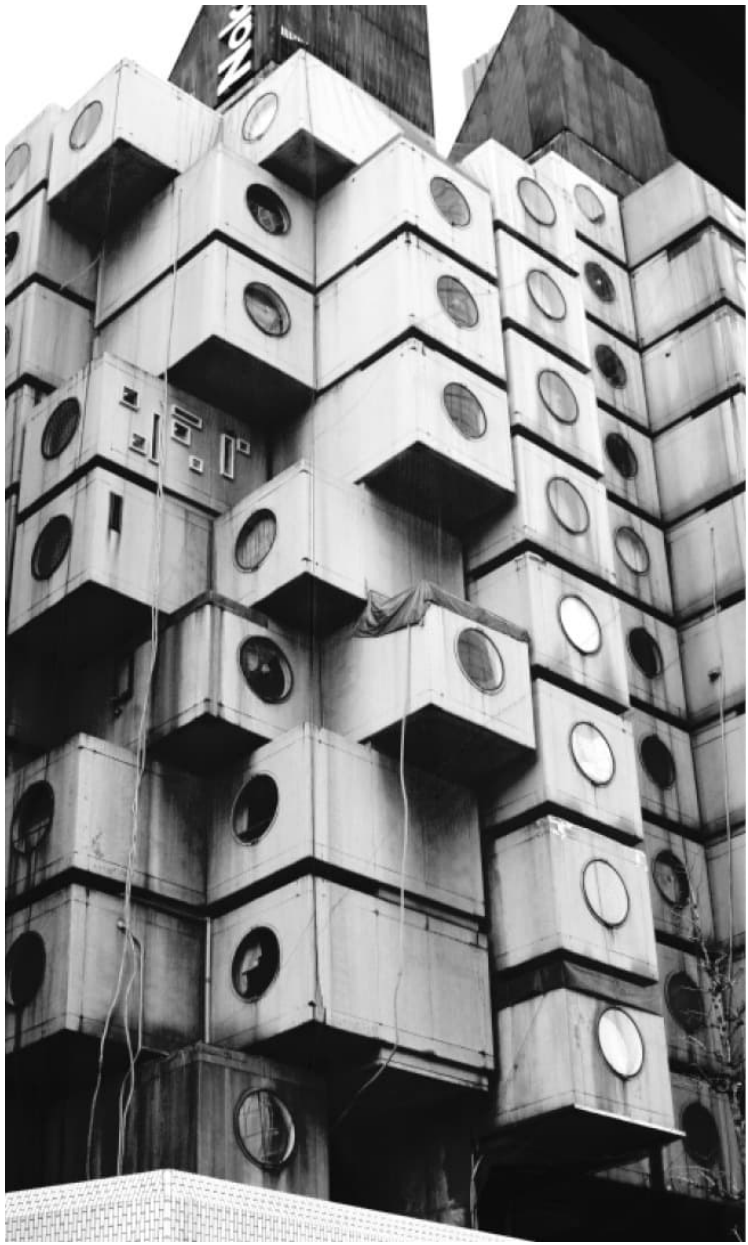
La importancia del espacio cuando se viaja en solitario

Quien viaja en solitario no busca necesariamente la soledad. En mi caso me considero una persona social, tiendo a buscar el contacto con la gente sin importar el lugar donde me encuentre. Viajar sin compañía me aporta total libertad de movimiento y el control sobre qué hacer en cada momento. Por eso y dado que tengo un especial interés por las personas, no es extraño que en un viaje priorice una conversación con alguien que acabo de conocer antes que una visita a un edificio histórico.

Es más, esas charlas en Japón se me acabaron convirtiendo en una necesidad, pues nunca estuve tanto tiempo viajando sola. Creo que en mi vida normal habré aguantado como máximo un par de días sin hablar con absolutamente nadie —ni por teléfono—. Sin embargo, en Tokio pasaron algunos más en los que ni siquiera escuché mi propia voz. Ni en los restaurantes hablaba con los camareros. Allí la comanda se hace en máquinas muy parecidas a las del tabaco, que en vez de expedir un paquete imprimen un papel con el pedido para poner encima de la mesa y que el camarero traiga el plato. A lo sumo, un *konichiwa* o un *arigatou* y nada más. Muy fácil para un turista que no quiera complicarse, pero algo complicado para quien busca algo más de interacción.

Por mi salud mental debía escapar a mis monólogos internos y eternos. Tenía la experiencia de otros viajes y sabía cómo hacerlo, la premisa era buscar un hostal. Este tipo de alojamientos, además de adaptarse a los presupuestos ajustados como el mío, favorecen la interacción con otros huéspedes. ¿Cómo? Se convierte en una vivienda en la que se comparten los momentos más íntimos: el sueño y la comida. Se rompe una barrera invisible y la conversación surge más de una manera más fácil.

Sin embargo, los primeros días me alojé en el equivocado. ¿Por qué?



Torre Nakagin, obra del arquitecto Noriaki Kisho Kurokawa. Cada habitáculo-cápsula tiene aproximadamente diez metros cuadrados. Autor anónimo.

Lo reservé por Internet desde España y las fotos que vi estaban hechas con una lente angular. Eso significa que el lugar parecía más grande en las fotos de lo que era en realidad. Una vez allí, me di cuenta que estaba gestionado por una sola persona. Ese único recepcionista hablaba un inglés tan básico que incluso tuve problemas para hacer el *check-in*. Así que descarté esas pequeñas charlas informales que en otros sitios sí hubiera podido establecer.

Estaba situado en la tercera planta de un edificio, era muy bonito visualmente, pero fue diseñado para estar de paso. La entrada, la recepción y la única mesa que existía en todo el establecimiento y en la que no cabían más de dos personas a la vez compartían el mismo espacio abierto. Del ascensor a la barra para hacer el registro había cinco pasos, de ahí a la mesa otros cinco. Había otra pequeñísima habitación contigua sin sillas ni mesas, pero con cojines en el suelo, que solía estar siempre vacía. Como mucho cabrían seis huéspedes a la vez si se conocían entre ellos, o tres si eran desconocidos. A propósito de la proxémica, ¿sabías que la distancia social, esa que mantienes con alguien a quien no conoces, se da entre 120 y 360 centímetros y que varía según la edad, el sexo y la cultura?

La habitación más grande del lugar era el baño, con tres inodoros, tres duchas y tres lavamanos muy separados entre sí. Contrastaba con la estrechez del hostal. Estoy segura de que en España se habría aprovechado el espacio de otra manera, pero aquello era Japón y yo me tenía que adecuar a las normas del juego. Tampoco había cocina —es habitual que la haya en este tipo de alojamientos—. El resto del establecimiento era un pasillo largo que daba acceso a los agujeros de las paredes donde dormíamos los huéspedes.

Era un hostal cápsula. Mi reserva respondía a la curiosidad de dormir en un espacio tan pequeño. Tampoco me di cuenta por Internet que en persona tenía cierto aire tétrico. Una pared de unos 3 metros de ancho por 3 de alto, con 4 agujeros iguales a los nichos de los cementerios. Así era mi «habitación», que compartía con

otras personas a las que nunca les vi la cara.

Al menos cada espacio tenía una bonita cortina tupida de color naranja.

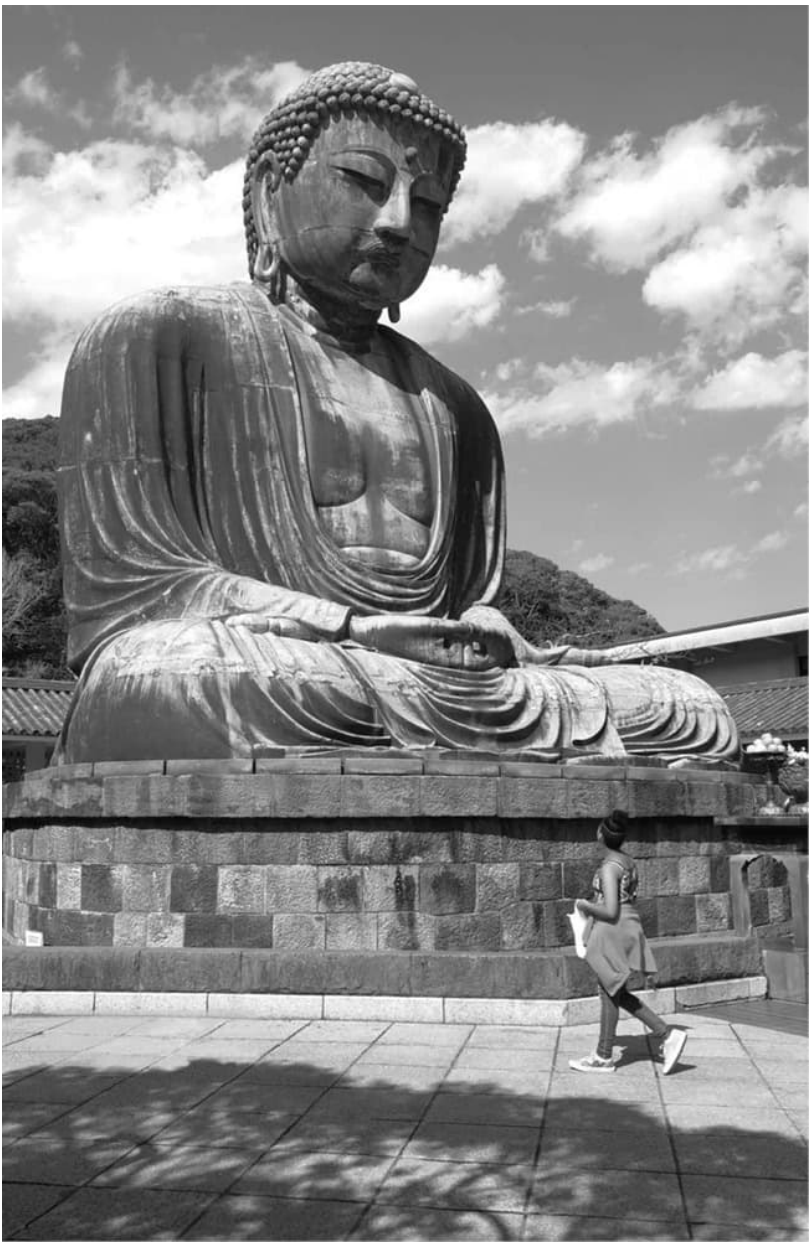
A mí me tocó el de arriba a la derecha, al que accedía por unas escaleras mal colocadas en el mismo centro, entre cada «nicho». Una vez dentro, si me sentaba a lo ancho, con mi espalda pegada a la pared y las piernas estiradas, tocaba con las plantas de los pies la de enfrente. Si alargaba los brazos sobre mi cabeza, aún quedaban unos 30 centímetros para llegar al techo de mi habitáculo.

¿Claustrofóbico?

Playa de Kamakura, bañada por aguas del océano Pacífico. No tiene paseo marítimo pero sí muchos surfistas y cuervos, en vez de gaviotas. Autora: Beatriz Lizana.

No tanto si estuve unos 10 días durmiendo ahí. El futón era muy cómodo, tenía enchufe para cargar todos mis *gadgets*, luz propia y las paredes que me separaban de los otros huéspedes me ofrecían un gran silencio. Entre eso, el *jet lag* y las larguísimas caminatas del día acababa tan cansada que dormía como un bebé. No obstante,

seguía sin hablar con nadie hasta que descubrí en la recepción a una chilena el mismo día que ella se cambiaba de ciudad.



Este buda se encuentra en Kamakura, mide más de 13 metros y pesa unas 93 toneladas a pesar de que está hueco en su interior (se pueden visitar sus entrañas). Lo rodeaba un templo que se reconstruyó en varias ocasiones como consecuencia de fuertes tormentas. Dejaron de construir a su alrededor después de que un tsunami tirara el templo pero Buda sobreviviese. Autora: Beatriz Lizana.

Aquella chica, las redes sociales y mi familia me salvaron de que perdiese la voz durante esos primeros días. Pero pronto la recuperaría para no callarla más.

Una tarde, mientras caminaba por el paseo marítimo de la bonita playa de Kamakura, me di cuenta de que no había ningún banco en el que sentarse a observar el océano. Fue mi momento eureka, a aquel hostal le faltaba un espacio común abierto y amigable que invitara a socializar con el resto de huéspedes.

La familia y la mujer

Kiri tiene nombre de queso y lo sabe. Este chico de pelo rubio desteñido lo primero que me dijo fue «soy artista», aunque en ese momento se encontraba trabajando en la recepción del hostal de Kamakura al que decidí cambiarme. Estaba frente a ese paseo marítimo sin bancos y ocupaba una casa grande de estilo americano. Atrás quedaron la cápsula, las estrecheces y mi silencio.

Por fin alguien a quien darle la turra, por fin un salón comunitario y espacioso.

El chico aprovechó mi disposición a la conversación para mostrarme su Instagram y su libreta repleta de apuntes y reflexiones, que la mayoría estaban en japonés pero también tenía algo en inglés, del año que estuvo estudiando en Holanda.

Tras varias noches de pequeñas charlas en el salón tipo americano, un día se ofreció a caminar por la ciudad para mostrarme a pie todos los santuarios de Kamakura, que no son pocos. La realidad es que el chico estaba buscando un desahogo camuflado en forma de paseo porque lo que realmente quería era hablar con alguien de fuera de su entorno.

Kiri me contó que había sido arquitecto durante un tiempo en la empresa en la que trabajaba su padre. Ejerció de *salaryman* —oficinista encorbatado— haciendo planos en Autocad. Algo nada apasionante para él, aunque se había estado formando muy duro durante toda su vida para ello. Aquellos días estaba en plena crisis porque acababa de dejar ese trabajo para venirse a vivir a Kamakura y ejercer como pintor.

—Mi padre está muy enfadado conmigo, por mi deslealtad hacia él y hacia la empresa. He abandonado ese trabajo por mi sueño, porque quiero ser artista. Porque *soy* artista, por eso mi padre me odia.

—Es tu padre, hagas lo que hagas no puede odiarte —intenté suavizar su rabia.

—Que sí, en serio. Además, mi novia es ocho años mayor que yo y es de otra región —se hizo un silencio largo mientras seguíamos caminando—. Si ella supiera que estoy ahora paseando contigo me mataría.

—Pero si solo es un paseo.

—Es una deslealtad hacia ella —aquí se puso serio—. Mi padre tampoco la acepta porque quiere para mí a una mujer de mi región, para que tenga nuestras mismas tradiciones.

—Pues yo no entiendo qué hay de malo en querer mostrarme tu ciudad. De hecho, te lo agradezco mucho.

—Eres extranjera, vosotras pensáis de otra manera.

—¿De otra manera respecto a las mujeres japonesas? Pues supongo. En cualquier caso, también hay cosas que nos unen. Por ejemplo, tú y yo tenemos en común que nos gusta el arte y viajar.

Japón es un continuo contraste entre lo tradicional y la última tecnología. Autora: Beatriz Lizana.

—¡Oh! —hace un sonido agudo ascendente muy característico de los japoneses, da a entender que comprende lo que le digo.

—Además, he crecido con la creencia de que la amistad surge entre personas afines, sin importar el género.

—Ajá —más onomatopeyas y más movimiento de cabeza para volverse a callar un rato—. ¿Sabes? En Japón es que este tema es diferente.

Aquí y también en otros pueblos, pienso. No quiero entrar en terrenos pantanosos así que vuelvo a lo de su padre.

—Dale tiempo y verás que acaba aceptando cómo eres al cien por cien. Querrá a la mujer que tú elijas e incluso le gustarán tus pinturas —le respondí con mi mentalidad occidental.

—No, no lo puedes entender —seguía empeñado en que su dimisión había significado una profunda vergüenza para él.

¿Una familia de cuervos? En Kamakura hay muchas señales que avisan de la presencia de estos animales. No son peligrosos pero pueden llevarse restos de comida y dar algún que otro susto. Autora: Beatriz Lizana.

—Mira, te voy a contar una anécdota. Tengo un amigo homosexual cuyo padre, cuando se enteró de su orientación sexual hace ya varios años, dijo que lo iba a desheredar. En cambio, ahora, no solo ha aceptado a su hijo sin importarle nada más que su bienestar, sino que también acoge con cariño a su pareja.

—¡No tiene nada que ver!

—Bueno, es otro caso de un padre repudiando a un hijo. Incluso diría que el caso de mi amigo es peor que el tuyo.

—¿Peor? —se exaltó un poco y me miró muy asombrado—. Ni de broma ese caso es peor que el mío. Da igual, eres extranjera.

Y así fue como zanjó el tema.

Pues no, no fui capaz de entenderlo hasta que indagué un poco más sobre el concepto de familia japonesa.

El origen de la familia

Me remontaré muy atrás en el tiempo para poder tirar del hilo con el que comprender esta anécdota. Tanto, que me traslado al origen, al significado de la palabra 'familia'. Por un lado, es un hecho biológico en el sentido de que es necesario procrear para preservar la continuidad del ser humano. Nuestras crías nacen vulnerables e incompletas y hemos necesitado fijar una comunidad duradera para que los niños puedan ser educados de forma integral.

Por otro, es un concepto cultural, puesto que se establecen relaciones entre sus diferentes miembros: progenitores, hijos, abuelos… así, se crean una serie de derechos y obligaciones entre cada uno de esos miembros. No obstante, es un sistema tan complejo que no se interpreta de la misma manera en todas las culturas. La idea de familia se ve afectada por vínculos legales y económicos, procesos biológicos, dinámicas psicológicas, valores culturales, religiosos e incluso condiciones de mercado. Por tanto, ni es estático ni tampoco homogéneo.

A pesar de todo hay un punto en común. Cada miembro de la familia, sea cual sea la estructura en la que se forma, siente la

necesidad de ser reconocido como otro «alguien» de ese círculo. Es decir, estamos condicionados por la necesidad de ser amados. Así, somos parte del bienestar de otro miembro de la familia en la medida en que podemos influirle.

The Peony Lantern, ilustración de Lafcadio Hearn. Año 1899.

Según el escritor japonés Mikiso Hane, la organización de la familia en el Japón antiguo se remonta al concepto de que el bienestar de los vivos depende del bienestar de los muertos. De hecho, se creía que estos últimos habitaban un «mundo invisible»,

que era un duplicado del mundo visible y por ello dependían de los vivos para su prosperidad pero, a su vez, se creía que los muertos cuidaban de la familia y garantizaban dicho bienestar. Dicho de otro modo, la familia se sostenía por el amor, en una simbiosis entre los terrenales y los espíritus. Como una religión familiar.

En realidad, este culto a los antepasados no es exclusivo de Japón, sino que ha sido un rasgo común de antiguas sociedades tanto en Occidente como en Oriente. Los vivos se aseguraban el futuro del culto para su propio espíritu, pues una vez muertos verían sus necesidades de plegarias y ofrendas satisfechas por el resto de los miembros de su familia viva. De ahí que la obligación de una familia era perpetuar su continuidad, para perpetuar el culto de los que mueren de su linaje.

Una buena noticia sobre la situación de la mujer en Japón

Para entender cómo ha evolucionado en el tiempo el concepto de familia en esta parte del mundo, se hace indispensable mencionar el papel de la mujer respecto a la familia y la sociedad.

Existen evidencias de que el Japón primitivo fue una sociedad matriarcal —que no hay que comprenderla como la opuesta a la patriarcal—. Según la feminista Goettner-Abendroth, una sociedad de este tipo no implica una dominación de la mujer sobre el hombre, sino que se basaría en la transmisión de valores maternales. Por esto, son comunidades cuidadoras, orientadas a la negociación, sin jerarquías, clases ni dominación de un género sobre el otro.

También el académico Philip Jamieson sostiene que las sociedades que se dedicaban a la caza y la pesca eran más igualitarias —más matriarcales—. Un rasgo que afianza esta idea es la presencia de la mujer en la vida artística de aquellas sociedades.

Este autor toma como ejemplo las más de doscientas estatuillas de Venus que se han ido encontrando sobre todo en Europa y que se remontan a unos 40.000 años atrás. Estas son figuras femeninas de

cuerpo redondo, cabeza sin detalles y pies afilados. Se ha querido otorgar un significado divino a esta representación femenina, de amuleto, como símbolo de fertilidad o incluso como juguete. Sin embargo, apenas ha habido discusión académica acerca de quién hizo aquellas estatuillas. Nuestro inconsciente, sesgado, se imagina a un hombre trabajando la piedra con la idea de conceptualizar el poder femenino de su época. Sin embargo, Jamieson y otros científicos se han acercado a estas estatuillas por la forma en que están talladas, llegando a la conclusión de que debieron ser esculpidas por mujeres que miraban su cuerpo desde su propia perspectiva. En definitiva, muchas mujeres tallaban piezas que las representaban a sí mismas. Más allá de su simbología, esto implica que la mujer tenía presencia en la vida artística, lo que le otorgaba un lugar en la sociedad.

Otro ejemplo respecto a la presencia de la mujer en el arte lo encontramos en las manos impresas en las pinturas rupestres. Por su tamaño se deduce que correspondían a féminas. Además, los motivos pintados (bisontes, leones, elefantes…) eran animales con una estructura matriarcal. Es posible que aquellas mujeres reflexionaran sobre las cualidades de estas especies y las compararan con las suyas propias.

La mala noticia

¿Y qué tiene que ver esto con Japón? Que en sus primeros tiempos se daba tanto el culto a los antepasados como el hecho de ser una sociedad matriarcal. Según Jamieson, fue la introducción de la agricultura y el pastoreo lo que comenzó a establecer algunas diferencias entre hombres y mujeres. No obstante, ellas aún tenían la capacidad de poder gestionar y gobernar pueblos, como así lo hiciera la reina Himiko en el siglo II d.C., cuando tomó control de la región de Yamatai-koku tras la guerra civil de Wa (así era como se denominaba por entonces Japón).

Fue más tarde, con el confucionismo y el propio budismo, cuando la mujer se puso en una situación claramente inferior al

hombre. Según Confucio, la familia se debía construir sobre la base de una relación padre-hijo, no sobre la base de los progenitores hombre-mujer. Además, el budismo estimaba que la salvación no era posible para ellas.

En este punto hay que hacer mención del concepto japonés *ie*, que viene a ser la línea familiar que desciende desde los propios antepasados y que continuará en el futuro y cuya importancia era absoluta. De hecho, si no se presentaba el debido respeto a los muertos, se creía que a los vivos de la familia les ocurrirían desgracias y maldiciones.

Con los samuráis, la fuerza física y el valor militar tomó más importancia y fue aquí cuando se acentuaron estas diferencias, que en el Periodo Kamakura todavía no eran tan descaradas. Por entonces, las mujeres aún podían heredar, las viudas controlaban las propiedades y había presencia femenina en los entrenamientos de artes marciales. Incluso las mujeres seguían combatiendo, como así lo hizo Hōjō Masako (la viuda de Yoritomo), que condujo al ejército de Minamoto contra las fuerzas imperiales. No obstante, en esta época ya se esperaba de ellas que hablaran de una forma más educada y refinada.

Sin embargo, fue en el Periodo Tokugawa cuando se institucionalizó la costumbre de relegar a la mujer a una posición inferior respecto del hombre, además de formalizar las divisiones de clase: samuráis, campesinos, artesanos y comerciantes (a estos dos últimos también se les refiere como «habitantes de las ciudades»). Los samuráis eran los privilegiados, la clase dominante, pero a su vez eran siervos políticos de los daimios, los señores feudales a los que les debían dedicación exclusiva y quienes les pagaban con estipendios fijos de arroz. A pesar de estar en la parte de alta de la clasificación, se hacía distinción entre samuráis de clase alta y baja, y por tanto no cobraban el mismo arroz unos que otros. Tampoco se podían casar entre sí. Sí podían matar a un campesino, artesano o comerciante con total impunidad, si consideraban que se habían comportado de forma insolente con ellos. Respecto al campesinado, se les ordenaba qué debían cultivar, el horario de trabajo, qué comer, cómo vestirse y qué actividades de tiempo libre les estaban permitidas. Apenas tenían acceso a una educación y en su mayoría eran analfabetos. Sin embargo, estaban por encima de los

habitantes de las ciudades porque se consideraban la espina dorsal de la economía. De hecho, los gobernantes despreciaban a los que se dedicaban a hacer dinero —otro precepto de Confucio— aunque no tuvieron reparos en impulsar el comercio nacional. Así, muchos artesanos y comerciantes se asentaron en las ciudades-castillo de los daimios, con el objetivo de crear y acumular riqueza.

También se legalizó el *katoku,* el sistema familiar patriarcal que otorgaba a los cabezas de familia una autoridad absoluta sobre los demás miembros. Así, el hijo mayor era el más importante —podía heredar incluso el trabajo de su padre—, las hijas no tenían importancia y se limitaban a hacer el trabajo de la casa. Aunque entre los campesinos este poder no era tan extremo, las mujeres samuráis sí pasaron a vivir prácticamente como esclavas.

El hombre se podía divorciar cuando quisiera, tener amantes y disponer del matrimonio de sus hijos. No así la mujer, que debía aguantar malos tratos e incluso la muerte por parte del marido si incurría en adulterio. En una obra del dramaturgo Chikamatsu (nacido en 1653) una madre samurái le dice a su hija: «Cuando estés a solas con un hombre que no sea tu marido, no te atrevas siquiera a levantar la cabeza y mirarle».

Como sistema patriarcal había que asegurarse un hijo varón, ya que las mujeres no podían heredar el culto, solo lo mantenían —es decir, cuando una mujer se casaba, rompía el lazo con sus propios ancestros para dedicarse a la devoción de los antepasados de su marido—. Además, el matrimonio pasó a ser una decisión familiar. Así, los jóvenes no eran los que elegían a su pareja, sino que se constituía por *omiai* —arreglo entre familias—, porque no se podía permitir que los sentimientos interfiriesen con las exigencias de la religión familiar.

Es decir, dentro de la familia se enfatizaban los lazos lineales antes que los emocionales. Escribe Lafcadio Hearn:

> No era una cuestión de afecto sino de obligación religiosa y pensar de otro modo era impío. El afecto podía y debía surgir de la relación. No obstante, si surgía un cariño lo suficientemente poderoso como para hacer peligrar la cohesión familiar, se condenaba. Por lo tanto, se podía solicitar el divorcio si el marido se sentía demasiado vinculado a su esposa. (Hearn, 1904: 47)

Así, para poder asegurar la continuidad del linaje, se prohibió el celibato y el matrimonio era obligatorio sobre todo entre las clases más altas. Tampoco servían las excusas respecto a la descendencia. Si la mujer resultaba estéril, el marido podía divorciarse de ella o tener una concubina para asegurarse un heredero.

Roles de género y roles de jerarquía

Aun así, este sistema de cabezas de familia no necesariamente se centralizaba en el padre, pues tanto el abuelo como el hijo mayor podían representar dicha figura. De hecho, con frecuencia era el hijo adulto, pues los varones mayores solían ceder su autoridad. De lo que no cabe duda es que al cabeza de familia se le debía un trato privilegiado por el protocolo establecido (reverencias al llegar a casa, asiento más alto en la mesa, ser el primero y el que más come de la mesa, etc.).

Aunque la responsabilidad del cabeza de familia era máxima, legalmente no existía la libertad para ningún miembro de la familia. Para cada acto de la vida existía una tradición concreta que había que asumir a rajatabla, y esto hacía que la familia por sí misma se convirtiese en una tiranía.

En su forma más extrema, el patriarca lo podía controlar todo: el derecho de sus descendientes a casarse y la obligación de divorciarse si así la familia lo consideraba. Si esto sucedía, el repudiado salía de la familia, pero sus propios hijos permanecían, porque estos eran propiedad de la familia y no de sus procreadores. También tenía control sobre la elección de la profesión e incluso el derecho a la vida y a la libertad, pues en tiempos más primitivos un padre pobre podía vender a sus hijos, o incluso matarlos.

Pero no lo imaginemos como un líder despótico. No era un jefe individual, sino que este cabecilla era el líder de un grupo —la familia— y muchas de estas decisiones se tomaban en consenso con el resto del clan y según su propia jerarquía. Es importante este punto pues el individuo no tenía reconocimiento legal, solo se reconocía así a la familia.

Todo era sacrificado en beneficio del culto y todos los miembros estaban preparados por si había que entregar su propia vida para asegurar la perpetuidad de la sucesión. La ley del deber era la misma: obediencia absoluta a la tradición. Por eso, si algún miembro cometía un error, toda la familia al completo podría ser culpada del mismo. Así, si el hijo de un samurái se merecía morir para limpiar el honor de su linaje, entre todos decidían que el padre debía matarlo. Era un hecho que había que justificar frente a la comunidad.

En definitiva, nadie podía vivir según sus propios deseos, todos debían vivir según la tradición porque el individuo se sacrificaba a la familia, que era la unidad básica de la sociedad. El patriarca era su representante, cuya responsabilidad no estaba determinada solo por el derecho civil, sino también por el culto a los antepasados de la familia.

A excepción del filicidio, no hay que remontarse tan atrás en el tiempo para observar este control absoluto sobre la familia. Es más, con la Era Meiji la situación de la mujer no mejoró. En 1870 hubo un movimiento por la defensa de los derechos del pueblo en el que participaron algunas mujeres. A los gobernantes no les debió hacer gracia, así que en 1890 se les prohibió cualquier tipo de actividad política, ni siquiera la asistencia a mítines. Además, el código legal de 1870 reconocía legalmente a las concubinas; suerte que en 1882 se puso fin a la práctica de incluirlas en el libro de familia. Y uno de los apartados del código civil de 1898 estipulaba que «los inválidos, los discapacitados y las esposas no pueden emprender ningún tipo de acción legal». No obstante, sí hubo hombres que por esta época solicitaron que se tratase a las mujeres como seres humanos igualitarios. Algunos nombres: Fukuzawa Yukichi, Fukuda Hideko o Mori Arinori, quien abogaba por la creación de un contrato matrimonial en el que se especificaran claramente los derechos y obligaciones de ambas partes.

En este mismo año se promulgó la Ley de Relaciones en el Hogar y de Sucesión. Los controles familiares se hicieron incluso más rígidos que durante la época feudal. Así, cada persona debía ser inscrita en el registro familiar oficial. Los hogares japoneses se ajustaban a este sistema *ie* de varias generaciones y seguían siendo representados por el cabeza de familia.

A pesar de ello, las familias más pobres seguían vendiendo a sus hijas para salir de la miseria y subsistir al hambre. Hacia 1924 había un registro exacto de 52.325 mujeres que trabajaban en burdeles japoneses. También se vendían a otros países asiáticos, se calcula que en 1910 había entre 3500 y 5000 japonesas ejerciendo la prostitución en Singapur.

Esta rigidez en la familia cambió tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se estableció una nueva ideología familiar. Desde entonces, tanto los hijos —sin importar quién nace primero— como las mujeres están en igualdad de derechos respecto de los hombres. En 1946 se instauró el voto femenino. Además, ya podían elegir con libertad su profesión y cónyuge. De hecho, desde los años sesenta los matrimonios japoneses son casi todos por libre elección. Si alguno queda al arreglo de alguna familia enquistada en el pensar anterior, tanto el hombre como la mujer deben estar de acuerdo con la relación.

A partir de los años cincuenta, se alcanzó un nivel de producción y consumo masivo. La mayoría de los que producían —trabajaban—, eran los hombres y las mujeres se quedaban en casa, cuidando de los hijos y administrando el dinero. Esto ha ido cambiando paulatinamente con el tiempo, porque conforme la economía iba mejorando se necesitaba más mano de obra y la mujer salía más a trabajar. Además, un mayor número de féminas asistían a la universidad para incorporarse al mercado laboral con trabajos más reconocidos. No obstante, las empresas no se basaban en la meritocracia, sino que los ascensos sucedían conforme los empleados iban cumpliendo años de antigüedad. Solo aquellas mujeres con mucho tiempo en la empresa podrían ejercer cargos más altos.

A pesar de este cambio de rol en la mujer, aún hoy sucede que cuando se casan o tienen hijos, las mujeres dejan de trabajar. O, si no quieren o no pueden abandonarlo por cuestiones económicas, hay quien busca otro trabajo en el que empezar de cero para no tener que adquirir nuevas responsabilidades.

Es remarcable que existe una mayor igualdad en los trabajos de cara al público, las mayores diferencias están en la política y en los trabajos de oficina —sobre todo a nivel directivo—.

A pesar de que el sistema de clases se ha eliminado, siguen

existiendo diferencias en las relaciones que se establecen, se mantiene esa verticalidad. Además es literal, porque las relaciones van de arriba abajo y nunca de igual a igual. Pongamos como ejemplo la escuela, en donde además de la relación profesor-estudiante está la de *senpai-kohai* (entendido aquí como estudiantes sénior y júnior, pero también aplicable a otros entornos). Es decir, no todos entran en el mismo saco de «compañeros del colegio», sino que los más mayores se diferencian de los menores. Los primeros enseñan y guían a los segundos. Por eso, cada *kohai* tiene un *senpai* de quien aprender y a quien le debe un respeto. De todos modos, este sistema sí permite cierta movilidad, porque a medida que el niño crece, cambiará su rol de aprendiz a maestro, y entonces enseñará a otros. En definitiva, son relaciones que cambian conforme el individuo evoluciona: padre/hijo, estudiante sénior/estudiante júnior, jefe/subordinado, etc. Por eso, esos roles de jerarquía van a depender de la posición que se tenga dentro de un grupo y se ven reflejados, entre otras cosas, en la forma de hablar los unos con los otros.

Las relaciones sentimentales y el sexo

Los japoneses están cada vez menos interesados en mantener relaciones románticas ni tampoco sexuales con otra persona. Las cifras lo demuestran. Según datos del Gobierno japonés, aproximadamente una cuarta parte de los japoneses entre 20 y 49 años son solteros y algo más del 40 % de esos solteros son vírgenes, cantidades que aumentan con los años.

Shigeki Matsuda, profesor de Sociología en la Universidad de Chukyo, culpa de la disminución de la tasa de matrimonio del país a la hipergamia. Las mujeres tienden a buscar hombres con niveles de empleo y educación más altos que ellas. Pero la estabilidad laboral que se consiguió tras la Segunda Guerra Mundial ya no es tal. Desde principios de la década de 1990, la proporción de empleados con contratos temporales ha pasado del 15 al 40 %, según las estadísticas del Ministerio de Trabajo.

Otra razón es que muchos jóvenes consideran que las relaciones románticas son molestas y por ello están priorizando su independencia, para alejarse de los posibles problemas que les pueda ocasionar una relación amorosa. Además, consideran que no hay tiempo para este tipo de relaciones. Sobre todo las chicas: o se deben a su carrera profesional, o a la familia y la crianza. A muchas les parece imposible compaginar ambas facetas. También hay quien argumenta que disfrutar de la vida no es sinónimo de criar hijos. Otros tantos jóvenes ni siquiera hacen el intento de iniciar una relación. Algunos por timidez, otros por falta de seguridad y otros tantos porque le temen al contacto con las personas.

Quizá para eliminar esa primera barrera, existen eventos a los que acuden personas que buscan pareja y a los que se asiste incluso con currículum. Esto es así porque se piensa que es una pérdida de tiempo tener una relación con alguien que no cumple con las propias expectativas. A una de esas ediciones asistió un hombre de 74 años, para buscar esposa a su hijo de 46 años. ¿Y por qué no fue el hijo? Pues porque estaba trabajando —más adelante, especial mención al tema de la adicción al trabajo—.

Esta disminución también aplica a las relaciones sexuales. En otra encuesta entre gente de 18 y 49 años, casi la mitad declararon no haber tenido sexo en el último mes. Según Futoshi Ishii, jefe del Departamento de Investigación del Instituto de Dinámicas Poblacionales, la distancia entre la pareja ideal y la realidad podría estar desanimándolos a la hora de buscar intimidad. A esto se le suma la ingente industria de sustitutos de relaciones íntimas y el sinfín de servicios sexuales legales que existen en este país. Es decir, tanto el sexo como las necesidades emocionales se consumen porque, ya te lo adelanto, prefieren alquilar a alguien durante un tiempo para pasear, hablar o mantener sexo que aguantarlo para siempre.

De otra parte, ¿cómo es posible que el *hentai* —porno animado japonés— tenga tanto éxito? Hiroshi Kurosaki, director de audiovisuales, lo achaca a que es un sexo más simbólico e irreal. Es lógico, una sociedad sexualmente introvertida responde a un mayor consumo. Además, el *hentai* muestra personajes animados y que, por tanto, no siguen ni las normas ni los códigos morales establecidos por la sociedad. No existen los tabúes que sí podrían

darse si los personajes fueran humanos.

La consecuencia directa de la falta de relaciones se ve en la baja natalidad del país. Es una sociedad muy envejecida y esto ha hecho saltar las alarmas. Los economistas Hiroshi Yoshida y Masahiro Ishigaki, de la Universidad de Tohoku, han creado un reloj digital para estimar el día en que los japoneses se extinguirán si las cosas no cambian: el 18 de octubre del año 3546 solo quedará un japonés vivo —última consulta del 30 de mayo de 2020, ¡varía casi cada día!—. El Gobierno, por su parte, desea estimular el crecimiento de su población. Hasta hace poco los esfuerzos se centraban en impulsar los matrimonios y la paternidad a través de estímulos fiscales y ayudas para el cuidado de niños, pero ahora también deben fomentar la inmigración. Aunque en este sentido son renuentes, en otro capítulo me extiendo sobre la homogeneidad de este país.

Kanamara Matsuri («Festival del falo de metal» en su traducción al español) es un festival sintoísta en honor a la fertilidad celebrado anualmente cada primavera en Kawasaki. Autor: Takanori.

¿Quieres ser mi hijo adoptivo?

Es difícil suprimir tradiciones a golpe de leyes. Si bien el sistema *ie* se derogó después de la Segunda Guerra Mundial, las empresas han asumido de forma implícita ese papel familiar tradicional. Como ya hemos visto, del subordinado se espera lealtad absoluta hacia su superior —como un padre la espera de un hijo—. Una vez más, esto también se ve reflejado en el vocabulario: los términos *oyabun* o superior y *kobun* o subordinado, significan literalmente «parte de padre» y «parte de hijo» respectivamente.

Volvamos a los tiempos feudales para entender otro aspecto de las compañías japonesas contemporáneas. ¿Qué sucedía si no nacía ningún descendiente varón en el seno de una antigua familia japonesa? ¡Había que asegurarse un sucesor masculino para continuar con su linaje! Recordemos que el culto no lo heredaban las mujeres sino los hombres. Cuando una mujer se casaba, también se le despojaba de su apellido para adquirir el del marido.

El sistema patriarcal inventó el sistema *muko yoshi* para solventar estos casos. Puede resultar un tanto incongruente a nuestro parecer: los cabezas de familia adoptaban a un hombre adulto para convertirlo en su hijo adoptivo. Ese «hijo flor», como se denomina en japonés al yerno, mantenía el apellido que continuaba el linaje al casarse con la hija de la familia si la hubiera —por si hubiera alguna duda y aunque en teoría fueran hermanos, esta acción no se puede considerar incesto al no haber consanguinidad —.

Aunque el primer registro de adopción adulta se registró en el siglo XIII, se volvió algo común en la Era Tokugawa. Estas adopciones de adultos se convertían en movimientos estratégicos para ganar poder en la comunidad, sobre todo de parte de aquellos samuráis que no tenían hijos ni tampoco gente mayor a la que nombrar cabeza de familia. Al principio se buscaba al candidato en el mismo grupo social y con un mismo nivel de ingresos. De hecho, el cambio que notaba el adoptado —*mukoyōshi* —, que frecuentemente era alguien nacido en segundo lugar, era el cambio de posición como hijo primogénito —adquiriendo determinados

beneficios por esta razón—. Aunque esta práctica se extendió a otros grupos sociales además del samurái. Algunas teorías afirman que esto se debe a la baja tasa de natalidad entre ricos y gente importante.

Lo cierto es que a día de hoy las adopciones de adultos se siguen realizando, aunque ahora con fines comerciales. Se llevan a cabo como práctica corporativa, para mantener el liderazgo familiar en las empresas. Nintendo y Toyota son ejemplos de empresas que han usado esta práctica. Sin ir más lejos, el actual presidente y CEO Osamu Suzuki es el cuarto hijo adoptivo consecutivo en dirigir esta compañía de motores y vehículos. Del mismo modo, la empresa familiar más antigua según el Récord del Mundo Guiness es un hotel japonés que lleva siendo gestionado desde hace 1300 años por 46 generaciones de la misma familia. De ahí que Japón sea el segundo país del mundo en realizar más adopciones. Sobre el 90 % de los más de 80.000 adoptados en Japón en 2011 eran varones de entre 20 y 30 años.

De todos modos, cambiarse el apellido no siempre fue un asunto del que preocuparse, sobre todo porque mucha gente ni siquiera tenía uno. Según la socióloga Mariko Fujiwara, hace 150 años la gente no tenía apellidos a no ser que descendieran de una clase importante de samuráis. Y cuando lo cambiaban, era un premio o un honor por haber conseguido algo importante. Se volvió algo a lo que aspirar.

Si todavía hoy se producen tantas adopciones de adultos es debido a que se utilizan como herramienta para ahorrar en el impuesto de sucesiones. Se supone que cuantos más herederos haya, menor será el impuesto pues se permite una deducción por hijo. Además, la tasa impositiva es probable que sea menor pues la cantidad destinada a cada heredero es más baja. Quizá por esto se tuvo que hacer una enmienda en 1988, para limitar la deducción por hijo adoptado.

Casados, divorciados y adoptados

La socióloga Senda Yuki cuenta una anécdota que le pasó a ella misma cuando una amiga extranjera le dijo que un amigo en común se iba a casar. «¿Cómo? ¿Pero no era gay?». La figura del matrimonio homosexual no se contempla en Japón y resulta tan ajena que ni a una especialista en sociología de la familia se le pasó por la cabeza en primera instancia. No obstante, la adopción de adultos también se toma como resquicio en la ley, pues se usa como mecanismo entre parejas homosexuales para obtener el reconocimiento legal de su convivencia. Algunos hombres ahora se están uniendo a sitios de citas hechos específicamente para hombres que buscan convertirse en *mukoyōshi* y ser adoptados por familias que necesitan un sucesor masculino para sus negocios. Uno de los más populares fue creado por Chieko Date y permite a las familias reunirse con posibles pretendientes para sus hijas.

En la BBC se cuenta la historia de Tsunemaru Tanaka, un japonés que emprendió un negocio con su mujer, pero acabó divorciándose. Ahora quiere ser adoptado. «Estoy seguro de que mis habilidades pueden ser útiles, por lo que si tengo la oportunidad de heredar un negocio familiar y tener éxito, eso sería bueno para todos». Así, el principal criterio para elegir a su futura esposa está basado en la información sobre los negocios familiares de las mujeres de la plataforma.

Además, algunas de estas webs permiten a las familias reunirse con posibles pretendientes para sus hijas. Fijawara afirma que el matrimonio se convierte así en un acuerdo comercial, pudiendo resultar incluso más beneficioso que el de un romance. Del esposo se espera que sea bueno y cariñoso pero, sobre todo, un lince en los negocios.

Normal que se tiren todo el día fuera trabajando.

Los desfavorecidos

Solo un 2 % de los adoptados en Japón responde a la necesidad de protección de menores huérfanos. Muchos de estos niños viven en instituciones gubernamentales hasta que pueden ser independientes,

aunque no todos pueden ser legalmente adoptados tal y como lo entendemos en España. En Japón hay dos caminos: la adopción «normal» y la «especial». La primera es el tipo de adopción que se da con más frecuencia y es equivalente a lo que nosotros denominamos acogida. Esto es, los niños mantienen lazos con los padres biológicos, que no quieren renunciar al derecho de custodia de los menores aun cuando no pueden hacerse cargo de ellos, mientras que estos se crían en otro ambiente familiar más estable y que, por fuerza, debe ser japonés.

Con la especial sí se rompen los lazos. En 2016 solo se formalizaron 538 casos de esta tipología. Una cifra demasiado baja teniendo en cuenta que unos 26.000 menores viven en centros de acogida y unos 3000 bebés ingresan al año en las mismas —según cifras del Ministerio de Salud, Trabajo y Bienestar japonés del año 2018—.

Además, antes existían ciertas restricciones en la ley que dificultaban el proceso de adopción. Por ejemplo, solo se podían adoptar en la versión especial a niños menores de 6 años, debido a que se daba prioridad a consolidar la relación entre padres e hijos desde bien pequeños. A partir de la enmienda aprobada el año pasado, ahora el hijo adoptado puede tener hasta 14 años. De otra parte, es obligatorio el consentimiento de los padres biológicos —de quienes a veces ni siquiera se conoce el paradero—. También se ha limitado el tiempo máximo en el que los progenitores se pueden arrepentir de dar a su descendiente en adopción. Ahora se puede hacer hasta dos semanas como máximo, una vez iniciado el trámite; antes se podían arrepentir en cualquier momento.

Los progenitores biológicos también pueden seleccionar la familia en la que se ubica el hijo. En realidad, la opción de dar a un menor en adopción a matrimonios extranjeros que viven fuera de Japón se da solo en el caso de que el niño no se haya podido emparejar con éxito con una familia japonesa y residente en el país.

Fotografía de un hombre rico ainu de Sajalín realizada alrededor del año 1905. Autor: Bronisław Piłsudski.

A este respecto, Estados Unidos es el país que más adopciones realiza en el mundo a nivel internacional. Sin embargo, en 2012 solo hubo veintiún casos procedentes de Japón. Hay que incidir en que los futuros padres deben convivir con el niño durante un periodo de prueba de seis meses, a pasar en Japón. Otros problemas que complican la adopción incluyen la pureza de los linajes familiares. Como ejemplo me remito a un artículo de *The Japan Times* en el que se cuenta el caso de Mari y Jonathon, una japonesa

y un estadounidense dispuestos a adoptar. La mujer explica que sus hermanos aceptaron la decisión de la pareja, pero los padres al principio se molestaron y llegaron a preguntarle: «¿Cómo puedes saber de qué tipo de sangre proviene? Tampoco sabes de qué clase (social) desciende».

Los marginados

Es un hecho, la discriminación existe en Japón. Los *ainus* y los coreanos que se asentaron en Japón hace siglos han sufrido cierta marginación precisamente por ser minorías étnicas, por el simple hecho de pertenecer a culturas diferentes. Pero no es esta forma de exclusión la que quiero tocar en este punto.

Los padres de Mari reflejan una verdad que a algunos occidentales se nos escapa: en Japón es posible marginar incluso a un bebé —a cualquier persona en realidad— por la clase social a la que pertenecieron sus antepasados. Son los llamados *burakumin,* los descendientes de los parias.

Volviendo a las clases sociales, recordemos que la división se hizo en base a las profesiones. En la cima de la pirámide estaba el emperador y su familia. Justo debajo, la aristocracia militar, entre los que se encontraban los samuráis, seguidos por el pueblo: mercaderes, campesinos y artesanos. Estos eran quienes constituían la base de la pirámide.

Clases sociales según el artista Ozawa Nankoku.

Pero había más. Una última franja que queda abajo del todo y fuera de la pirámide, los parias. Había dos clases: en la parte más baja se encontraban los criminales, los exconvictos, los pobres, las prostitutas, los basureros… todos ellos englobados bajo el término *hinin,* literalmente «no humanos». De esta casta se podía salir si el delito era menor y se procuraba una serie de favores o se pagaba con dinero. Aquí se podían encontrar, por ejemplo, samuráis caídos en desgracia que no fueron capaces de honrar al código japonés. Es decir, ellos prefirieron considerarse «no humanos» antes que quitarse la vida —más adelante trataremos sobre el suicidio—.

Por encima de los *hinin* estaban los *eta,* literalmente «abundancia de suciedad». A diferencia de los primeros, y aunque estuvieran por encima, los pertenecientes a esta casta no podían salir de ella. Según las doctrinas budistas y sintoístas, en esa clase se situaba la gente espiritualmente contaminada. En general, eran aquellos que tenían profesiones inmundas relacionadas con la muerte y la sangre: matarifes, sepultureros, curtidores, verdugos… Hay documentación de mediados del siglo XIX en la que se puede leer las declaraciones de un magistrado: «un *eta* vale un séptimo de una persona común. Por tanto, un hombre de la ciudad no podrá recibir un castigo a no ser que acabe con la vida de siete *etas*».

Ya hemos comentado que durante el Periodo Edo todos los

estratos sociales debían seguir unas reglas muy estrictas, pero eran extremadamente duras entre los *hinin* y los *eta.* Estaban obligados a practicar la endogamia pues no podían contraer matrimonio con personas de otra clase. Debían de vestirse de formas muy concretas, para que fueran fácilmente identificados por el resto de la población. Tampoco podían pernoctar en las ciudades, ni entrar en las casas de gente que no perteneciera a su casta. Además, se les confinaba a las afueras y no se les permitía cambiar de lugar de residencia. Formaban barrios, aunque muy dispersos por el territorio, en los que había templos y santuarios que solo ellos usaban, pues no se podían mezclar en los lugares de culto con las otras clases. Si se les descubría incumpliendo alguna norma podían verse en la cárcel, en el destierro o incluso ejecutados. Eso sí, eran los únicos que, por su condición de impuros, podían comer carne.

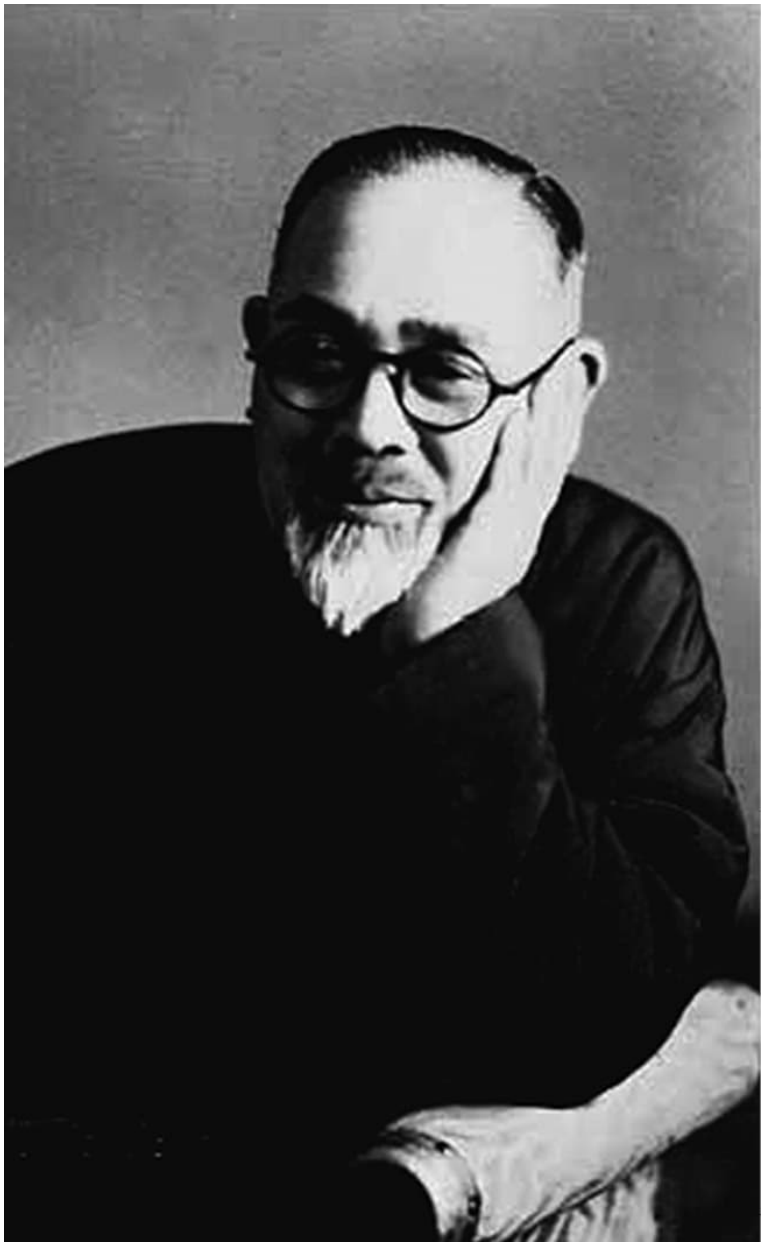
Cuenta el sociólogo Josep Martí:

> Las localidades en las que vivían a menudo no aparecían en los mapas oficiales y muy frecuentemente tampoco se las tenía en cuenta en el momento de efectuar el cómputo de la población. Estos japoneses eran considerados infrahumanos, y si una persona se casaba con un *eta* o iba a vivir con ellos —dado el efecto contagioso de su impureza— acababa siendo considerado también del mismo grupo. (Martí, 1997: 186)

En el año 1871 se promulgó el Edicto de Emancipación, en donde se equipararon sus derechos a los de los miembros del pueblo —es decir, les dejaron entrar a la base de la pirámide—. La palabra *eta* se convirtió en peyorativa así que en la década de los años veinte se comenzó a utilizar el término *burakumin* —habitante de la aldea— para nombrar a los descendientes de los *hinin* y los *eta.*

A pesar de la eliminación de estas castas inmundas, el Gobierno no hizo mucho por mejorar sus condiciones hasta que en 1922 se creó el primer movimiento nacional de liberación de los *burakumin.* A día de hoy sigue teniendo un papel importante en la lucha contra la discriminación porque ser un *burakumin* continúa siendo un estigma social. Según Martí, de ellos se cree que son conflictivos, violentos, impulsivos, sucios, moralmente débiles, poco inteligentes y con tendencia a las enfermedades congénitas por su (forzado) comportamiento endogámico.

En el Tokio de 2019 y sin un conocimiento previo del terreno, solo hay dos formas de reconocer a un *burakumin*. Nunca será por su físico, pues no hay diferencia con el resto de la población, ni tampoco los apellidos son determinantes —recordemos que hasta la época Meiji solo las clases altas tenían el derecho de poseerlos y, por tanto, los apellidos que llevan los *burakumin* son relativamente recientes—.



Fondo de La Liga de Liberación de *Burakumin*. Jiichirō Matsumoto (1887-1966), nació como *burakumin* en Fukuoka. Se le conoce como «el padre de la liberación *buraku*». Autor desconocido.

La primera, por su profesión. Se puede dar la incongruencia de trabajar en el famoso mercado de Shibaura, donde se prepara la carne de *wagyu* —dicen que es la más cara del mundo— y, sin embargo, que las cartas con mensajes de odio se amontonen sobre una mesa del rincón. En una entrevista de la BBC, uno de sus matarifes relata:

> Cuando alguien me pregunta a qué me dedico dudo sobre cómo responder. Ni mis compañeros ni yo queremos que nuestras familias salgan perjudicadas. Nosotros nos enfrentamos a la discriminación, podemos luchar contra eso. Pero en el caso de nuestros hijos, ellos no tienen el poder de defenderse. Por eso tenemos que protegerlos.

La segunda manera de saber si alguien es un *burakumin* es porque un papelito muestre su barrio de nacimiento o el de su familia. Me refiero al registro oficial, el *koseki,* en el que se inscribía a todo el mundo y, entre otros datos, se añadía la casta a la que pertenecía. Por eso es frecuente que este tipo de discriminación aparezca ya en la edad adulta. Quizá alguien nacido en un barrio «normal» no descubre su pasado hasta el momento de buscar empleo, cuando alguna empresa lo investiga para ponerle, o no, la etiqueta. Aunque el sistema de clases se hubiera abolido, era relativamente fácil consultar el *koseki* para averiguar el origen de la persona de la que se sospechaban sus orígenes. Desde 1976 esos archivos no son de libre acceso, aunque en 1970 ya se empezaron a crear listas alternativas con la misma información, que se vendían a empresas. Lo malo es que fueron toleradas por el Gobierno durante una década. No solo los reclutadores consultaban los orígenes de sus candidatos, también las universidades.

Esto hoy en día es ilegal pero aún se siguen utilizando este tipo de archivos para, por ejemplo, averiguar antecesores de unos futuros suegros. En definitiva, ser un *burakumin* es todavía hoy una carga psicológica y emocional muy fuerte: condiciona las amistades, los matrimonios y las posibilidades laborales.

Según un estudio de 1993 promovido por el Gobierno, existen más de 4000 comunidades de este tipo en todo el país en las que viven alrededor de 1 millón de personas. Sin embargo, según los números de La Liga de Liberación de Burakumin (BLL), una

organización fundada en 1955, se calcula que el número de comunidades es de alrededor de 6000 y se estima que el número total de *burakumin* ronda los 3 millones.

Existe quien los discrimina activamente, pero ¿hay alguien a quien no le interese el pasado de los demás? Según Martí, en las generaciones más jóvenes se tiende a ignorar el tema de los *burakumin*. No se habla de ello, y mucho menos con extranjeros. En un sondeo realizado el año pasado por el Gobierno de Tokio, uno de cada diez encuestados dijo que tendría reservas acerca de que su hijo se casara con alguien con ascendencia *burakumin*.

A nivel sociológico existe una limitación en la lucha por sus derechos, pues el significado del *burakumin* lo otorgan los otros desde fuera, no el individuo al que se etiqueta. Es decir, no existe una conciencia de grupo a nivel global. Quien conoce su ascendencia como tal, si puede lo oculta, por el estigma que supone. De esta manera, resulta difícil una unión fuerte del colectivo para reclamar sus derechos. No obstante, existen organismos desde los que se incide en que es fundamental educar a la gente en derechos humanos. Estas instituciones entran en acción si surgen eventos que puedan perjudicar a los *burakumin*, por ejemplo, en 2009 hubo protestas cuando Google Earth incorporó mapas históricos de Tokio y Osaka en los que se señalaba la ubicación de esas aldeas Buraku en tiempos feudales.

En cuanto a la acción del Gobierno, este tema no ha destacado en su política hasta 2017, cuando se aprobó una ley con la que se pretende estudiar la situación de este colectivo así como sensibilizar y educar a la ciudadanía sobre el tema. Lo curioso es que en ella no se contempla penalizar los actos de discriminación.

¿Es difícil hacer amigos japoneses?

Aquel salón fue el punto de partida de lo que podría ser el inicio de una amistad con Kiri. Allí se sentaba él a descansar de su jornada laboral y yo a ordenar y editar fotografías, aunque no éramos los únicos en aquel salón. Había más turistas y empleados, pero ninguno tan charlatán como Kiri y yo. En muy poco tiempo, este chico pasó de ser un desconocido a alguien cercano. Ya me había mostrado su confianza para confesar sus inquietudes y por eso, ¿éramos amigos?

> Hace falta saber ofrecer y saber recibir, saber conversar sobre cosas relevantes y atractivas y saber escuchar, respetar los turnos de un diálogo espontáneo que puede tratar de múltiples temas, pero que exige hablar de uno mismo y escuchar asuntos personales de otro. En general, es necesario saber compartir, lo que, en muchas ocasiones, supone desprenderse de cosas propias, y que estas sean usadas de diferente manera o con distinto esmero, tener puntos de vista distintos, para que sean atractivos, a la par que comunes. (…) Así, tener amigos/as exige acercar, en alguna medida, el comportamiento, los hábitos y las rutinas personales a una invisible línea común, compuesta por las convenciones que el grupo considera aceptables (Ortega-Ruiz, 2015: 24).

A no es amigo de B si B no es amigo de A

¿Cuánto tiempo se tarda en hacer un amigo? ¿Y en perderlo? Las respuestas a estas preguntas no solo dependen de la cultura de cada uno sino de la personalidad de cada individuo. Porque ¿qué requisitos debe cumplir una persona para que caiga en el saco exclusivo de la amistad?

Según el filósofo y físico israelí Uri D. Leibowitz (2018), la amistad es una relación simétrica y universal que ocurre en todas las sociedades y que contribuye a la formación de la autoestima de los individuos: «Valoramos ser valorados por quienes nos valoran». Volvemos a la misma conclusión que en el capítulo anterior: las relaciones interpersonales se basan en el amor. Esta vez, entendiéndolo como un sentimiento no exclusivo, ya que amigos se pueden tener muchos. Además, no solo valoramos las opiniones y acciones de quienes nos importan, sino que cuanto más nos importe, más valor le daremos.

Como las pinturas de Kiri. Los cuadros colgados de las paredes del salón dejaron de ser mera decoración a valiosas obras de arte cuando mi nuevo amigo me habló de ellas. Había emoción y orgullo en sus palabras pues pronto haría una exposición en una galería de arte.

Si yo hubiera podido, habría ido sin duda a la presentación. Según Leibowitz, mi verdadera motivación no era el evento en sí, pues los cuadros ya los había visto, sino que me habría movido un interés sincero hacia la persona que los pintó. Una deferencia. De manera inconsciente, el mensaje que yo hubiera enviado y él captado sería «me importas».

Asimismo, el filósofo indica que el interés debe ser mutuo para que una amistad prospere. En su caso, Kiri se interesaba por mis fotos y además me dejó hacerle una sesión de retrato. Pero había un factor que escaseaba en el desarrollo de esta supuesta amistad: el tiempo. Nos valoramos los dos como persona, nos interesamos el uno por el otro, pero nos faltó compartir más tiempo juntos.

Amigos instrumentales

No existió una amistad real con Kiri, no se puede hacer un amigo en una semana. ¿O sí? Ambos tenemos el contacto del otro así que, en la práctica, podemos hablar a través de las redes sociales. Pero ¿para qué querríamos hacerlo si es bastante probable que nunca más nos volvamos a ver? Mi tiempo para los amigos por carta ya

pasó —¿siguen vivos o ya murieron los amigos por correspondencia?—.

Existe un motivo. Cuando una amistad se basa en los beneficios que una persona recibe de otra, el valor es instrumental. Por ejemplo, él podría ser un enlace en el hipotético caso de que yo quisiera investigar acerca del arte contemporáneo japonés. Yo podría ser un enlace para él si necesitara referencias de fotógrafos españoles. Nos hemos convertido en «contactos», en amigos instrumentales.

Visto de una forma profesional tiene sentido, pero se vuelve perverso cuando se desequilibra la relación entre dos personas que mantienen una amistad estándar. Porque en ese caso se trata de dar y recibir. Repito, en la amistad hay tres constantes que deben estar presentes (si bien no son las únicas, sí que son claves). Se trata de valorar a la otra persona, pasar tiempo juntos y mostrar un interés mutuo. Si A da mucho más a B de lo que recibe de ella, si B se dedica en exclusiva a demandar atención sin mostrar interés por A —uno de los defectos de la gente egocéntrica—, puede suceder que la relación se debilite e incluso se extinga. O puede suceder que A acepte el egocentrismo de B —una vez más, el amor nos salva—, y acabe convirtiéndose en una amistad instrumental. Ahí también hay amor, pero menos.

Amigos de alquiler

El máximo exponente de los amigos instrumentales lo encontré en este país, aunque no me refiero a Kiri. De los tres factores que decíamos hay uno que aquí escasea mucho: el tiempo. Las jornadas de trabajo son infinitas y hay demasiadas obligaciones sociales extralaborales; tienen un ritmo de vida en el que se busca la eficacia y la simplificación, y suelen separar bastante lo laboral de lo privado. Además, como dijo Aristóteles, «la amistad es igualdad». Ocupar ciertas posiciones puede inhibir la amistad, especialmente cuando una parte tiene autoridad sobre la otra. Por eso en una relación de jefe-subordinado es difícil que se dé una relación en

estos términos.

Sin embargo, también sentenciaba el filósofo en *Ética a Nicómaco*: «Nadie querría vivir sin amigos, aun teniendo todas las demás cosas». En definitiva, hay japoneses que no tienen tiempo material para hacerlos, aunque sí sienten la necesidad de tenerlos. ¿Solución? Pagan por ello.

Alquilar un amigo en Japón es algo bastante habitual. Es probable que quien lo hace desconozca a la persona que alquila y solo haya visto una foto, pero da igual. Lo que sí espera es que le satisfaga en sus necesidades, que le haga reír, que le escuche, que le preste su ayuda o que le asesore con algún problema. Así como haría con cualquier otro amigo estándar. Visto desde la practicidad, el amigo alquilado va a complacer en todo lo posible a quien le alquila. Ese amigo no será real, pero como cobra por ello, se esforzará todo lo posible para que el rato que pase con él sea divertido y de calidad. Pero ¿y si existe una afinidad real entre las dos personas? ¿Podrían quedar sin contraprestación económica de por medio?

Esto viene a ser imposible porque, por un lado, las agencias que emplean a estos amigos de alquiler prohíben que se desarrolle una relación fuera de contrato. Por otro, porque sería muy difícil saber si lo que sucede durante esas horas de falsa amistad se replicaría en una situación real.

En la cultura japonesa existe lo que se denomina el *tatemae*, y viene a ser la fachada de la persona, que muestra lo que cree conveniente según la coyuntura. Aunque pareciese un sinónimo de «hipocresía», el *tatemae* no tiene una connotación negativa y se espera que todo japonés lo use cuando las circunstancias lo requieran. Como este caso. Por el contrario, el *honne* son los verdaderos sentimientos y deseos de una persona y, al parecer, es realmente complicado llegar hasta ahí. Son dos caras, la fingida y la real. De hecho, puede darse la situación incongruente de que un japonés necesite consejo sobre algo que le produzca desasosiego pero, al preguntarle a sus amigos de verdad, solo escucha de ellos lo que ellos creen que él quiere escuchar. Es el *tatemae* hasta el infinito y más allá, un bucle difícil de salir. Porque estos amigos reales solo quieren agradarle, no son como algunos amigos españoles, expertos en baños de hostias de realidad. Entonces, ese

japonés angustiado puede recurrir al alquiler bajo la premisa de que va a hacer una consulta a la que se debe responder con el *honne*. Y así lo hará ese amigo ficticio, pues le pagan por ello.

¿Qué más quieres que te alquile?

Estos amigos de alquiler cumplen su función, pero no es lo único que se puede alquilar. Estas agencias que se dedican a rentar cosas tan extrañas como la amistad se llaman *benriya* (literalmente, «tiendas útiles»). Pero también es posible contratar personas para tareas pequeñas como hacer fila en algún evento que requiera esperar mucho tiempo o comprar en una web cuyo idioma no se entiende. Entendiendo ahora la importancia de la familia y la jerarquía, no es extraño contratar a alguien para que haga compañía en una boda o en un entierro. Incluso se puede contratar a personas para que ejerzan de tu propia familia.

Según cuentan en uno de sus vídeos de YouTube la pareja hispano-japonesa Ernesto y Yuko, un hombre perdió a su familia y en un incendio se quemaron las fotos que le quedaban como recuerdo de su mujer y su hija. Contrató a dos mujeres para que hiciesen de dobles y se hicieran fotos con él en los mismos paisajes, para replicar las fotos perdidas. En otra anécdota se cuenta cómo un hombre es alquilado una y otra vez por la misma familia monoparental, para que ejerza de padre en eventos públicos. Pero lo contratan en tantas ocasiones que el actor llegó a sentirse confundido y sentir cariño por su supuesta hija.

La comunicación no verbal no es universal

Amigos o no, lo cierto es que pude compartir algo de tiempo con Kiri por el hecho de que nos conocimos en un ambiente internacional. Me reitero en la idea de que el espacio es importante

en este sentido, los hostales están específicamente diseñados para que haya salas comunes en los que se facilite una convivencia real con el resto de huéspedes. Aunque actúan como filtro, porque el tipo de gente que se encuentra en estos lugares suele ser de un perfil similar. No solo los viajeros que ahí pernoctan sino también los empleados, que deben hablar inglés y, con mucha probabilidad, también han viajado a otros países. Como mi supuesto amigo, que había vivido un tiempo en Europa y, por eso, su forma de pensar ya estaba condicionada y abierta a otras experiencias.

Aun así, fui consciente de que, por mi condición de mujer y extranjera, era muy difícil tener un acercamiento con un nativo, mucho más con un hombre. Por eso me obsesioné con no llamar mucho la atención, aunque era evidente que no pertenecía a ese planeta. No obstante, hubo un día que me metí en un restaurante muy pequeño y estrecho de Kamakura a tomar un *ramen*. Solo había tres mesas. La más interior estaba ocupada por tres señores —de traje y corbata, por supuesto— de unos 50 años. La del medio la dejé vacía y yo me senté en la más cercana a la puerta, mirando hacia dentro del local. A mi izquierda, una barra larga tras la que estaba la camarera–cocinera, con quien sí tuve que interactuar en esta ocasión. La mujer no hablaba inglés, pero había un menú con fotos, así que me limité a señalarle el plato que parecía más apetecible.

Los del fondo habían acabado de comer y sobre la mesa vi varias botellas de cerveza vacías. Cuando la camarera me trajo la comida, uno de ellos me preguntó: «Which country?». Le respondí de dónde era y quise decirle algo más, pero no nos entendimos: «Spanish! Ah, no english, sorry». Sin embargo, aquel hombre señaló el único cartel que estaba pegado en la parte de abajo de la barra, que casualmente era un espectáculo de flamenco y se veía a una bailaora en él. «¡Flamingo!» me dijo, acompañándolo con un gesto de baile en sus manos. Le sonreí y dije «ole» por hacer la gracia. Entonces, el hombre abrió los brazos y volvió a repetir lo mismo, esta vez haciendo un gesto que parecía un pájaro. Me reí a carcajadas porque no me esperaba que aquel señor hiciese un juego de palabras y nos entendiéramos sin apenas hablar. Se creó un ambiente muy divertido en el que la cocinera también se reía. Apenas había comido unos pocos fideos de aquel exquisito *ramen*

cuando el señor simpático me volvió a mirar, cogió sus palillos sin nada de alimento para hacerme una demostración de cómo llevármelos a la boca mientras hacía ese ruido tan japonés de sorber los fideos. Negué con la cabeza e intenté explicar que no sé sorber los fideos, pero sus compañeros entonces se pusieron muy serios y le riñeron. O eso parecía, porque acto seguido el hombre juntó sus manos frente al pecho mientras cabeceaba hacia abajo y repetía una y otra vez *gomen'nasai* —lo siento—. No fui capaz de comunicar que estaba todo bien, que aquel gesto no fue ninguna grosería.

¡Qué complicado es comunicarse con alguien con quien no se comparte un mismo idioma! Y qué falso es eso de que la comunicación no verbal es universal. Tras aquel incidente puse especial atención a los movimientos del cuerpo y las facciones de la gente que hablaba entre sí —o conmigo, en el caso de Kiri— y descubrí varias cosas. Por un lado, que los japoneses no mantienen contacto visual cuando hablan. Es más, giran la cabeza hacia un lado y fijan la mirada hacia el suelo mientras mueven la cabeza de forma leve. Así muestran que están atentos y escuchando lo que se les dice, aunque a veces me daba la sensación de que se dormían. Por otro, que el silencio en las conversaciones dura muchísimo. En la terraza de otro bar una pareja tomó sus móviles para revisarlos, pero al cabo de unos minutos los dejaron sobre la mesa. Continuaron callados en un silencio, a mi parecer, exageradamente largo. Más tarde, en otra de las charlas con Kiri, hubo un momento en el que él se calló. No es que el tema de conversación se hubiera acabado, de hecho yo estaba a punto de seguir hablando —mi tiempo de silencio es inversamente proporcional al nivel de confianza con mi interlocutor—, pero la cara del chico me dio una pista. Se le veía pensativo y no parecía incómodo por estar los dos callados.

En realidad, ese silencio —conocido como *chinmoku* —, no es un vacío entre palabras sino una destreza comunicativa. Como los silencios en una pieza musical, que son absolutamente necesarios para que la obra en conjunto funcione. Estas pausas en cualquier charla no siempre significan que se carezca de ideas, sino que forman parte de la comunicación interpersonal japonesa. Como indica Landeras, puede significar consideración, pero también simpatía, modestia, acuerdo, paciencia o incluso vergüenza,

resentimiento, ausencia de perdón o desafío y apatía. Porque el silencio también es oscuro y puede ser usado para eludir responsabilidades.

Todo forma parte del *haragei,* un concepto que se refiere al intercambio de pensamientos y sentimientos que están implícitos en la conversación y que se hacen de forma consciente. Veo lógico que haya que leer entre líneas en una cultura que diferencia tanto entre lo que se dice y lo que se piensa, pero tener que interpretar continuamente puede ser extenuante para un occidental. No así en Japón, donde esta ambigüedad o *aimai* se considera una virtud y también se ve reflejada en el idioma, pues se espera que la gente se exprese de forma indirecta y ambigua. En todos los ámbitos, incluso en el trabajo. Dicen que es muy complejo hacer negocios con empresas japonesas porque el *haragei* se caracteriza por eufemismos, declaraciones vagas e indirectas y mucha precaución de hacer cualquier comentario que pueda ofender. El no es difícil de escuchar y el sí puede no ser una afirmación. Incluso el volcado de un vaso lleno de té sobre alguien puede no ser casual y, por tanto, necesario de ser interpretado.

El *ishin-denshin* es otro concepto relacionado con el *haragei*. También se relaciona con esa comprensión intuitiva que no necesita de palabras, pero al contrario que el *haragei*, sucede de forma no intencionada. Es una comunicación que viene de las entrañas, «lo que la mente piensa, el corazón transmite». Así, tanto el que habla como el que escucha puede entender lo que por un lado se verbaliza —el *tatemae*— y por otro se quiere decir de verdad —el *honne*—, porque ambos comparten antecedentes y experiencias similares. No me extraña que algunos ingleses traduzcan este concepto como «telepatía».

Faltas de respeto que nunca creerías

Así las cosas, es normal que un occidental pueda faltar al respeto a su interlocutor japonés y no ser consciente de ello porque, por lo general, nadie le dirá que está mal lo que hace. Si bien hay que

seguir el precepto de «allá donde fueres, haz lo que vieres», conviene hacer un pequeño repaso de las normas básicas.

En el restaurante, atención a la etiqueta de uso de los palillos —visto en el apartado de gastronomía—. También hay que intentar hacer el mínimo ruido posible, pues no se considera agradable escuchar a alguien masticar o beber a menos que sean sopas o caldos. Ahí uno se puede explayar, pero con cuidado de no atragantarse, hay que tener cierta destreza para sorber los fideos. Cuando se pague, se deja el dinero en la bandejita destinada para ello, nunca se da en las manos —a mí una cajera de supermercado me reprendió porque me olvidé y quise tocarla con las monedas; lo evitó mientras señalaba el recipiente, pareciese que el dinero le quemase las manos—. Tampoco hay que dejar propina porque se percibe como un trato de superioridad del cliente. Si se compra comida para llevar no se debe consumir mientras se camina. Suele haber bancos al final del supermercado o, a falta de ellos, mejor quedarse en la puerta hasta terminar de comer el tentempié. Si se compra un café en una de los millones de máquinas de bebidas que hay por las calles, tampoco conviene alejarse. Mejor beberlo ahí mismo, además, a poco que uno se aleje será difícil encontrar una papelera y habrá que acarrear con la botella vacía.

Respecto al uso del móvil, está presente en absolutamente todos los rangos de edad —en España todavía es difícil ver a ancianos enganchados al *smartphone*, aunque creo que todo llegará—. Se usa sin discreción para leer, jugar, mandar mensajes… pero hablar por teléfono en público está mal visto. Mejor no usarlo ni en el restaurante ni el metro. Por lo general, la gente parece que se esconde para hacer uso del aparato y también he visto cómo se tapan la boca para responder con monosílabos y colgar muy rápido.

Los móviles forman parte del paisaje. Me sorprendió ver a gente de todas las edades con uno. Autora: Beatriz Lizana.

Dentro de los edificios es costumbre quitarse los zapatos, ya sean casas, escuelas, institutos, templos o incluso restaurantes. En algunos lugares se ofrecen unas pantuflas —necesarias para ir al baño— y en otros, uno se queda descalzo. Si hay que señalar a alguien en una conversación, en vez de usar el dedo índice mejor hacerlo con la palma de la mano extendida hacia arriba. Para hablar de uno mismo el gesto no es señalarse el pecho sino llevarse el dedo índice a la nariz.

Ya en el alojamiento, para hacer uso de la bañera hay que ducharse antes. Lo normal es llenar el cubilete con agua caliente una sola vez al día y, en esa misma agua, se van bañando todos los miembros de la familia —a veces lo hacen juntos—. Por eso hay que lavarse antes de entrar.

Y la más importante: entender que nuestro saber estar no coincide con el suyo. Hay que tener paciencia y observar mucho para intentar deducir e interpretar muchos de esos mensajes.

Incongruencias que no se cuestionan

Si esta parece una cultura de extremos e incongruencias es porque la estoy comparando continuamente con la mía propia. La mayoría de las cosas que ellos hacen no se las cuestionan, al igual que yo tampoco me cuestiono otras porque las doy por obvias y asumidas. Veamos un ejemplo. En el canal de YouTube, *That Japanese Man Yuta*, encontré un vídeo en el que el chico entrevistaba a una irlandesa que acababa de ser madre. Ella explicaba que en Irlanda los bebés duermen hasta los seis meses en una cuna en la habitación de los padres, que después de ese tiempo ya pueden tener su propia habitación.

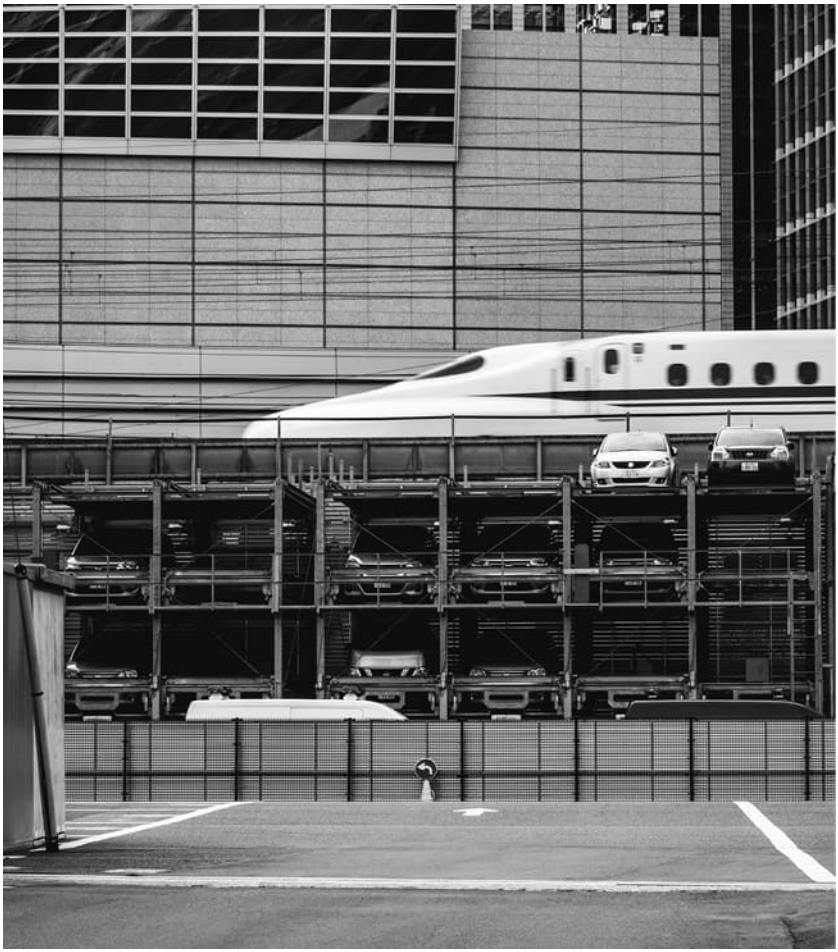
—Creo recordar que yo dormí con mis padres hasta que tuve unos 6 o 7 años —le dice él.

—¿Y te gustó? ¿Te pareció una forma bonita de estar más cerca de tus padres?

—Es que así es como nosotros dormíamos —le responde él muy sonrojado—, era la única manera que yo conocía y ni siquiera me lo

había cuestionado nunca.

En realidad, el *colecho* en Japón es una costumbre bastante arraigada. De hecho, los médicos japoneses recomiendan que los niños duerman con sus padres hasta que tengan edad escolar, porque eso los va a tranquilizar y les ayudará a convertirse en adultos independientes y socialmente estables. Es probable que esto les facilite dormir en presencia de los demás incluso cuando son adultos. Como muestra, el gran maremoto de 2011 y su posterior tsunami. A pesar de los conflictos que pueden surgir de la convivencia en los refugios en un momento tan duro, los supervivientes relataron que compartir un espacio común les ayudó a relajarse y recuperar su ritmo de sueño.



Hay tan poco espacio para los coches que los aparcamientos se hacen en vertical, tanto al aire libre como soterrados. Sin duda, el medio de transporte estrella es el ferroviario. Autora: Beatriz Lizana.

Tokio bajo tierra

Ya llevaba un par de semanas en la ciudad cuando un paseo mañanero me llevó a cruzar una carretera por un puente elevado. Desde aquel punto podía ver el edificio que tenía frente a mí —muy ancho aunque no demasiado alto— y el enjambre de vías ferroviarias que había detrás. Se trataba de una estación de tren del suburbano Tokyu Toyoko y, tras ella, había un parque de suelo muy verde y cerezos muy blancos. Mi primera intención fue llegar hasta los árboles, así que dejé el puente atrás y me adentré en la estación para cruzar al otro lado.

Acostumbrada al interior de las estaciones tokiotas y sus pasillos peatonales repletos de comercios y restaurantes, buscaba pacientemente la que suponía era mi salida. Pero mantener la orientación bajo tierra es complicado así que me perdí.

Aquella mole me engulló hacia sus entrañas.

Caminé tanto que conseguí que el edificio pareciese infinito, aunque este acabó expulsándome a una planta intermedia de unos grandes almacenes. ¿Cómo era posible? Había entrado en algo parecido a una boca de metro para aparecer en la tercera planta de algo similar a El Corte Inglés sin pisar la calle. Me costó unos minutos asimilar que una escalera eléctrica me había llevado directamente hasta la sección de alimentación de uno de los centros comerciales de la cadena Tokyu. ¡Qué casualidad, se llamaba igual que el tren! El olor de la comida recién hecha ya me hizo abandonar por completo el propósito de llegar hasta el parque.

No era casualidad que tanto el centro comercial como el tren tuvieran el mismo nombre. Ambos se llaman así por su empresa matriz, Tokyu Corporation. Esta multinacional es dueña no solo de siete líneas de trenes suburbanos, sino también de muchas propiedades inmobiliarias y una gran red de centros comerciales.

Un mastodonte de unas 400 empresas que emplea a más de 30.000 personas, de las cuales solo el 10 % trabaja directamente para el suburbano —porque así es como estas empresas privadas consiguen su éxito; tienen poco apoyo gubernamental y diversifican el negocio ferroviario en otras ramas complementarias que benefician al usuario del tren—.

Tokyu Corporation gestiona siete líneas que, en total, suman 96 paradas repartidas en 99 kilómetros y medio de longitud; que son usadas por más de 1 millón de personas al día. Y sin embargo, esta es solo una de las 9 empresas ferroviarias que conectan Tokio con los alrededores.

Por otro lado, para moverse dentro de la ciudad de Tokio existen 2 empresas de metro que gestionan 13 líneas más otra compañía de trenes —el famoso JR— que tiene otras 6 líneas. La frecuencia de paso es también vasta.

Sirva como ejemplo la línea Yamanote —que pertenece a la empresa JR—. En horas punta tiene una frecuencia exacta de paso de trenes cada dos minutos y medio. De entre todas, esta es la línea que se suele recomendar a los turistas para moverse dentro de Tokio, pues pasa por las principales zonas de interés y, además, dispone de un billete con un precio especial según el tiempo total de uso —medido por días o semanas—. No obstante, si en alguno de los trayectos se necesita cambiar a otra de las muchas compañías que existen, hay que pagar otra vez pues ese billete no funciona en el resto de empresas ni el resto de tiques son intercambiables.

De otra parte, hay que tener en cuenta que en todas las líneas se paga por distancia recorrida, lo que hace un poco difícil el manejo de billetes. Primero hay que saber a dónde se va con exactitud, buscarlo en los paneles e introducir la cantidad exacta para dicho billete. Pero puede suceder que se cambie de idea durante el viaje —o se equivoque uno de tique, evento que puede ser frecuente— y, por tanto, el monto a pagar variará. Por eso existen máquinas de reajuste de billetes a la salida de cada estación y que todo el mundo usa religiosamente. No obstante, mi recomendación es adquirir una de las varias tarjetas monedero que existen, recargarla y pasarla por los tornos para que tanto el pago como el ajuste de precio sea automático. Además, esas tarjetas también se pueden usar en cualquier tienda o máquina de bebidas y *snacks*.

Mucho más que una estación

La primera vez que vi el mapa completo de todo el sistema ferroviario de Tokio casi me da un síncope, al igual que cuando me enteré de que había una docena de compañías gestionando tal entramado. ¿En serio se necesitan tantas empresas para gestionar el servicio de tren y metro?

Pues bien, al día se producen más de sesenta millones de movimientos de personas que van de casa al trabajo y viceversa, de los cuales tres pasan por la famosa intersección de Shibuya.

Tres millones de personas. Por un mismo cruce de calles. Cada día.

Uno de los cinco pasos de cebra que constituyen el famoso cruce de Shibuya. Autora: Beatriz Lizana.

A diferencia de otras mega ciudades asiáticas, en Tokio el tráfico no está saturado gracias a su excelente sistema de trasporte público y sus estrictas reglas para disponer de automóvil propio. Autora: Beatriz Lizana.

Escribió Haruki Murakami en su libro *Los años peregrinación del chico sin color*:

> A principios de la década de los noventa, cuando la economía japonesa todavía experimentaba cierto crecimiento económico, un influyente rotativo estadounidense publicó una fotografía a gran tamaño que captaba el instante en que algunos usuarios bajaban, una mañana de invierno, por las escaleras de la estación de Shinjuku en la hora punta (quizá era esa estación de Tokio, pero podría haber sido cualquier otra). Todos los individuos que salen en la foto miran hacia abajo como por mutuo acuerdo, con expresión sombría, apagada; parecen peces enlatados. El pie de foto rezaba: «Es posible que Japón se haya convertido en un país próspero, pero la mayoría de estos japoneses cabizbajos no parecen demasiado felices». La fotografía dio la vuelta al mundo.
>
> Tsukuru ignoraba si la mayoría de los japoneses eran de veras infelices o no. El motivo por el que todos los pasajeros que bajan las escaleras de la atestada estación de Shinjuku por las mañanas miran hacia abajo no es porque sean infelices, sino más bien porque están atentos a sus pasos. En las grandes estaciones, en las horas punta, eso es vital para no tropezar, para no perder un zapato. En el pie de foto no se mencionaba ese motivo, que es el verdadero. Además, es posible que nadie que camine mirando al suelo con un chubasquero de tonos oscuros parezca feliz. Aunque, por supuesto, quizá esté justificado llamar sociedad infeliz a aquella en la que uno no puede ir al trabajo todas las mañanas sin preocuparse de perder un zapato.

En efecto, la densidad de transporte público en Tokio es abrumadora —sin contar con la telaraña que forman las líneas de autobuses urbanos; fui incapaz de subirme a uno—.

¿Pero adónde va tanta gente? La clave a esta pregunta es que, a lo largo del día, no todo aquel que se dirige a una estación es para ir al trabajo. Tampoco es para subirse a un vagón. Alrededor de las estaciones, que de por sí están repletas de servicios, se ha ido desarrollando un patrón típico respecto al desarrollo del territorio en el que existen una gran cantidad de bloques de oficinas, zonas de ocio, comercios, restaurantes, *konbinis*, discotecas, karaokes, puestos con comida, hoteles cápsula, etc., todo ello rodeado de un cinturón de apartamentos residenciales.

Muchos de estos servicios los han ido proporcionando precisamente las empresas ferroviarias privadas. De esta manera, han desarrollado su negocio ofreciendo beneficios sociales, sin perder de vista el objetivo de aumentar sus ganancias. Por eso los trenes en Tokio tienen tan buena calidad, son seguros y de acceso fácil para los peatones —aunque no tanto para discapacitados físicos ni gente con carritos de bebé—. También por este motivo la

tasa de uso de transporte público es envidiable. Tener un coche en esta ciudad no es una necesidad, sino una opción de vida que no muchos escogen porque, además, sale bastante cara. En realidad, para poder tener un coche en Tokio primero hay que demostrar que tienes una plaza donde aparcarlo.

Con un horario establecido

Los trenes y metros de Tokio detienen su servicio entre la una y las cinco de la mañana aproximadamente. Al contrario de otras ciudades europeas, que se vacían a medianoche, en Tokio la vida no cesa de manera repentina por este motivo. Sí baja el ritmo de la ciudad, que se relaja frente a la actividad diurna. Experimenta un cambio en los patrones de circulación entre esos millones de personas que conmutan entre su casa y el trabajo, pero aún mucha gente utiliza esos servicios que rodean a los trenes porque bastantes operan las 24 horas.

¿Qué hace un tokiota si, por alguna razón, pierde el último tren para llegar a casa? El precio de los taxis es bastante prohibitivo por lo que sale más a cuenta pagar una habitación de un hotel cápsula para, básicamente, echar una cabezadita. Y es que, según un estudio de una conocida pulsera digital que rastrea cómo se mueven y duermen sus usuarios, los tokiotas son los que menos duermen del mundo con una media de 5 horas y 46 minutos.

Si es fin de semana buscará un lugar de ocio. Es probable que acabe entrando a algún *manga kissa,* que viene a ser un cibercafé abierto todo el día en el que, además de jugarse alguna partida, se puede dormir un rato. O cabecear en la sala privada de algún karaoke hasta el primer tren de la mañana.

Lo cierto es que el cierre del transporte ha sido cuestionado en varias ocasiones. ¿Qué pasaría si la administración decidiese eliminar este vacío en el transporte nocturno para hacer de Tokio una ciudad completamente accesible las 24 horas del día? No hay duda de que el movimiento de personas se alteraría y también afectaría a estos negocios que hoy se benefician del parón. También

hay quien se lamentaría de esta decisión, pues muchos ven esta posibilidad como el último baluarte contra la degradación de los derechos vinculados al tiempo de trabajo. Esto es porque, para muchos empleados, el último tren es el punto que marca el fin de la jornada laboral.

Las 17:42 en punto

Todo el mundo en Tokio conoce el horario del último tren que lo llevará a casa. Si no se acuerda porque vaya borracho, lo puede encontrar a golpe de pocos clics en una *app* de su móvil. Si dicho tren debe llegar a las 23:37, lo hará en ese minuto exacto. Ni más, ni menos. Si se retrasa es por un motivo de fuerza mayor, como un accidente. Tengamos en cuenta que hay líneas como la Tokaido, un tren bala que sale de media cada 5 minutos y puede circular a 300 kilómetros por hora, en 2016 tuvo una media de retraso de 24 segundos.

Pero Japón no siempre ha sido tan puntual.

En 1872 se estableció la primera empresa estatal de transporte ferroviario en Japón. Años más tarde, en 1881, surgió la primera empresa privada dedicada a este tipo de transporte. Lo cierto es que por aquel entonces los trenes no llegaban a tiempo ni en una ni en otra. De hecho, algunas personalidades británicas que visitaron Japón antes de la Restauración Meiji se quejaron de la impuntualidad no solo de sus trenes, sino de su vida en general. La mujer de un historiador inglés llegó a decir que «hay que ralentizar el ritmo al Japón», una afirmación que hoy en día no tiene cabida.

Japón no siempre fue conocido por su puntualidad. Fue la industria ferroviaria la que cambió la conciencia sobre el tiempo. Autora: Beatriz Lizana.

Esta contradicción temporal surge de la forma en que se dividía una jornada en el pasado. El sistema de tiempo de la Era Edo se fraccionó en día y noche, que a su vez estaban subdivididas en seis segmentos iguales. Las secciones temporales quedaban de la siguiente manera: seis unidades diurnas desde el amanecer hasta el atardecer, y seis unidades nocturnas desde el atardecer hasta el amanecer. Estas secciones eran desiguales por el hecho de que el día es más largo y la noche más corta en verano que en invierno, y viceversa. Hoy en día se utiliza el tiempo universal coordinado en todo el mundo —UTC, por sus siglas en inglés— y no se ajusta a la hora solar. El principal sistema por el cual el mundo entero regula el tiempo tiene una gran precisión porque está calculado a partir de una media ponderada de las señales de los relojes atómicos

localizados en cerca de setenta laboratorios nacionales de todo el mundo.

A pesar de que este tipo de reloj se inventó en 1948, los trenes empezaron a ser puntuales hacia 1910. Esto fue debido al aumento del movimiento de tráfico ferroviario y los volúmenes de carga que acompañaron la Revolución Industrial, lo que obligó a los ferrocarriles estatales y privados a operar de forma puntual. Para asegurar la llegada y salida justo a tiempo se amplió significativamente el número de empleados con relojes, las normas respecto a los retrasos eran más restrictivas y por tanto el sistema de control era más preciso. Todo ello repercutió en los empleados. Como se requería mano de obra con experiencia se estableció un buen sistema de retribución a la vez que se les exigía una gran disciplina. En definitiva, el sistema ferroviario no solo se apropió del espacio urbano, sino que también cambió la conciencia sobre el tiempo.

Aunque la puntualidad también se exigía en otros ámbitos distintos. El académico Sakae Tsunoyama sugiere que la puntualidad se ha establecido en dos capas. La primera en las instituciones, pues también las escuelas y las fábricas, que ya miraban a Occidente, buscaban un comportamiento puntual y eficiente. Sin embargo, la puntualidad en la vida ordinaria tuvo lugar mucho después de la guerra, justo con el desarrollo masivo y barato de los relojes de cuarzo.

A propósito de esto, hay estudiosos que creen que una de las razones detrás del crecimiento económico de Japón ha sido la conciencia entre los japoneses de ser puntuales. Ello se refleja en la creencia de muchos de sus habitantes, quienes estarán de acuerdo con que ser disciplinado con el tiempo y respetarlo forma parte integral de la vida, y por tanto se refleja en su forma de ser. A este respecto, Robert Levin ha comparado las personalidades de diferentes culturas midiendo en ellas tres aspectos: la velocidad al caminar, el tiempo que tarda el correo en entregar las misivas y la precisión en sus relojes. En sus estudios indica que «hay, de hecho, considerable evidencia de que Japón puede ser el país más rápido de todos».

Esta urgencia en el tiempo puede tener sus consecuencias. El 25 de abril de 2005 hubo un accidente cerca de Osaka en el que

murieron 106 pasajeros y otros 562 resultaron heridos. Las investigaciones concluyeron que el accidente se debió a que el conductor aumentó la velocidad por la presión de tener que llegar a tiempo a su destino.

Como sardinas en lata

La verdad es que la anécdota más angustiosa de todo el mes la viví en el subsuelo de Tokio y fue causada por un retraso.

El 90 % de la gente que bajaba conmigo aquella tarde hasta el andén eran hombres y vestían con traje, corbata y mascarilla. Son los hombres conocidos como *salaryman*, esto es, ejecutivos de bajo rango que terminan su jornada laboral y se dirigen de vuelta a sus casas. Desde arriba, en la escalera, observé cómo se colocaban, como hormiguitas, en tantas filas indias como puertas tienen los vagones. Mucha gente por todos lados, pero todo muy ordenado.

Esperé dos minutos. Llegó el tren de las 17:42, justo a esa hora, y yo me aparté de mi fila para ceder el paso a quien quisiera estrujarse para caber ahí. Una lata de sardinas seguro que era más confortable que aquel atestado convoy.

Mi ventaja fue quedarme primera de la fila. La mala noticia, que aquel día experimenté un caso de impuntualidad inusual pues el siguiente tren no llegó a su debido tiempo. El caballero que tenía delante miraba su reloj, más sorprendido que impaciente. Un anuncio por megafonía explicó algo solo en japonés por lo que muchos viajeros rompieron filas para buscar rutas alternativas. Grabé el anuncio y se lo pasé por mensaje a Josep, un catalán con quien me tenía que reunir esa misma tarde en Tokio. Me traduce que el retraso era debido a un accidente por la presencia de una persona en las vías —en Japón los suicidios no se ocultan— y me aconseja esperar a que llegue el siguiente.

Las escaleras seguían escupiendo gente abajo y cada vez éramos más, aquello más que un andén parecía la pista de un concierto. Menos mal que no tardó ni diez minutos en llegar. Si en el anterior iban como sardinas en lata, en este no cabía un alma. Espantoso. Al

abrirse las puertas, el flujo de la gente entrando y saliendo me arrastró al interior. Yo no quise moverme, pero fue imposible, la marea me movía. Cientos de personas a mi alrededor me trasladaban porque a mí me parecía que mis pies no tocaban el suelo. Eso sí, no se escuchaba ni una mosca porque cada movimiento se realizaba en completo silencio.

Salaryman saliendo de un vagón de metro abarrotado en hora punta. Autora: Beatriz Lizana.

Una vez dentro del vagón, todo eran ojos por encima de mascarillas. Había al menos seis personas con las que mantenía contacto físico. Quería respirar profundamente, pero temí explotar aquel tetris. Para evitar agobiarme más de la cuenta, busqué con la mirada algo para observar y entretenerme. Como la mayoría de las bocas iban tapadas, los ojos me parecían aún más expresivos e interesantes de observar: su forma rasgada, la grasa del párpado superior que toca con las pestañas, el marrón como color predominante, las miradas dirigidas hacia abajo o a algún punto

indefinido… Hasta que me encontré dos pares que observaban mi sofoco y pestañeaban a gran velocidad. El hombre que los manejaba parecía querer tranquilizarme, aunque a mí me salió devolverle algo así como una sonrisa que no llegó ni a mueca de medio lado.

Me dejé de ojos.

Los poros de la frente del que tenía más cerca llamaron entonces mi atención. Él iba sin mascarilla así que podía distinguir las pequeñas cabezas negras de su barba que, muy dispersas, salpicaban su cara. ¿Alguna vez has visto cómo crece una gota de sudor? Surgió de varios poros de la frente de este señor, y le resbaló por el moflete hasta llegar a la barbilla. Duró dos segundos ahí colgada. Estábamos tan apretados que el hombre no se pudo llevar la mano a la cara para limpiársela.

Adiós a la gota.

La información visual dejó de entretenerme. Estaba a una respiración de convertirme en claustrofóbica cuando un pensamiento me salvó antes de llegar a mi parada. ¿Cómo era posible que, con tanta gente con chaqueta y tanta axila alzada aún no supiera a qué huele la «humanidad» japonesa? Porque la española la tengo clara. Basta con abrir la puerta del dormitorio al adolescente que lleve horas ahí encerrado que la tufarada te invadirá en forma de queso Brie.

Volviendo a reparar en el japonés que le sudaba la frente, ¡despedía un olor agradable! Y haciendo memoria, no me crucé con ninguna persona hedionda en todo el mes. ¿Por qué?

El olor corporal depende de varios factores. El más evidente podría ser la higiene, con especial mención a las zonas peligrosas: axilas, ingles y pies. Pero no por ser limpio queda uno exento de oler mal. Si se dan las circunstancias oportunas (temperatura exterior alta, una mayor actividad física, vestir telas sintéticas, etc.), se puede uno duchar por la mañana y oler a sudor por la tarde.

La alimentación también influye. Algo de razón tenía Victoria Beckham cuando dijo que los españoles olemos a ajo, puesto que es un ingrediente básico de nuestra dieta. Por lo general, el olor corporal no se verá afectado si mantenemos una alimentación sin cambios. Sin embargo, si un día introducimos un ingrediente no habitual habrá consecuencias. Por ejemplo, el curri, que no es típico de la comida tradicional española. Haz la prueba. No es necesario

que transpires mucho tras la ingesta de, pongamos, un pollo *tikka masala*. Espera una hora a que la digestión haga efecto y acerca tu nariz a la parte interna del codo, sentirás las notas olfativas del curri. Decía que hay algo aún más característico que hace que los japoneses (y en general los asiáticos) no huelan mal: una mutación genética. En realidad, el sudor se produce en las glándulas ecrinas y apocrinas y su secreción es inodora. No obstante, las apocrinas también generan grasa. Toda esa mezcla sirve de alimento a determinadas bacterias que viven en nuestra piel. Son ellas las culpables de producir una serie de sustancias volátiles malolientes.

Pues bien, el gen ABCC11, localizado en el cromosoma 16, es el responsable de la cantidad y el tipo de transpiración que tiene una persona: poca, mucha, con olor o sin olor. La población asiática tiene un alelo que cambia radicalmente la composición bioquímica del sudor y está asociado a una menor producción de sustancias volátiles. Lo que quiere decir: menos olor.

Esto tiene una consecuencia directa y es que en esta cultura el sudor no es enemigo de nadie ni tampoco tiene por qué avergonzar. Más bien es al contrario, para ellos no solo es bueno porque ayuda a eliminar impurezas, sino que también es símbolo de esfuerzo y superación.

Una extranjera en Japón

Lo primero que conocí de aquel chico fue su sonido, el *quejío* de su guitarra. En algún rincón escondido de aquel amable hostal al que me mudé tras el de Kamakura —¿puede un alojamiento ser amable? — había alguien tocando flamenco y no era un aficionado. Demasiado talento para un lugar como aquel.

Cuando por fin salió de su escondite —el cuarto de fumadores— me sentí con la obligación de agradecerle el enorme concierto que acababa de dar. Suerte la mía porque se trataba de uno de los recepcionistas en su tiempo libre y hablaba inglés. Al enterarse de que yo era española me pidió permiso para sentarse en mi misma mesa y charlar, cómo no, sobre flamenco. Acepté un poco avergonzada porque, a pesar de que soy andaluza, conozco pocos cantaores y guitarristas. Así que aquella misma noche un japonés llamado Jiro me dio una clase magistral sobre mi propia música *folk*. El concierto se repitió diariamente a última hora, pues él vivía allí y ensayaba el resto de horas que no trabajaba en la recepción.

Existen hoteles exclusivos para mascotas mientras sus dueños se van de viaje. En algunos de ellos no sólo se ofrece comida y alojamiento sino también adiestramiento. Autora: Beatriz Lizana.

En el hostal nos mezclábamos gente de diversas nacionalidades aunque acabé relacionándome más con los residentes. Rico era una chica de un pueblo lejano a Tokio que practicaba el baloncesto y que una vez estuvo viviendo cerca del Amazonas. No olvidaré su cara el día que me dijo que estando allí había criado un pollo y que ella misma lo mató para cocinarlo y zampárselo. Pero la parte que se me quedó grabada fue cuando me confesó que también comió mono. Amey era un indio muy parlanchín que nunca habló con una mujer hasta que se fue a estudiar a Estados Unidos. Ambos trabajaban unas pocas horas limpiando habitaciones a cambio de alojamiento. Tras los ensayos de Jiro y gracias a las largas conversaciones con él y sus compañeros de trabajo, aquel lugar se convirtió para mí en una especie de embajada, un territorio entrañable y con respuestas variadas a mis preguntas.

Una mañana fui a comprar algo de comer a un supermercado cercano para tomarlo en el hostal. Era temprano y saludé a Jiro al salir.

Entre las estanterías del súper noté miradas más largas de lo

normal hacia mi persona. Aunque no llegaban a ser incómodas ni indiscretas, fueron suficientemente numerosas como para darme cuenta de que algo raro pasaba. Al llegar me miré al espejo de la entrada. Me había duchado y llevaba el pelo mojado, pero no había, para mí, nada extraño en mi rostro. Días más tarde y de forma totalmente casual, leí en un artículo de Internet que es de mala educación salir a la calle con el cabello húmedo. Aquel había sido mi pecado.

—¿Por qué no me dijiste nada si me viste salir así, Jiro?

—Son cosas japonesas sin sentido —me respondió él. Días antes me había estado contando sobre su año en el extranjero y lo mucho que aprendió acerca de las diferencias culturales.

—Pero está mal visto.

—Se supone que si sales con el pelo húmedo a la calle es porque eres una persona dejada, da una pista de que no cuidas tu aspecto. Pero no te preocupes que tú eres extranjera y se sobreentiende que no lo sabes. No pasa nada.

Me pareció una nimiedad aquella supuesta falta de respeto hacia los vecinos, pero no era la única vez que escuchaba aquello de «no importa, eres extranjera». ¿Por qué se nos indulta a los forasteros si cometemos un error en algún aspecto de su amplísimo protocolo social?

La respuesta rápida es fácil: no conocemos esas reglas. Hasta cierto punto esto es comprensible, toda mi experiencia en el país estuvo condicionada por mi rol como turista. De hecho, está establecido cómo tienen que tratarnos e incluso hablarnos. Sin embargo, ¿cambiaría esta actitud hacia mi persona si estudiase su cultura y me quedase a vivir en Japón? ¿Podría pasar por ciudadana?

En mi posterior investigación comprobé que hay extranjeros que llevan años residiendo allí y a pesar de ello se les sigue considerando parte de esos «otros». Escribe Landeras:

> Lafcadio Hearn fue uno de los primeros japonólogos que llegó a Japón en 1890 para escribir una serie de artículos sobre este país. Fascinado por el carácter peculiar de los japoneses y la sensualidad de su cultura, llegó a declarar que vivir en Japón era como vivir en el paraíso, y decidió adquirir la nacionalidad japonesa con el nombre de Yakumo Koizumi. Como tantos extranjeros antes, quedó hipnotizado por el aparente orden perfecto de esta

sociedad, por los exquisitos modales personales de los japoneses en todos los aspectos de la vida, apabullado por la hospitalidad que típicamente se da a los invitados extranjeros y estupefacto por la desvergonzada sexualidad que impregnaba sus vidas. Solo cuando Hearn renunció voluntariamente a su estatus de «invitado extranjero» para pasar a convertirse en «nacional» de Japón, y comenzó a ser tratado más como un japonés que como un «honorable visitante del extranjero», fue cuando se percató de la enorme diferencia entre la vida en Japón cuando se disfruta del pedestal extranjero y la vida que les viene impuesta a los propios japoneses por su sociedad.

Retrato de Lafcadio Hearn con su mujer. Autor desconocido.

¿Por qué Japón es un pueblo tan homogéneo?

Las normas sociales se establecen de forma intrínseca en cualquier cultura, pues es una forma útil de preservar el orden social. Pero da la sensación de que Japón lo ha llevado al extremo.

Hay varios factores. En principio es más fácil implementar normas en un país geográficamente aislado y cuya sociedad está estratificada. Además, hay que remontarse al sistema de *katoku,* ya comentado con anterioridad. Esa obediencia y lealtad a los cabezas de familia y otros superiores ha sido un valor predominante sobre todo desde la Era Tokugawa —como el país estaba cerrado al exterior era más difícil que hubiera otras influencias o pareceres antagónicos—. Recordemos que las normas que se establecían por entonces se acometían a rajatabla, no eran simples consejos. Las consecuencias para quien no se sometía a ellas eran duras, pues se les castigaba personal y socialmente. Esto, unido al concepto de *kata,* ha hecho que a lo largo del tiempo se instauren maneras muy concretas de pensar, de sentir e incluso de hacer.

¿Pero el *kata* no es una secuencia de movimientos físicos propios de las artes marciales? Así es, aunque no es exclusivo de ellas. En realidad, *kata* significa «forma» o «proceso (físico) de hacer algo». Este concepto ha servido para explicar, desde hace siglos, cómo hacer prácticamente cualquier actividad (personal o profesional). Cómo comer, cómo trabajar, qué hacer ante una situación determinada… Todo sigue un orden y una determinada forma de hacerse, movimientos físicos incluidos. Esto aún se aprende en las escuelas públicas y también en los programas de formación de muchas empresas, aunque de una forma menos estricta y rígida que antes de 1945.

Volvamos al ejemplo del metro. Los movimientos de la gente mientras se mueve por el subsuelo podrían parecer robóticos y muy marcados, como hormigas en su hormiguero. Lo expuesto en el capítulo en el que hablaba del accidente era una excepción, pero aun así pude observar cierto patrón repetitivo en sus formas de hacer. En general, todos bajaban las escaleras por el mismo lado según se mostraba en las flechas, hacían fila justo tras las señales

indicadas para ello, se apartaban de las puertas de los vagones en un movimiento sincrónico, los que iban de pie se situaban siempre de cara a las ventanas, los que llevaban bolsos o mochilas se los ponían entre las piernas… Estas normas, sin duda, facilitan el flujo de gente en una ciudad que está tan abarrotada. No cumplirlas se considera una falta de respeto.

Estos gestos físicos repetitivos también condicionan la mente. Hace que, por lo general, las personas adultas no se cuestionen que haya otra posibilidad de hacer las cosas. Todo está tan procedimentado que así se moldea la personalidad del individuo. A los occidentales nos da la sensación de que la mayoría están cortados por el mismo patrón; eso es porque estas normas rigen las conductas de quienes las siguen y esas personas, a su vez, moldean los valores morales o filosóficos de toda la sociedad.

No quiere eso decir que todos los japoneses sean iguales. Por supuesto, cada individuo tiene un perfil diferente de personalidad. Es decir, hay personas diligentes pero también vagas, simpáticas, con mal genio, pacientes, hurañas… Sin embargo, el historiador y orientalista británico Kenneth Henshall sostiene que incluso estas formas de ser tienen una forma de actuar concreta. Las relaciones sociales también se hacen más fáciles para las personas involucradas si saben qué esperar de los demás. Como si hubiera un menú gigante de personalidades, y cada quien escogiera y construyera sus rasgos en base a ese listado previamente pensado.

Esto quiere decir que hay un *kata* conductual para cada tipo de situación basado en las reacciones emocionales esperadas. En realidad, cualquier emoción individualista debe camuflarse si no va en línea con lo que se espera que sea. Según Henshall, es probable que aquellos cuyo comportamiento se aleja demasiado de las normas y estándares aceptados se les considere con problemas psicológicos. Por ello, serán sometidos a terapias destinadas a hacerlos comprender sus defectos egoístas y lo que le deben a la sociedad.

Sin ir tan lejos, es relativamente fácil observar la falta de flexibilidad en el entorno laboral. No saben cómo actuar si algo o alguien los saca de su exceso de protocolo. Sirva este otro ejemplo, básico pero muy ilustrativo: si en la carta de un restaurante la hamburguesa número cuatro tiene cebolla y a ti se te ocurre pedir

esa misma opción pero sin ella, el camarero es posible que se bloquee y no sepa qué responderte. O al menos tarde más tiempo que un occidental en solucionar el problema. ¡No quiere eso decir que a todo el mundo le guste la cebolla y se coma el ingrediente sin rechistar! Simplemente, el cliente japonés buscará en el menú otra opción sin cebolla. Puede ser que no quiera molestar al grupo —en este caso, los trabajadores del restaurante—; pero también es posible que ni siquiera se le cruce por la cabeza la opción de pedir una cuatro sin cebolla.

Gato que sigue las normas y no se salta la valla, aunque pueda. Autora: Beatriz Lizana.

Los otros

Lo cierto es que en Japón el individualismo no ha sido un modelo de conducta aceptable. Además, esa unidad en el pensar social se acentúa cuando se identifica la sociedad japonesa como única, y los diferentes a ellos, de una manera global, como «los otros». En realidad, se ha querido inculcar la idea de que es un país homogéneamente étnico.

De hecho, esta idea de uniformidad ha sido aceptada y promovida activamente por el Gobierno y extendida por el *nihonjinron*, que es un género de textos en los que se analiza y explica la identidad nacional y cultural japonesa como diferente del resto —de esos «otros»—. Los japoneses creen que un «no japonés» no puede asimilar la complicada red de responsabilidades, obligaciones y lealtad en todos sus ángulos que la sociedad impone a sus miembros. Existe cierta contradicción pues algunos de estos libros y artículos los han escrito personas no japonesas, aumentando el efecto de esas supuestas diferencias —si lo dicen hasta los de fuera, tendrá que ser verdad—. Según Hane, para encajar su pasado a este parecer, la historia tradicional de Japón no ha considerado a los coreanos como extranjeros, sino como inmigrantes «niponizados».

Hay quien identifica las raíces del *nihonjinron* en el siglo XVIII con el movimiento *kokugaku* —estudios nacionales—. Sin embargo, fue a partir de la Restauración Meiji cuando muchos japoneses pudieron, al fin, leer lo que otros europeos que visitaron el país durante el siglo XVI habían escrito de ellos. En aquellos textos se describía Japón como una cultura exótica, se analizó sus tradiciones, sus patrones de pensamiento, etc. Estas lecturas nuevas tuvieron que impactar de algún modo en la autoimagen que tenían de sí mismos. Así, debían sentirse orgullosos de sus tradiciones y valores culturales.

No obstante, fue en las décadas de los setenta y ochenta cuando este discurso creció rápidamente y se convirtió en un mito legítimo respaldado por los académicos. De hecho, según el humanista japonés Liang Morita, esta difusión sobre la homogeneidad del

pueblo japonés se consiguió gracias a los medios de comunicación, sin ellos el concepto no habría sido tan ampliamente aceptado. El discurso *nihonjinron* aparece en periódicos, revistas genéricas y también académicas, libros, radio, televisión…

En Occidente esto se ha llegado a calificar como nacionalismo etnocéntrico. Fue ese Japón monoétnico el que alentó el pensamiento de que los no japoneses son «otros». Son inherentemente diferentes, no pertenecen a la cultura y además pueden ser peligrosos. Este argumento es una razón clave por la que los japoneses se oponen a la inmigración. Morita, en su estudio, analiza el discurso que el Ministerio de Justicia y la Agencia Nacional de Policía daban en 2004 acerca de que la inmigración debía ser controlada. Porque el inmigrante es un «otro» que amenaza la seguridad pública. Es un discurso sin fundamento porque se atienen a que quien es capaz de violar una ley para entrar de forma ilegal en un país, será capaz de cometer otro delito más grave. Además, en este discurso sobre por qué la inmigración necesita ser controlada, el crimen se presenta como algo extranjero y la seguridad pública como algo japonés.

Morita no cree en la supuesta hegemonía de su país, pues sostiene que Japón es un país multiétnico: los ainus ya vivían en Hokkaido antes de que se tomara el control de esta isla. Al sudoeste ya habitaban los okinawans y, durante la expansión colonial japonesa, muchos chinos y coreanos llegaron al país. En definitiva, Morita y otros estudiosos han identificado el *nihonjinron* como una herramienta para hacer cumplir la conformidad social y política.

¿Qué los hace ser especiales?

Según Hane, este etnocentrismo deriva en un pensamiento de superioridad racial, que además se ve reforzado por ciertos estudios que evidencian las diferencias genéticas de los japoneses frente a los «otros». Ya se han expuesto algunos ejemplos en este libro: la diferente lateralidad de su cerebro respecto al uso del lenguaje, su sudor inodoro —¿quién se encargó de nombrar así, como algo sin

olor, al retrete?—, sus aceleradas borracheras…

¿Y qué hay de sus ojos? No hay diferencias en cuanto a su anatomía —es decir, los músculos y los tendones no varían, ni tampoco las dimensiones del globo ocular—, sino que en realidad es la percepción que se tiene desde el exterior lo que los hace diferentes.

El repliegue en la parte interna del párpado superior, que se conoce como brida mongólica, tiene más cantidad de grasa que un ojo caucásico (que no occidental, porque hay otras etnias de esta zona que pueden tener un pliegue similar al asiático; por ejemplo, los lapones). Esto, unido a la circunstancia de que a este tipo de ojos les vemos menos cantidad de globo ocular entre párpado y párpado, hace que parezcan rasgados.

Existe la teoría de que este repliegue es una adaptación evolutiva. Sus condiciones de párpado grueso relleno de grasa y con forma de visera hubieran podido servir para proteger al ojo del sol y el viento en épocas glaciares. No obstante, no es una teoría probada. Algunos oftalmólogos indican que la cantidad de luz que entra dentro del ojo depende exclusivamente de la pupila, con independencia del grosor del párpado.

Pero aún hay más dudas. ¿Y su pelo? ¿Es verdad que no hay japoneses rubios naturales? Esto es un mito porque sí los hay. Lo difícil es encontrarlos. Hay que tener en cuenta que el color rubio viene determinado por un gen recesivo, por lo que es complicado que se imponga en una población con mayoría de castaños y negros.

De hecho, nuestros ancestros más primitivos eran morenos. Lo cierto es que el rubio es el resultado de tener poca pigmentación en el cabello y hay quien dice que será una característica que desaparecerá con el tiempo. Al parecer, esta mutación genética surgió hace unos 11.000 años en el norte de Europa y está relacionada con la vitamina D —menos pigmentación hacia una piel, ojos y pelo más claros, lo que permitía que más luz solar desencadenara la producción de dicha vitamina—. Para hacernos una idea, se cree que la primera población con mayoría de miembros rubios surgió hace unos 3000 años en lo que ahora se conoce como Lituania —y que luego se extendieron por una cuestión de selección sexual, pero eso ya es otro tema—.

Por otra parte, hay que añadir que el cabello rubio natural

tiende a oscurecerse. También influyen los factores ambientales, como la exposición al sol y el estado nutricional, que pueden cambiar el color del cabello. Todo esto hace que el rubio sea significativamente menos común en la edad adulta. Según la socióloga Christie Davies, solo alrededor del 5 % de los adultos de Europa —recordemos, donde surgieron— y América del Norte son naturalmente rubios.

En definitiva, hay rubios en Japón pero en un bajo porcentaje —amén de que se les pida que se tiñan de oscuro; en el siguiente capítulo hablo de esto con más detalle—.

Otro rasgo que les caracteriza físicamente es la flexibilidad de sus tobillos. ¿Alguna vez has probado a ponerte en cuclillas y aguantar más de diez minutos con las plantas de los pies bien pegadas al suelo? Ellos flexionan las caderas, las rodillas y los tobillos y acercan el trasero al suelo. Según el fisioterapeuta californiano Bryan Ausinheiler, esta sentadilla es una posición de descanso cómoda pues es mucho más estable que estar de pie, ya que el centro de gravedad está más bajo. Además, sirve como alternativa a sentarse y es especialmente útil para evitar estar en contacto con una superficie filosa o sucia.

También tiene otras ventajas: activa toda la musculatura que mantiene la corrección postural y facilita que las heces salgan con mayor facilidad —de ahí que los antiguos baños orientales estén diseñados para defecar en esta postura—. En general, pocos occidentales son capaces de flexionarse de esta manera y aguantar mucho rato. Mientras que en Occidente priorizamos las sillas y otras poses antes que parecer una rana a punto de saltar, en Japón y en otros países orientales es común ver a gente esperando el autobús o incluso trabajando de esta guisa. ¿Por qué ellos pueden y nosotros no? Es una cuestión de práctica, ellos lo han estado haciendo desde que eran niños. De hecho, todos los chiquillos tienden a doblarse de esta manera de forma natural. Primero, porque las extremidades cortas, las cabezas grandes y los torsos largos facilitan el equilibrio. Y segundo, porque sus huesos son como gomas. Un bebé puede tener 70 grados de dorsiflexión de tobillo, mientras que un adulto occidental apenas llega a los 30.

Otro caso a exponer en sus diferencias recae en los estudios del inventor Tadanobu Tsunoda, quien ha creado una máquina que

determina qué lado del cerebro procesa los sonidos. Afirma que el cerebro es como un ordenador, y que para su objeto de estudio solo importa el sistema operativo.

En una entrevista concedida al diario *The Japan Times*, el autor indica que su intención no es hacer relevante la diferencia de sus compatriotas respecto del resto de nacionalidades. Ni el país ni la genética ni la etnia influyen; sino que depende de la edad a la que se comienza a aprender el idioma materno. La dominancia del hemisferio izquierdo se ve en aquellos niños, nativos o no, que aprenden japonés entre los 6 y los 9 años. Después de esa edad, no hay diferencias en el mecanismo de cambio de hemisferios.

«Los japoneses son japoneses porque hablan japonés». Tsunoda ha descubierto que el cerebro formateado con el japonés —y otros idiomas polinesios— reacciona de forma diferente a otros cerebros. Según sus experimentos, los nipones tienen una predominancia sobre el hemisferio izquierdo para procesar las vocales, los sonidos de la naturaleza, la música instrumental japonesa y los sonidos emocionales; a diferencia de los cerebros occidentales, en donde predomina el derecho.

Además, argumenta que este uso excesivo del lado izquierdo hace que se cansen con relativa facilidad y que la creatividad sea especialmente difícil para ellos, ya que la creación se centra en los núcleos de los hemisferios derecho e izquierdo. Escuchar música instrumental occidental los puede aliviar, pues este tipo de música sí la procesan con la parte derecha del cerebro y se equilibra así el uso del mismo.

A pesar de que sus declaraciones son contrarias, ¿podrían tratarse sus investigaciones como parte del *nihonjinron*? Sus estudios están avalados oficialmente en Japón y allí es un autor de éxito. No obstante, tiene ciertos detractores tras la frontera que ponen en duda sus investigaciones.

Uno entre siete mil millones

¿Significan todos estos ejemplos que las disparidades genéticas

hacen diferentes a los japoneses de los españoles? La variabilidad es mínima.

En realidad, ninguna de estas cuestiones son exclusivas del pueblo japonés. De hecho, no hay nadie genéticamente igual a otro —excepto los gemelos univitelinos—. Es decir, si se comparan los ADN de dos japoneses cualquiera, solo un 5 % de sus variaciones se deben a que ambos pertenecen a la misma población. El 95 % restante no se debe a su etnia, sino al hecho de que son dos personas distintas. De igual modo, la misma diferencia de ADN hay entre japonés y japonés, japonés y español o japonés y keniata. Y es que a lo largo de la historia, cada vez que diferentes grupos han entrado en contacto, se han cruzado. Eso implica que el intercambio continuo de materiales genéticos ha mantenido a toda la humanidad unida como una sola especie. En definitiva, el racismo nunca podrá fundamentarse en la genética.

La infancia y la juventud japonesa

Aproveché una mañana para fotografiar el margen derecho del río Sumida, que estaba repleto de cerezos en flor. Apenas había gente a mi alrededor. A pocos metros de distancia, dos niños de unos 8 años arrastraban con los pies las flores que caían al suelo. Iban canturreando y riéndose en voz baja. ¡Qué ternura! Tan pequeños y con esas mochilas tan grandotas a la espalda. Seguí haciendo fotos mientras observaba de reojo a los chiquillos. Caminaban solos. Me costó asimilar que iban por la calle sin supervisión de ningún adulto, en una ciudad de casi 14 millones de habitantes. ¡Caray con los canijos!

El camino a la escuela

Los niños japoneses llevan varios siglos andorreando ellos solos hasta las escuelas privadas, concretamente desde la Era Edo. Los hijos de los comerciantes aprendían a leer y escribir en las *terakoya,* que eran propiedad del templo; las *hanko* pertenecían a los daimios y era donde se educaba a los hijos de los samuráis en confucianismo, matemáticas, lectura y escritura. Todas estaban bien esparcidas geográficamente, de manera que los críos no recorrían grandes distancias para llegar hasta la que se les había asignado. El sistema *sempai-kohai* permitía a los más grandes enseñar el camino a los más pequeños y cuidarlos durante el trayecto. Es un círculo infinito, el benjamín crece en poco tiempo, aprende el camino y, a su vez, enseña a otro más pequeño que él a moverse hasta la escuela.

Es muy habitual ver a niños que caminan solos por la calle o en el transporte público. A nuestros ojos parece que nadie les cuide pero nada

más lejos de la realidad, todo el mundo en el barrio está pendiente de ellos. Autora: Beatriz Lizana.

Aquella mañana en Tokio se me escaparon otros recursos que no fui capaz de ver con mi mirada occidental. Yo veía a dos niños solos, pero sí que había gente en las inmediaciones que cuidaba de ellos. Por ejemplo, hay voluntarios del barrio que se sitúan a lo largo del camino para guiar a los niños y vigilar que nadie quiera hacerles daño —aquí no se sospecha de los vecinos, se confía en ellos—. Son algo así como patrullas contra la prevención de la delincuencia. La principal diferencia con nuestra forma de hacer es que no se les acompaña de puerta a puerta, sino que estos guías se sitúan cerca de los semáforos o intersecciones para ayudarles a cruzar y que no se desvíen. De hecho, en los pasos de cebra cercanos a los colegios suele haber unos barrotes con banderines a los costados de la calzada. Cualquier adulto puede tomar uno y pararse en el centro de la calzada para señalizar que un grupo de colegiales atraviesan la calle, una forma más de garantizar que los niños crucen con seguridad. También hay megafonía para avisar de los horarios escolares. Son canciones en las que se recuerda a todos los transeúntes que los niños vuelven a sus casas e invitan a los adultos a tener cuidado de ellos.

Pero no todos recorren distancias cortas. Si la familia se decanta por la educación privada, es probable que la escuela quede lejos de casa y eso significa que el niño tomará el tren él solo cada día y hará los trasbordos necesarios hasta llegar a su destino final. A mí me parece asombroso por lo complejo que es el sistema de trenes y metros de esta ciudad, pero no me cabe duda de que la cultura japonesa enfatiza la autonomía. ¿En serio que un niño tan pequeño es capaz de desenvolverse por sí mismo? Recomiendo ver el reconocido programa de televisión japonés *Mi primer recado* —hay capítulos con subtítulos en inglés en YouTube si se busca traducido, *My First Errand*—. Es sorprendente ver a niños de incluso 3 y 4 años resolviendo encargos por el vecindario.

Además, existen otros mecanismos que facilitan la movilidad de los pequeños. En algunos lugares se prohíbe la conducción de ocho a nueve de la mañana si la calle en la que está situado el colegio es estrecha. Si algún niño se despista en la ruta o se siente inseguro,

sabe que podrá encontrar ayuda en cualquier «lugar seguro», que son comercios locales designados por la administración y señalizados con un cartel que todos los chavales reconocen. Allí habrá algún adulto que les reconforte mientras solucionan el percance. Otra medida que toman algunas familias con sus hijos es darles un aparato electrónico parecido a un teléfono móvil y que deben llevar colgado al cuello. Sin ser exactamente un *smartphone*, este dispositivo con GPS envía un mensaje a los padres si el menor se desvía demasiado de la ruta establecida. Además, dispone de un botón que el niño puede pulsar si se encuentra en peligro, con lo que llegará una notificación a varios familiares y, en el caso de algunos modelos, un simple tirón activa una alarma muy estridente. Con acciones como estas, los niños aprenden desde una edad muy temprana a colaborar con la gente que les rodea. Entienden que, para aprender a valerse por uno mismo, es necesario colaborar con otros.

Las escuelas públicas

Se calcula que hacia el final de la Era Tokugawa el 40 % de los niños y el 10 % de las niñas recibían una educación fuera de casa; ellas eran minoría porque se quedaban aprendiendo tareas del hogar y protocolo. Las que asistían a la escuela estudiaban sobre todo literatura y arte u otros temas menos intelectuales como la ceremonia del té o los arreglos florales. No obstante, con el fin del sogunato se dejó de utilizar el sistema de *terakoyas* y *hankos* —aunque algunos edificios han sobrevivido y se mantienen abiertos al público, por su interés histórico—.

Durante los primeros años del Periodo Meiji se requirió de asistencia occidental para desarrollar no solo los niveles educativos sino también los nuevos edificios que se usarían. Al principio se hizo un esfuerzo por construir escuelas de estilo occidental como símbolo de cambio para la nueva era, pero los costes se dispararon. Se tuvo que priorizar en hacer un mayor número de obras a un menor coste. Por ello, se mezcló diseño occidental y tradicional y

así, en cinco años, tuvieron listas alrededor de 25.000 escuelas primarias. Asimismo, siguiendo con la tendencia a homogeneizar métodos y procesos, en 1890 se emitió una directriz que estandarizaba el tamaño de las aulas, el número de estudiantes óptimo, el estilo y el espacio de las salas de conferencias, etc.

En esta misma época el Gobierno envió emisarios al extranjero para aprender lo máximo posible sobre todos los elementos de la cultura occidental, adaptarlos a la suya y así alcanzar el éxito lo más rápido posible. De esta manera, se estableció un Ministerio de Educación basado en el sistema occidental pero adaptado a los valores tradicionales japoneses e inculcando lealtad absoluta hacia el emperador.

Fue cuando la educación se hizo por primera vez pública y accesible para todo el mundo, lo que no respondía a un acto de igualdad, sino que se quiso establecer un sistema de educación elemental obligatorio con el que alcanzar el objetivo de «nación rica, ejército fuerte». Con él se pretendía que ningún hogar tuviera miembros analfabetos, aunque la familia debía asumir el coste económico. A pesar de que era obligatorio, la asistencia de niñas fue escasa, sobre todo durante los primeros años. Como ejemplo del pensar de la época, la madre de la famosa novelista Ichiyo Iguchi le solía decir «es pernicioso para una niña recibir demasiada educación».

Las *terakoya* eran instituciones educativas privadas que enseñaban escritura y lectura a los hijos de plebeyos japoneses durante el período Edo. Autor: Utagawa Hiroshige.

Además de las escuelas primarias, el sistema educativo incluía otros dos elementos principales: las escuelas secundarias y las universidades. La secundaria aún no era obligatoria y estaba destinada a aquellos que merecían capacitación adicional. De ahí, un grupo aún más pequeño de los candidatos calificados pasaban al sistema universitario, en donde se educaba a líderes occidentalizados y aptos para liderar la modernización del país.

Tras la Segunda Guerra Mundial hubo otra reestructuración en el sistema, pero se siguió manteniendo su idiosincrasia nacional y reforzando sus valores como nación. La educación seguía siendo una prioridad, desarrollando la moralidad y el hacer de toda una generación, cuyos resultados ayudaron a alcanzar el enorme crecimiento del país en aquellos años.

Un sistema educativo diferente

Respecto a los planes de estudios, cabe destacar algunas diferencias respecto al español. En primaria tienen una asignatura concreta para aprender tareas del hogar. En secundaria también estudian economía doméstica y educación moral, esto es, son materias que forman parte del currículo educativo. De hecho, los docentes perciben la educación moral tan importante como la intelectual o el desarrollo físico. Si echáramos un vistazo al interior de una escuela primaria de hoy en día, podríamos observar a un grupo de niños limpiando su propia clase —también los baños—, o repartiendo la comida a la hora del almuerzo. El menú, cuidadosamente seleccionado por nutricionistas, lo toman todos juntos en el mismo salón, lo que les permite relacionarse en otro espacio más informal.

En Occidente, la enseñanza moral suele estar implícita en otras asignaturas, no es objeto de estudio *per se*. En cualquier caso, a los niños japoneses se les hace responsables de este tipo de tareas que tienen que hacer o supervisar activamente, de forma que las aulas se convierten en un ejemplo de comunidad que profundiza en el concepto de empatía. Así, es normal que si dedican mucho tiempo cuando son pequeños al tema de la limpieza, de adultos sean cuidadosos con su entorno.

En cambio, en los primeros años de escuela no hay exámenes porque los conocimientos académicos no son lo más importante; más bien se focaliza en valores como el respeto, la paciencia, la generosidad, la disciplina, el control y el cuidado de la naturaleza. En definitiva, el plan de estudios está diseñado para contribuir a su desarrollo mental y a lo que se espera de ellos en la escuela, y por extensión en la sociedad. Aprenden rápidamente las reglas del aula, la interacción entre maestros y alumnos y, algo muy importante en este contexto, que el grupo es más importante que el individuo, que no debe sobresalir.

Los uniformes escolares fueron implantados en Japón a finales del siglo XIX, como parte del programa de modernización del país. Los chicos suelen llevar el *gakuran*, un uniforme oscuro estilo militar, y las chicas el *sailor fuku*, un uniforme estilo marinero. Autor: Jim Epler.

Durante estos años los jóvenes aprenden que el comportamiento apropiado incluye aprender a ser reservado, cooperativo y de apoyo al grupo. Una de las muchas herramientas que utilizan para recalcar este concepto de homogeneidad es el uso del uniforme, obligatorio a partir de secundaria.

Al fin y al cabo, el objetivo final del sistema japonés es capacitar a futuros empleados que encajen en una sociedad colectiva, dentro del puzle del mercado laboral. Por eso el Gobierno ofrece diversos subsidios, para que la formación sea viable para todo el mundo.

Hasta no hace mucho tiempo se daba la incongruencia de que las empresas japonesas requerían licenciados en cualquier materia, porque ellas mismas se encargaban de formar durante un periodo de tiempo —que podía ser de hasta seis meses— en las tareas específicas que esa persona iba a desempeñar durante el resto de su

vida, o hasta que se ganara una promoción por antigüedad en la empresa. Estas políticas están cambiando poco a poco en las empresas, aunque las universidades siguen inmutables. A pesar de todo, el 97,6 % de los egresados de 2019 han conseguido empleo.

Sin embargo, una de las mayores críticas en contraposición con la educación occidental es que en Japón no se educa en el pensamiento crítico, la creatividad ni tampoco se enseña a socializar. También se dice que en Japón no hay infancia, pues los niños adquieren responsabilidades desde bien temprano. No tienen tiempo de jugar porque además de la escuela van a clases de refuerzo y a clubes donde realizan actividades extraescolares, que son obligatorias para todos a partir de la secundaria. Se ven como pequeños adultos en miniatura, capaces de controlar sus emociones y con una elevada conciencia de futuro.

En cuanto crecen, a muchos jóvenes se les añade a sus complicadas agendas los trabajos a tiempo parcial —a partir de los 15 años ya pueden trabajar—. Así, la socialización se esfuma por completo. Cuenta un español que se fue unos meses a estudiar a Japón y un día quiso quedar con un compañero de clase con el que creía que se podía llevar bien. Era enero. Este le respondió que podrían tomar algo el 23 de marzo.

A todo este ajetreo en las agendas se le suma que hay demasiada contención. Recuerdo una escena en un parque en la que había una madre y un niño de unos 3 años intentando pisar su propia sombra. La escena me hizo reír, hasta que observé cómo el niño se daba un golpecito con un poste. Aunque no llegó a caerse se asustó y corrió con los brazos abiertos hacia su madre. Esta, en vez de auparlo y comérselo a besos, lo frenó en seco y ni siquiera dejó que el pequeño le abrazara la pierna. Me sorprendió el gesto porque sí vi en otras ocasiones a otros adultos mostrando afecto. Según entendí más tarde, es probable que esa madre quisiera corresponder al niño, pero quiso enseñarle a aguantar sus ganas de cariño, a no mostrar esa conducta y reponerse por sí mismo del golpe. Respecto a la gente que vi abrazándose o besándose, hubo quien me preguntó: ¿estás segura de que eran japoneses? Quizá fueran otros turistas asiáticos y tú no supiste diferenciarlos.

En esta cultura, los padres defienden que los niños entienden lo que les rodea desde que nacen, aunque no puedan hablar o

responder a lo que les dicen. Por eso, cuando nace un bebé, todo su entorno pone especial atención en trabajar sus emociones, especialmente los dos primeros años de vida.

Echemos de nuevo un vistazo al programa *My First Errand*, a un capítulo en que unos hermanos de 2 y 3 años que viven en una granja recorren varios kilómetros hasta llegar a una tienda. Deben cruzar una carretera ancha ellos solos. Hay gente del programa disfrazados de policías o campesinos que los van guiando por el camino, que para un adulto no es tan largo, aunque ellos tardan, no exagero, 5 horas en ir y volver. Se les hace de noche, algo que los de la tele no habían previsto y por tanto no van preparados con luces suficientes para grabarlos de manera adecuada. Para más inri, casi al final del capítulo comienza a llover. Los pequeños arrancan unas hojas de una planta grande para taparse la cabeza y mojarse menos. Empiezan a gimotear cuando por fin ven a lo lejos las luces de casa. Mientras, una voz en *off* cuenta que la madre está un poco angustiada. Ella les espera en la puerta y ellos, al verla, lloran cada vez más fuerte. Los berridos aumentan a cada paso, pero su madre no se mueve de la puerta. El narrador sigue explicando lo que pensaba la mujer en ese momento «puesto que sus hijos ya habían llegado tan lejos, era mejor no correr hasta ellos. Que fueran los niños los que se acercaran». Una vez la alcanzan, entonces sí les besa y abraza y ellos no tardan más de cinco segundos en dejar de llorar por completo.

Distintos valores

Entonces, ¿es mejor la educación japonesa? Respuesta corta: ni sí ni no.

Una buena educación es aquella que proporciona a nuestros hijos nuestros propios valores, es decir, aquellos que les sirvan para existir en armonía con la sociedad en la que viven. En Japón, los valores socialmente aceptados construyen una personalidad dependiente, se acepta que haya rasgos de pasividad y sumisión. La educación formal está muy ligada a la disciplina en el grupo, a

obedecer y a identificar los beneficios grupales, sin inflar el propio ego. Se forma a trabajadores. Por eso, los japoneses tienen una gran habilidad para cumplir las normas con constancia y obedecer sin dudar a lo que identifican como autoritario. Como los militares.

Hay un dicho japonés que dice «la uña que crece hacia arriba debe bajarse a martillazos». Como ejemplo, en el año 1990 el Tribunal Supremo de Fukuoka dictaminó que una escuela preparatoria despidió de forma legal a un maestro que enseñó un curso de una manera que violaba las pautas del plan de estudios.

Sin embargo, en Occidente se educa a adultos autosuficientes e individualistas. Son ideas contrapuestas a la forma de ser japonesa. Por un lado, se desea desarrollar el pensamiento crítico, esa capacidad para cuestionar, rebatir y analizar ideas tanto antiguas como nuevas. Por otro, la creatividad —entendida como la capacidad de usar los recursos existentes de forma diferente a la habitual—, choca con una sociedad tan procedimental.

Y todo esto se refleja en la forma de socializar. En España, se valora de manera positiva la capacidad para comunicarse con todo tipo de personas y en diferentes contextos. En Japón, los individuos no sienten la necesidad de buscar amistades más allá del grupo al que pertenecen, y que determina su familia, amigos y compañeros de por vida. De hecho, se observa cierto comportamiento endogámico en las empresas pues es difícil incorporar miembros ajenos a los grupos sociales que ya tienen establecidas las relaciones con las mismas. Es obvio que las universidades de todo el mundo sirven para proveer de empleados a las empresas, pero en Japón se llega al punto de que se sabe en qué compañías se trabajará según sea la universidad a la que se asista.

Así, de la misma manera que a mí me impacta una sociedad tan procedimental, a una persona japonesa le puede parecer que España tiene poco espíritu cívico o muchos problemas de cohesión ciudadana y de estabilidad social. Para ellos, el respeto a lo público y la disciplina social son imprescindibles para el funcionamiento de la sociedad, tanto o más que el espíritu crítico o la creatividad. Nosotros vemos sus limitaciones a nivel individual, ellos ven las nuestras a nivel colectivo.

¿Y si un niño se cría a caballo entre estos dos países? Entonces se creará una dualidad en él. Sabrá ser español en España y japonés

en Japón, aunque preferirá una forma de ser frente a la otra según su estilo propio. Es una de las características de los bilingües de lenguas muy diferentes (y separadas) entre sí. Se genera una doble personalidad, una doble visión del mundo. Como española, me impactó el siguiente testimonio de la rectora del colegio de japoneses en Barcelona: «Lo primero que le enseñamos a los niños japoneses que vienen al colegio es a mirar a los ojos».

El *ijime* y los *futoko*

Desde este lado —el mío—, una dependencia del grupo excesiva puede llegar a ser tóxica y generar indefensión, así como provocar un excesivo temor a ser abandonado e incluso a tener problemas de autoestima. Un divorcio o un despido en estas circunstancias significa excluir del grupo familiar o empresarial a esa persona, que pierde su identidad porque sin el grupo no es nada. Se la ningunea. Sin embargo y a pesar del trauma que esto puede provocar, la mente japonesa se prepara para este tipo de rechazos, se les enseña a reprimir las emociones.

De otra parte, la distancia al poder es enorme. Se acepta la desigualdad y el individuo suele ser moderado y poco ambicioso. Además, es común percibir que no se puede modificar el ambiente, bien porque en ningún momento se ha sido capacitado, bien porque nadie le haya dicho que lo pueda hacer. «Da igual lo que haga, que nada va a cambiar». Al final, el individuo es un instrumento para el grupo, y su autoestima suele ser baja porque su valía como persona es mínima, que se disfraza con etiquetas socialmente bien aceptadas como la modestia y la humildad.

Esto implica que hay poca flexibilidad mental y que el concepto de equilibrio emocional difiera. En general, en Japón se entiende como equilibrado a quien es capaz de aguantar el sufrimiento sin externalizarlo, para no perturbar el orden del grupo. Se les culpa por sentir las emociones, es más, se les tacha como personas débiles. Una persona española equilibrada no busca suprimir ese sufrimiento, sino *gestionarlo*. Es decir, escuchar su emoción y

cuestionar el pensamiento en función de ese determinado estado de ánimo.

Para llegar hasta esa homogeneidad japonesa, para vivir en armonía en una sociedad que rechaza al individuo que destaca, las normas son necesarias. A todos los niveles, incluido el educativo.

En 2018 se hizo una encuesta a 2000 personas de entre 15 y 59 años a las que se les preguntaba sobre las normas que se les impusieron durante la época de su educación secundaria y bachiller. Se sabe que esas reglas fueron muy represivas hasta los años ochenta, que después se suavizaron un poco, pero se han vuelto a endurecer hasta límites absurdos. Estas fueron algunas de las imposiciones que respondieron los encuestados: las faldas debían tener un largo fijo, les prohibían usar gomina en el pelo aunque debían mantener siempre la misma longitud, estaba prohibido depilarse las cejas, nada de usar crema solar o bálsamo labial, tampoco podían heredar el uniforme o la mochila, ni realizar compras de regreso a casa, tampoco podían dejar comida en el plato del almuerzo porque les castigaban sin recreo.

Otro rasgo típico de la educación japonesa es que, cuando un alumno incumple el reglamento, la responsabilidad se extiende a toda la clase. Esto hace que se genere cierta obsesión por el cumplimiento a rajatabla de las normas y se vigilen los unos a los otros, porque ya en estas edades se establecen unas relaciones de poder bastante fuertes. De esta forma, la autoridad *senpai-kohai* se llega a convertir en abuso. Y lo que es peor, se han dado casos de tutores que han descubierto situaciones de acoso pero se lo han tomado como algo personal; se callan el problema por miedo a que en el claustro se les culpe de falta de disciplina con sus alumnos.

Pero este *ijime* —acoso escolar— no es exclusivo entre los alumnos, también sucede en los profesores —o incluso en la administración de la propia escuela— hacia abajo. En muchas de las denominadas «escuelas negras» —así es como se define a las más extremas, un concepto que se podría relacionar con el de las «empresas negras», aquellas que explotan a sus trabajadores—, a las niñas se las obliga a llevar un color determinado de ropa interior. Es posible que sean profesores de sexo masculino los que se encarguen de supervisar esto, dando lugar a verdaderos casos de acoso sexual que se pretenden justificar por la necesidad de guiar a los alumnos.

No hay una distinción clara entre educación y acoso moral porque, además, se acepta el castigo físico si viene de una figura con autoridad. Por cosas como esta, pudiera parecer que la mente japonesa se acaba habituando al maltrato. Esto es el *gaman*, es decir, «soportar lo aparentemente insoportable con paciencia y dignidad».

Sugimori Shinkichi, profesor de la Facultad de Educación de la Universidad de Tokyo Gakugei, sostiene: «Se tiende a pensar que si uno es acosado es por culpa propia, de modo que es mejor ser acosador que acosado. Predomina la lógica de que el acoso es algo necesario para la saludable socialización de los niños».

Shinkichi indica que en las sociedades con tendencia individualista el código de conducta es la autodefensa y se culpabiliza al agresor como el malo de la película:

> En lo que respecta a la vida personal de los japoneses, como no queremos que los demás piensen mal de nosotros, tenemos un vehemente deseo de mejorarnos a nosotros mismos y tratamos de encontrar y corregir nuestras deficiencias para no ser criticados. En el caso de que nos critiquen, tendemos a pensar que lo han hecho porque nuestra conducta ha sido mala y fácilmente caemos en el autocastigo.

En este país la autodefensa es colectiva, es decir, se establecen relaciones de compañerismo donde los individuos se deberían de proteger entre sí. Tiene cierta lógica, la densidad de población es tan alta que, si no te llevas bien y cooperas con los demás, no sobrevives. Por eso, el mayor acto de abuso en las aulas es el ostracismo. La exclusión del grupo implica un daño bastante grave en el niño japonés que lo sufre. Además, se da la circunstancia de que el resto de compañeros no suelen denunciar el abuso que ven por una cuestión de *honne* y *tatemae,* recordemos, lo que se piensa y lo que debe ser dicho, a lo que se suma el *sontaku* —la obediencia a los deseos implícitos de un superior—. Esto quiere decir que si estos intuyen que el profesor no está dispuesto a denunciar la situación de acoso, ellos le acompañarán en su silencio.

Muchas de estas conductas serían vejatorias en España por su violencia y su falta de respeto al individuo. Por suerte, no todos los japoneses están de acuerdo con estas reglas tan estrictas y excéntricas, y existen asociaciones que luchan para erradicarlas.

Tampoco es cierto que la gente se cruce de brazos ante injusticias tan graves. Como ejemplo, el caso del instituto de Osaka en el que estaba prohibido pintarse o desteñirse el pelo. Al matricular a su hija y para que no pusieran pegas en su admisión, una madre avisó que esta tenía el pelo castaño claro de forma natural. La admitieron, pero le requirieron en diversas ocasiones que se tiñera el cabello de negro, por la cantinela de que no podía destacar entre el resto. La familia aceptó la decisión, pero a la chica el tinte se le iba retirando con el tiempo, lo que hacía que el color no fuera homogéneo y mostrara parte de su cabello claro. Llegaron a prohibirle asistir a viajes escolares y otras actividades escolares por este motivo. La familia acabó interponiendo una demanda a la administración de su prefectura por daños y perjuicios, por considerar dicho caso un abuso por parte del centro.

Estos excesos reglamentarios también oprimen a los docentes. Sunaga Yūji, uno de los impulsores del proyecto «Erradiquemos los reglamentos escolares abusivos» recoge testimonios de profesores angustiados por la situación:

1. Tengo que decirles a los alumnos que respeten el reglamento pese a que ni yo mismo sé en qué se basa y soy incapaz de explicar su necesidad.
2. Hay profesores que son apartados de sus funciones por ponerse del lado de los alumnos.
3. Aunque nosotros veamos que hay contradicciones, al final siempre se imponen las opiniones del director, del responsable de hacer cumplir los reglamentos y de los otros cargos que tienen voz en las reuniones del consejo escolar.

El aislamiento social

Una de las primeras consecuencias de este acoso es el abandono escolar, pues llega un punto en que los acosados se niegan a asistir a las clases. Para esto también existe una palabra, *futoko,* con la que se define a aquellos niños y jóvenes que no van a la escuela durante un periodo de más de 30 días seguidos —por causas ajenas

a la economía familiar o a una enfermedad—.

Este tipo de absentismo es un verdadero problema en este país. En el año 2018 se registraron de manera oficial más de 160.000 casos de *futoko*, aunque la cifra va en aumento año tras año. En otra encuesta más reciente, se ha preguntado directamente a los niños por Internet en vez de pasar los cuestionarios a través de los claustros de los colegios. El concepto *futoko* se ha ampliado también a los que asisten, pero se saltan algunas clases, y a los que van pero están desmotivados por completo. Como resultado en el cambio de metodología, se estima que existen un millón de casos de *futoko*, el triple de lo que creía el Ministerio de Educación japonés.

Entre las causas más visibles de este absentismo está el acoso y el fracaso escolar, pero no son las únicas. Muchos de esos niños no se niegan a asistir de forma consciente al colegio, sin embargo, somatizan la aversión con malestar físico, fatiga o incapacidad de levantarse por la mañana. El trasfondo es psicológico. Según el psiquiatra Izumiya Kanji, estos casos suceden por un pensamiento contenido, una represión. Por ejemplo: «No está bien que piense que no quiero ir a la escuela». Es decir, el niño se culpa de sus propios pensamientos. Es un sentido de la obligación un tanto excesivo, consecuencia de una infancia en la que se obligó al menor a obedecer pasivamente las órdenes de los padres y la escuela, sin opción a rebelarse ante lo que no quería hacer.

También se dan casos de *futoko* entre jóvenes más maduros y reflexivos que la media y que tienen problemas existenciales. No encuentran el sentido a lo que hacen o estudian, pero tampoco lo expresan. Se limitan a interpretar el papel que la sociedad les exige y ocultan su insatisfacción.

La buena noticia es que existen alternativas para tratar todas estas situaciones. De hecho, el profesor Ryo Uchida, experto en educación de la Universidad de Nagoya, considera que el no desarrollar la diversidad de los estudiantes es una violación de sus derechos humanos. Gracias a los esfuerzos de gente como él, algunos de esos *futoko* consiguen escapar de la rueda. No obstante, es necesario que los padres estén dispuestos a asumir grandes cambios en la familia, pues acaba afectando a todos. Entre esas opciones: pueden llevar al niño a terapia y esperar a que mejoren las cosas por sí mismas, también está la opción de educarlo en el

hogar o mandarlo a una «escuela libre». Este último caso es el más innovador, y se refiere a esos colegios alternativos que operan sobre los principios de libertad e individualismo, en donde el ambiente es muy informal y no hace falta llevar uniforme. Allí, la noción de grupo no importa tanto y se valoran más los pensamientos y sentimientos de cada estudiante; se busca desarrollar los intereses de los jóvenes como individuos. Pero estas escuelas no son oficiales y tampoco abundan. En 2017 se contabilizaron poco más de 20.000 alumnos que iban a este tipo de escuelas, aunque esta cifra sigue en aumento.

Muy poco a poco se están haciendo pequeños cambios en la administración. Uchida afirma que el Ministerio de Educación ahora acepta a los *futoko* no como una anomalía, sino como una tendencia. Lo que quiere decir que desde el Gobierno se reconoce que el problema no es de los niños, sino del sistema educativo, que no proporciona un ambiente inclusivo. No obstante, los pasos que el Gobierno está dando a este respecto parecen escasos. Si la aversión o la apatía a la escuela no se trata a tiempo en el niño, podría derivar más tarde en casos de *hikikomori*, que así es como se llama a los individuos que se excluyen por completo de la sociedad y se encierran en sus habitaciones.

El niño deja de ir a la escuela, se culpa por ello y sus padres le responsabilizan de sus actos, lo que hace que la presión que siente sea cada vez mayor. No solo no va al colegio, sino que deja de salir a la calle porque tiene miedo, y entonces ya no puede escapar de su cuarto, que se lo traga por mucho tiempo.

Este es un problema social bastante importante. El psiquiatra Saito Tamaki estima que rondará el millón de personas aisladas en sus cuartos, lo que implica un 1,2 % de prevalencia sobre la población. Tamaki lo define como el estilo japonés de exclusión social —si se compara con los sin techo, se estima que en Japón hay menos de 10.000 personas sin hogar—.

Sin embargo, no todos los *hikikomori* empiezan como *futoko* sino que las causas del aislamiento pueden ser, en principio, leves: unas malas notas o una pareja que le rompe el corazón. Se aíslan durante un tiempo del exterior y de ellos se piensa que son vagos, pero puede ser el *sekentei* —una especie de obligación con tu familia y tu entorno, en la que la reputación, el honor y el orgullo

tienen una altísima relevancia—, lo que les impulse a continuar encerrados. No existen síntomas previos de ningún trastorno psiquiátrico, aunque se retiran por completo de la sociedad durante al menos seis meses y evitan cualquier compromiso social como la educación, el empleo y las amistades. Uchida especula con motivos como la globalización, los cambios en la economía o la importación del individualismo como detonantes de esta condición, aunque no se sabe a ciencia cierta las causas que lo originan. Sin duda, cuanto más tiempo pasan aislados —pueden pasar años, incluso décadas, sin pisar la calle—, más vergüenza sienten de su estado y más conscientes son de su fracaso social.

Porque los progenitores, que también tienen su propio sistema de creencias y su conciencia de estatus social, lo mantienen en secreto y pueden pasar muchos meses antes de buscar ayuda profesional. El *hikikomori* incluso puede ser visto como un parásito social que trae la vergüenza a la familia. Y en cierto modo es comprensible que sientan rabia hacia la actitud de su hijo, más aún si no conocen las causas del aislamiento, pero el enorme riesgo de reaccionar con ira ante esta situación es que la comunicación se rompa entre ambas partes. Por eso, recurren a sistemas surrealistas —ahora que ya sabes que los japoneses lo alquilan todo—. Hubo un tiempo en que existió una empresa en Nagoya que ofrecía el servicio de irrumpir en las habitaciones de estos jóvenes aislados, darles una reprimenda y forzarlos a salir del dormitorio.

Dudo de la eficacia de este servicio. A pesar de ello, los *hikikomori* —en su mayoría, varones de entre 18 y 35 años— pueden llegar a abandonar toda relación y dejar de hablar con sus padres. En estos casos duermen de día y viven de noche, pegados al ordenador o a la televisión, para no cruzarse con ellos. Algunos se vuelven agresivos y otros paranoicos o depresivos; sienten rabia hacia la sociedad y tristeza de su condición. Hay quien cree que son peligrosos porque se pueden convertir en criminales, aunque Saito indica que, por estadística, esto no es cierto. Al menos, la familia siente el deber moral de darles cobijo y alimento y es bastante improbable que les echen de casa, gracias a otro factor social, el *amae* —esa dependencia excesiva, característica de las familias japonesas—.

El psiquiatra Saito Kazuhiko indica que las intervenciones

repentinas de profesionales —de la salud, no de las reprimendas— tampoco resultan beneficiosas. Kazuhiko lo compara con el alcoholismo, pues de igual manera se necesita de una red de apoyo. Considera más práctico primero tratar y formar a los padres en la condición de su hijo, para que ellos, poco a poco, introduzcan ciertos recursos en la vida de su hijo y este permita en última instancia la visita del profesional en su habitación, e incluso consienta salir a la clínica. En cualquier caso, se trata de rearmar las relaciones sociales del *hikikomori*.

Existen otros recursos, como las hermanas de alquiler. Son mujeres sin formación médica formal a las que se les paga para que pasen un determinado tiempo con los *hikikomori* —normalmente unas horas—. Su misión es hacer que estos se vayan sintiendo bien poco a poco, y lograr que se reintegren en la sociedad. No siempre lo consiguen, y cuando lo estiman oportuno, llaman a un médico. Ayako, una mujer que viene desempeñando esta función desde hace una década, indica que puede tardar entre seis meses y dos años en conseguir la confianza del *hikikomori*. Siente que lo que le hace acercarse a ellos es comportarse como es ella misma, siendo auténtica. El caso del último chico con el que trabajó comenzó con acoso escolar homofóbico, con la excusa de que tenía la voz demasiado aguda y era amigo de todas las chicas de la clase. Según las palabras textuales de este chico «lo que la gente no entiende es que nuestra sociedad es muy dura con los débiles».

A pesar de que se trata de un síndrome ligado a la cultura nipona, los últimos estudios han reportado numerosos casos a nivel internacional —Italia, Estados Unidos, Corea y, oh, sorpresa, España—. De hecho, en 2014, los médicos del Instituto de Neuropsiquiatría y Adicciones del Hospital del Mar en Barcelona elaboraron el primer estudio europeo sobre este síndrome, detectando 164 casos solo en España. De hecho, se sugiere una correlación del trastorno con la riqueza de los países, donde la prevalencia de estos casos está incrementándose en países desarrollados o de altos ingresos y, además, todos localizados en áreas urbanas.

Los suicidios

Desgraciadamente, algunos casos de *futoko* no acaban bien, pues muchos ponen fin a esta condición a través del suicidio, en japonés, *seppuku*. Las cifras, pormenorizadas, dan escalofríos. En 2018 hubo 332 suicidios de jóvenes estudiantes, el índice más alto en tres décadas y que implica una tasa de suicidio de 2,5 por cada 100.000 habitantes. Vuelvo a estremecerme por el nivel de concreción que tiene este país midiendo sus cosas: en total fueron 5 alumnos de primaria, 100 estudiantes de secundaria y 227 de instituto. Del total, el 58 % fueron varones y el 42 % han dejado constancia de sus motivos. ¿Los mayoritarios? Por orden: un entorno familiar conflictivo, la represión de la madre o el padre, la desazón ante el futuro escolar o laboral, una enfermedad mental, problemas con el sexo opuesto o una visión pesimista del mundo. «Solo» un 2,7 % fue debido al acoso escolar.

No obstante, el entorno escolar influye no solo por el *ijime* sino por la feroz competitividad que existe, es una presión constante sobre el deber de excelencia. Son tan competitivos y con una moral de trabajo y estudios tan férrea que esto puede acarrear graves problemas. Así, ese sentimiento de culpabilidad tan agudizado que tienen los japoneses puede llevar al autocastigo.

Cada año hay jóvenes que se suicidan porque fallaron alguna materia y ahora son una deshonra para sus padres. Shikoh Ishii fue uno de esos niños que llegó a escribir una nota de despedida porque no superó el examen de ingreso para entrar en una escuela secundaria de cierto prestigio. Sus padres encontraron el mensaje a tiempo y pudieron tomar medidas, aunque de eso hace ya más de veinte años y ahora Ishii es el editor del periódico de los jóvenes que se niegan a asistir a la escuela el 1 de septiembre. Según datos del Gobierno japonés ese día es, históricamente, el día en que el mayor número de jóvenes de menos de 18 años se quita la vida, porque ese día es el inicio del segundo semestre. En Kamakura, a un bibliotecario se le ocurrió escribir el siguiente tuit a finales de agosto:

> El segundo semestre está a punto de empezar. Si estás pensando en suicidarte porque odias tanto la escuela, ¿por qué no vienes a vernos? Tenemos historietas y novelas ligeras. Nadie te dirá nada si pasas todo el día aquí. Piensa en nosotros como un refugio si estás pensando en elegir la muerte antes que regresar a la escuela en septiembre.

La controversia fue grande pero el tuit se hizo viral y se optó por no borrarlo, por si acaso ayudaba a alguien de verdad.

Grabado en madera de un guerrero a punto de realizar *seppuku*.

Autor: Kunikazu Utagawa.

Sin duda alguna, el suicidio en Japón es un estigma porque sucede de forma recurrente en determinados ámbitos. ¿Recuerdas a los *burakumin*, los descendientes de los parias? Existen casos de personas que se enteran de su condición de manera casual, entran en un fuerte *shock* emocional y acaban quitándose la vida.

De hecho, cuando a algo se le pone nombre es que ocurre con demasiada frecuencia y se debe señalar. Es el caso del *karōshi*, que significa muerte por exceso de trabajo. Las largas jornadas laborales suponen tal carga física y mental que muchos trabajadores mueren de forma súbita o se suicidan.

Lo insólito es que si la persona se quita la vida en su casa, el edificio queda señalado y luego será muy difícil volver a alquilarlo o venderlo. Quizá por una última voluntad de no querer molestar más tras su desaparición, no son pocos los que se dirigen a Aokigahara. Es el conocido como Bosque de los Suicidios y está situado en un parque natural a los pies del monte Fuji. Es el segundo lugar —tras el puente de San Francisco conocido como Golden Gate— en el que se cometen más suicidios en todo el mundo. Quien quiera que se interne entre los árboles se encontrará con diversos carteles que intentan persuadir del final más trágico. También se dice que las cintas de colores que están atadas en algunos troncos sirven para marcar el camino de vuelta; para que si alguien se arrepiente no se pierda en el regreso.

Aunque no siempre el sufrimiento es lo que lleva a cometer suicidio, sino que puede ser una respuesta moralmente aceptable ante situaciones deshonrosas. Como la de la siguiente historia: la japonesa Kaneko Fumiko y el coreano Pak Yeol, ambos anarquistas, fueron detenidos en el año 1923 por conspirar para asesinar al emperador. La conspiración no era tal, Kaneko declaró «la razón por la que niego la necesidad del sistema imperial nace de mi creencia en que todos los seres humanos somos iguales». De todos modos fueron condenados a muerte aunque, en el último minuto, el emperador le concedió la gracia de no morir, sino de ir a la cárcel de manera perpetua. Ella no quiso aceptarlo, rasgó el certificado y poco después se ahorcó.

Esa actitud tolerante ante el suicidio nos choca por ser contraria a la de las sociedades cristianas, donde quitarse la vida se considera pecado. Por contra el harakiri —suicidio por desentrañamiento— era una muerte honorable para los samuráis. Formaba parte del *bushidō*, el código ético de estos guerreros, y se realizaba de forma voluntaria para morir con honor en lugar de caer en manos del enemigo y ser torturado. También es cierto que a otros se les obligaba a hacerlo si habían cometido una gran ofensa. De todos modos, no quitarse la vida sería una deshonra tanto para el samurái como para su familia, que podría verse despojada de su patrimonio y de su casta. También estaban los *kamikazes*, una palabra que tiene su origen en los pilotos japoneses que estrellaban sus aviones cargados con bombas contra embarcaciones de los aliados en la Segunda Guerra Mundial y de los que incluso se han escrito relatos para niños. En cualquier caso, en la sociedad japonesa suicidarse se ve como una manera de asumir una responsabilidad.

Así trabajan

Uno de los días que caminé por Shibuya vi a una banda de músicos tocando en la calle de manera improvisada, aunque bastante bien equipados, con batería y un pequeño equipo de sonido incluido. Hacían buena música por lo que se les congregó mucha gente alrededor. Me paré a escucharles aunque me dio pena observar que a lo lejos se acercaba una pareja de policías. A pesar de que no venían a hacer amigos, la actitud que mantuvieron durante todo el proceso me pareció inmejorable. Lo primero, se quedaron retirados del círculo que se formó. Lo segundo, se esperaron a que terminaran la canción que estaba sonando en ese momento. Y lo más admirable, también esperaron a que la gente hiciera cola para pagar por la actuación que acaban de ver.

Una vez se fueron todas las personas que se habían amontonado, los policías se acercaron con cara de póquer al cantante y este, supongo, se intentó excusar. Yo aún me quedé un rato remoloneando y presencié cómo desmantelaron el chiringuito, no me hizo falta saber japonés para entender que los habían multado.

Mi conclusión fue que aquella pareja de policías hizo su trabajo sin entorpecer el de la banda y a pesar de que lo estaban haciendo sin licencia.

La virtud del trabajo

¿Cómo puede un país destrozado por la Segunda Guerra Mundial posicionarse como la segunda economía del mundo en apenas dos décadas? Hay varios puntos clave, aunque yo me centraré en lo que

respecta a su organización y gestión de los recursos humanos.

Japón resurgió de entre las cenizas gracias a la fuerza de su colectivismo y a una moral de trabajo férrea. Se tuvo claro hacia dónde enfocar los esfuerzos: había que centrarse en la producción en masa y en la innovación. Así, tras la posguerra, comenzó una carrera de fondo que finalizó cuando alcanzó la meta, ese segundo puesto como potencia mundial y que mantuvo durante 43 años, desde 1968 hasta 2011.

Aunque los valores sobre el trabajo hace un tiempo que se están redefiniendo en Japón, merece la pena analizar su ética laboral tradicional, la que le ha llevado a ser una potencia mundial en ese contexto. Lo primero es entender que en este país el trabajo se considera una virtud. No es una obligación, sino un beneficio para el hombre y, como tal, debe ser un valor central. ¿Cómo sería la vida de un japonés en plena expansión económica? El siguiente es un caso ficticio, aunque totalmente basado en la ética laboral de la época.

Yokohama, 1975. Tsukuru está en su último año de carrera, por lo que comienza a buscar trabajo en la que va a ser su futura empresa. ¿Cómo es ese recorrido? Empieza con el *shukatsu,* una búsqueda de empleo muy estructurada que se inicia un año antes de graduarse y que sirve para garantizar un puesto de trabajo al terminar la carrera. Tiene unas pautas muy marcadas porque todos los organismos contratantes llevan a cabo el proceso de selección de manera simultánea, en unas fechas previamente definidas. Si en este periodo el joven no logra cerrar un acuerdo informal con alguna empresa, tendrá que quedarse otro año más en la universidad y volver a postularse en el siguiente *shukatsu*. La realidad es que este largo procedimiento implica que las empresas admiten a nuevos empleados solo una vez al año. Durante el proceso de selección, los reclutadores conformarán unas carpetas de cada postulante con los siguientes documentos: el currículo personal, algunas fotografías así como cartas de recomendación, un informe familiar oficial y un informe médico. Además, Tsukuru deberá pasar un examen de admisión y, si lo supera, una entrevista personal muy estricta en la que también se le hacen preguntas personales relacionadas con su orientación política, antecedentes familiares, estado financiero, etc. Se cuidará mucho de decir solo la verdad, pues las grandes

compañías envían detectives privados para confirmar toda esa información.

Él quiere entrar en Sony y espera que así sea también gracias a su extensa red de contactos, que le da seguridad y estatus. Consigue el empleo que desea y sabe que será de por vida. A partir de ahora, cuando se presente, lo hará como Tsukuru, trabajador de Sony —en Japón es más usual nombrar la empresa en la que se trabaja que el puesto que se desempeña—.

Ya ha logrado parte de su objetivo vital. Ya no importa su título de ingeniería, ni tampoco el contrato —donde, por cierto, no se especifican ni el puesto ni las horas de trabajo—. Ahora que ya pertenece a Sony se casa con Midori y será ella —como hacen todas las japonesas— quien administre el dinero que entra en la casa. Del sueldo que él lleve, ella le dará a él una asignación porque Tsukuru no puede disponer de la cantidad que se le antoje. Así, Midori sabrá en qué partidas del hogar puede ahorrar porque lo anotará todo en su *kakeibo*, «libro de cuentas para la economía doméstica»: un documento que se hizo muy famoso en la mayoría de los hogares tras la posguerra y que aún se mantiene. Gracias a esta costumbre, se sabe con certeza acerca de la forma de consumir de los japoneses de entonces, de la evolución en la dieta y de cómo han ido evolucionando pensamientos y observaciones a este respecto, pues en el *kakeibo* también se escribe todo lo que ayude a crear conciencia sobre el ahorro y el propio consumo.

Tsukuru no será un empleado eficiente durante al menos seis meses. Poco importa, la empresa hace esta inversión en él a cambio de su lealtad. Sony le da un buen salario y un empleo de por vida, él pondrá todo su esfuerzo y dedicación para contribuir a que el engranaje funcione. Porque se premia a quien no se rinde, a quien esté dispuesto a grandes dosis de sacrificio. Es un pacto común entre la empresa y el trabajador, entre Sony y Tsukuru, su esfuerzo y dedicación se valoran más que su talento y capacidad. Porque en este Japón la meritocracia no existe.

Él le pide estabilidad, la empresa compromiso. El trabajador se consagra a su nuevo grupo en su vida, del que se espera que ya nunca salga y que va a ser tan importante o más que su propia familia. Porque eso es la empresa, un ente que asume en cierta medida el papel tradicional del *ie*. Sin embargo, el jefe de Tsukuru

no es un jefe tiránico, más bien se mueve en un ambiente de consenso. Además, la diferencia de salarios no es mucha entre él y su superior, o entre este y el siguiente escalón —el dinero no es ninguna envidia—.

Un día vino un grupo de *gaijin* —extranjeros— a la oficina. Eran occidentales, dos hombres y una mujer. Tsukuru no supo cómo dirigirse a ella, nunca había tratado con una mujer de ese rango en la empresa. Lo que sí sabía era dónde debían sentarse exactamente cada uno de los presentes en la sala y en qué momento. Recuerda ese día con especial interés porque aquellos forasteros solicitaron disculpas por adelantado ante cualquier comentario que pudiera parecer arrogante. Lo hubo, ¡insistieron con ahínco en sus propias opiniones! El *tatemae* de Tsukuru, una cara sonriente y un sí en sus labios. Su *honne* «vaya egoístas y atrevidos».

Pasaron los años y su motivación principal fue tener una vida estable sin tener que competir demasiado en su puesto. Al fin y al cabo, las decisiones que ha ido tomando se han basado en su poder e influencia y no tanto por conocimientos o competencias. En general, está contento con todo su desempeño pues el éxito de su carrera laboral lo basa en el camino que ha trazado de esfuerzo y dedicación a la compañía. Se ha sentido un miembro de pleno derecho de su empresa, incluso ha adquirido algunas acciones de la misma. Además, sabe que nunca lo van a despedir porque no está bien visto, si acaso, lo moverían a otro puesto u otra filial. Desde luego, si la empresa pasase por estrecheces económicas —que no va a ser el caso porque Sony es un mastodonte de los negocios—, tiene claro que los recortes no se harían en recursos humanos. Eso sí, trabajará jornadas muy largas, no formará parte activa de la educación de su hijo —a quien verá bastante poco—, saldrá a beber con sus compañeros, compartirá partidos de golf con el jefe e irá a excursiones con los de su departamento. Como guinda del pastel en su participación en la empresa conseguirá, como tantos otros directivos, una última promoción antes de que se retire del mercado laboral, para que le favorezca a la hora de la jubilación.

Estaría bien poder explicar al nieto de Tsukuru que él no gozará de las ventajas que ha tenido su abuelo. Que el *shukatsu* lo han eliminado en 2020 y que a partir de ahora los estudiantes tendrán que ser más proactivos en la búsqueda de empleo. Que las renuncias

se harán más frecuentes y que la costumbre de promocionar al final de la vida laboral también cesará, para ahorrar costes y para evitar que los directivos sean siempre los de mayor edad —la media de los presidentes de las empresas japonesas es de 60 años—. Que los sueldos dejarán de basarse en la antigüedad y se convertirán en sistemas retributivos basados en el rendimiento.

En realidad, es que no hay nieto. El hijo de Tsukuru no se ha casado y sospecha que a sus 30 años aún es virgen. Pero este tema ya es de otro capítulo.

Muchos japoneses continúan trabajando en empleos menores incluso después de jubilados. Se dice que lo hacen para seguir sintiéndose útiles en la sociedad, también porque deben complementar sus bajas pensiones por jubilación. Autora: Beatriz Lizana.

Los japoneses trabajan mucho

Según la OECD, en 1970 los japoneses trabajaban una media anual de 2243 horas al año, lo que lo convertía en el país que más trabajaba del mundo (de entre todos los que se tenían datos). De esto a los occidentales aún nos queda el recuerdo con el que montarnos el prejuicio, pero el tiempo pasa y las costumbres también, así que debemos actualizar este estereotipo. En 2018 la cantidad se había reducido a 1680 horas de trabajo, menos que la media española, que se sitúa en 1701.

No obstante, en estos cálculos no se tienen en cuenta las horas extraordinarias. Por ejemplo, en 2016 cerca del 30 % de los varones y el 10 % de las mujeres con empleos a tiempo completo trabajaban más de 11 horas diarias —sin contar desplazamientos al trabajo ni los descansos entre horas—. Se tuvo que modificar la Ley de Estándares Laborales para limitar a un máximo de 720 horas extras al año. Haciendo cuentas, corresponden a tres horas al día, esas que muchos ya las estaban trabajando, pero ahora sí, delimitadas por ley. Sumando las ocho de la jornada oficial, ya son once. Añado las del desplazamiento, que de media la ida y vuelta está en una hora y veinte al día.

Más de doce horas al día consagradas al trabajo según los datos. Se dejan la vida en la empresa, algunos de forma literal con el *karoshi*, la muerte por exceso de trabajo ya comentada en otro epígrafe. Tanta carga física y mental les produce tal fatiga que les puede llevar a un derrame cerebral, un ataque al corazón o el suicidio. Lamentablemente son casos extremos, aunque no esporádicos. En 2016 hubo 1456 decesos por *karoshi*, aunque el Consejo Nacional en Defensa de las Víctimas de Karoshi estima que las víctimas anuales alcanzan las 10.000, una cifra similar a los muertos por accidente de tráfico.

Y si esto es así, ¿cómo es posible que Japón tenga la productividad más baja de las economías del G-7? Fácil, porque estar en el trabajo no implica estar trabajando. Incluso no es extraño echar una cabezadita en la mesa de la oficina, significaría que el empleado trabaja tan duro que necesita un pequeño descanso: es la siesta japonesa o *inemuri,* a la que se tiene una amplia tolerancia. Si trabajan tanto y por la noche duermen tan poco, en cierto modo es normal que se queden fritos en el transporte público e incluso las clases y en el trabajo. No obstante,

el *inemuri* no revela una tendencia a la pereza, sino que es una muestra sutil de mostrar su sacrificio.

Por otro lado, no está bien visto irse de la oficina antes que el jefe, así que es probable que a última hora del día mareen la perdiz. Este, a su vez, no se va pronto porque quiere demostrar dedicación y compromiso a la compañía. En definitiva, muchas de esas horas extra son improductivas. A pesar de ello, las empresas que siguen el modelo tradicional prefieren empleados que destaquen por los valores del sacrificio y el esfuerzo, antes que por ser productivos.

De todos modos, la productividad en este país se mide de forma diferente a la occidental. Nosotros estamos acostumbrados a medir los resultados por horas trabajadas, ellos lo hacen en base al periodo mensual o incluso anual. Así, mientras nuestros empleados más eficientes son los que despachan su trabajo con calidad en poco tiempo, los japoneses más productivos son los que hacen una gran cantidad de trabajo a base de horas extras y, en definitiva, de resistencia física.

¿Conciliación laboral?

La necesidad de mano de obra de los sesenta hizo que las mujeres entraran en el mercado laboral, aunque desde el punto de vista del modelo laboral antiguo a los empleados con cargas familiares se les considera «empleados con inconvenientes». La mayoría eran mujeres cuyo rendimiento se ponía en duda por la circunstancia de tener que cuidar de niños o ancianos. Volvemos al sentimiento de culpa; si algo falla en la ecuación trabajo-familia, el problema era de ellas. Según esta antigua manera de pensar, si se retiraban del trabajo, además de centrarse en el cuidado de sus hijos, no interferirían en el desarrollo de la empresa.

En 2017 hubo empresas que quisieron probar el modelo de trabajar cuatro días a la semana y descansar tres. Si bien es una medida que en principio pareciese encajar en la conciliación con la vida familiar, las condiciones de trabajo difieren. En vez de trabajar las ocho horas establecidas en cinco días más sus respectivas horas

extra, trabajarían diez horas durante cuatro jornadas, y verían reducidas en una gran medida las horas extras que pudieran hacer con una semana normal de trabajo. Muchas de estas empresas lo que buscan es que los empleados pasen más tiempo fuera de la oficina haciendo otras cosas para potenciar una mayor creatividad en el trabajo.

Sin embargo, permiten el pluriempleo a sus trabajadores. Los empleados que se acogen al sistema de cuatro días trabajados, tres descansados, cobran un salario menor. Entonces, muchos de ellos buscan empleo esporádico en otros lugares, como en las tiendas de conveniencia, para compensar la merma. A mi parecer, no tiene mucho sentido que de una parte ofrezcan ese descanso extra si por otra hay que esforzarse en buscar otros trabajos que permitan mantener un mismo nivel de salario.

Respecto a otras medidas, el teletrabajo es un recurso que no está tan extendido pero que tímidamente se está implantando en empresas que desarrollan un trabajo *online*. Es el caso de Takagi, una empleada del portal japonés Nippon.com a quien le permiten trabajar dos días a la semana desde casa. Sorprende leer la interpretación de lo que ellos consideran que significa desempeñar tu trabajo desde casa:

> Por la mañana, lo primero es comprobar que el niño lo tiene todo a punto para ir a la escuela. Se despide de él a las 7:30, momento a partir del cual empieza su trabajo. A mediodía se toma un descanso de una hora y media aproximadamente, descanso que tampoco es tal, pues debe hacer sin falta los preparativos para la cena. Vuelve después a sus tareas profesionales, que solo interrumpe durante unos 30 minutos a eso de las 4.00 de la tarde, cuando el pequeño regresa de la escuela. Continúa con su labor hasta que dan las 19:00. Esos dos días, todo el tiempo que destinaría a la ida y a la vuelta de la oficina, en caso de tener que acudir a ella, lo aprovecha para trabajar sin desperdiciar un minuto. Aunque, más que el tiempo, es el desgaste físico que producen estos desplazamientos lo que se ahorra. Y el tiempo que media hasta el momento de la cena, que comparte con su hijo, puede dedicarlo íntegramente a su trabajo.

Con todos estos datos sobre la mesa, no es extraño leer en una encuesta del portal de empleo Indeed de 2016 que Japón es el país con más infelicidad laboral del mundo. En fin, la prosperidad no siempre se correlaciona con la satisfacción personal.

Vámonos de vacaciones

Por todo esto no es raro que Japón sea de los países con menos vacaciones pagadas del mundo. A diferencia del sistema español, en donde disponemos de veintidós días por año trabajado, allí dependen directamente de la permanencia en una misma empresa. En los primeros seis meses ya disponen de diez días, a los que se les irá sumando un día adicional por cada año de antigüedad, con un máximo de veinte jornadas.

No obstante, la media nacional se sitúa en 18,5 días. Pero que dispongan de todo ese tiempo no significa que efectivamente lo disfruten, pues apenas se piden la mitad de lo que les corresponde. De hecho, 2 de cada 10 no se toman ni siquiera un día libre al año. El Gobierno ha venido trabajando sobre esto, promoviendo medidas desde hace una década con el objetivo de que para el 2020 ya se tomaran al menos el 70 % de lo que les corresponde por derecho. No han tenido éxito, pues la última fecha contrastada fue 2018 y apenas alcanzó el 51,1 % de media (en el sector de la hostelería solo se tomaron el 32,5 % del total de sus vacaciones).

Es decir, el japonés medio solo toma 9 días de vacaciones en todo el año. Como puedes deducir, no se los toman todos seguidos, sino que los van uniendo a otros fines de semana o festivos que, a su favor, hay que decir que son otros 16 días al año. Pero esa es la sutil diferencia, en los festivos no trabajan «porque les obligan» a parar.

Los japoneses se sienten culpables por pedir vacaciones. Muchos consideran que tienen demasiado trabajo como para aparcarlo, o les preocupa que aumente la carga laboral de sus compañeros. ¿Conciencia colectiva? El sentimiento de culpabilidad es muy fuerte. Si por casualidad el proyecto en el que trabajaban reporta algún error mientras ellos están fuera, les dará remordimiento a la vuelta. El fracaso, de nuevo, es grupal. En realidad, tener dos semanas seguidas de vacaciones en Japón es algo bastante inusual. No creo que la empatía hacia el resto de sus compañeros y la culpabilidad sean las únicas causas. Como ya escuché en alguna ocasión, tener tanto tiempo libre podría ser un problema porque no

sabrían en qué emplearlo.

Sea como fuere, la decisión de solicitar la fecha de las vacaciones la tenían los empleados. Para forzar el cambio, se ha modificado la Ley de Estándares Laborales de manera que ahora se responsabiliza al empleador de fijar al menos cinco de esos días. En definitiva, les tienen que obligar a que se tomen vacaciones.

¿Y la Golden Week? Esta es la semana de vacaciones típica de Japón, por lo general situada entre los últimos días de abril y los primeros de mayo. En realidad, cuatro de esos días son festivos nacionales, si ninguno cae en fin de semana entonces solo tendrán que pedir un día libre para tener la semana completa. Fue curioso que en 2019 esta semana se extendió a los diez días porque, por decreto, se añadió un día festivo extra con motivo de la entronización del nuevo emperador. ¡Diez días sin trabajar! Dicen que a la mitad de la población se les hizo cuesta arriba. Incluso un diario nipón declaró la Golden Week de 2019 como «la idea más ridícula del siglo».

Entonces, ¿no hay nadie que de verdad tome todos los días que le corresponden por ley? Es posible, pero poco probable. Se trataría de alguien que va en contra de los intereses colectivos y al que se le presionaría socialmente por ello. En la empresa —y quién sabe si también en la familia— lo mirarán mal.

¡Qué bárbaro! ¿O no? Propongo este otro ejemplo que dé contexto a su decisión. Hace un tiempo estuve trabajando en una empresa española en la que se disponían de 32 días laborables de vacaciones al año —no contaban los fines de semana en ese periodo—. Esto quiere decir que, en teoría, ese convenio mejorado nos amparaba para ausentarnos un mes y medio seguido. ¿Cuántos empleados se las tomaban al completo? En efecto, nadie. La gran mayoría se tomaba los 30 días naturales a los que, en general, los españoles estamos acostumbrados.

Cultura pop

Lo que más se recuerda de un viaje no tiene por qué coincidir con los eventos más esperados o los lugares más famosos. En mi caso, revivo con especial detalle el momento en que uno de los trabajadores del hostal me puso los pelos como escarpias.

Ryo solía estar a menudo por la sala de estar porque también vivía en este alojamiento. Era el más joven de la plantilla. Se ponía algo nervioso cuando tenía que explicar algo con detalle porque, decía, aún le faltaba soltura con el inglés. Incluso se ruborizaba si no encontraba las palabras exactas.

Aquella tarde también estaba Amey. El indio me preguntaba qué tal me había ido el día cada vez que coincidía conmigo. Así, era frecuente que los tres nos sentáramos en la sala, yo explicara lo que había hecho, él me recomendara nuevas visitas y cosas para hacer y Ryo escuchara. Amey a menudo empujaba a su compañero a que él también participara en la conversación, pero no me esperé el giro de aquel día.

—¿Por qué no le cuentas que has visto un fantasma?

Mi carcajada no cambió el semblante ni de uno ni de otro. El mayor me miró muy fijamente y me dijo que no era broma, que Ryo una vez vio uno. No doy crédito a las almas perdidas por inframundos, pero aquella confesión reconozco que me picó mucho la curiosidad. A ver qué se inventaban.

—De verdad, una vez vi un fantasma —repitió Ryo. Yo quise esperar a ese momento en que los dos se lanzaran a reír, pero seguían con una expresión en la cara bastante normal. —Me dio mucho miedo y tardé dos días en decírselo a los chicos.

—Es que no creo en estas cosas, ¿no sería que tú estabas cansado y tu mente te jugó una mala pasada? —le pregunté con un poco de sorna. Él afirmó con la cabeza, pero volvió a insistir que era verdad.

—¿Y qué viste?

—A una niña con el pelo largo y la piel muy pálida.

En este momento Amey se levantó para atender a otro huésped que necesitaba ayuda con algo de su habitación así que nos quedamos él y yo solos en la planta baja.

—¿Era de noche?

—Serían las tres de la mañana. Estaba yo solo aquí y fui a ducharme…

—¡Ah!, ¿que la viste en el hostal?

—Sí, en el cuarto de las duchas —se levantó del sofá y se dirigió a la puerta del baño.

Yo le seguí intrigada. Lo que me sorprendía de toda su explicación es que no se le notaba ni tenso, ni de guasa. Tampoco había rubor ni nervios. Entramos a la habitación, que tenía unas diez duchas separadas por cabinas y abrió la tercera.

El famoso artista de Kioto Maruyama Okyo era bien conocido por sus pinturas realistas. Se cuenta la vez que Okyo pintó un fantasma de manera tan realista que cobró vida y lo asustó.

—Yo estaba duchándome en esta —entró para recrear el momento—. Abrí la puerta, salí y al cerrarla —la cerró— la vi allí al fondo —dijo señalando con el dedo la pared blanca.

La mente humana es perversa porque le compré la historia. ¿Se puede ser incrédula a la vez que sugestionable? No existen los fantasmas, no, no existen, pero allí al fondo yo también vi a una niña de pelo negro y largo y piel muy pálida.

Por supuesto que no vi ningún espíritu, sino el espejismo de un recuerdo que salió del disco duro de mi mollera. La niña que yo me imaginé allí al fondo era exactamente la misma que la de la película *Ringu —The Ring* en la versión de EE. UU.—. No la vi, quise imaginarla, y la imagen más terrorífica que encontré en mi memoria fue aquella.

El terror japonés

Al igual que en el cristianismo, el sintoísmo favorece la creencia de almas (*reikon*) que abandonan el cuerpo al morir y que deben unirse con sus ancestros. Ya lo veíamos en otro capítulo, si los vivos siguen los rituales establecidos, el *reikon* se unirá a los ancestros y toda esa genealogía seguirá protegiendo a sus familiares terrenales. Sin embargo, si la muerte ha sido repentina o violenta —como por ejemplo un suicidio— ese *reikon* es probable que se convierta en *yūrei*, un espíritu que regresa al mundo físico para resolver su conflicto y poder descansar en paz.

Hay muchas leyendas al respecto que se han ido transmitiendo de generación en generación. Son las *kaidan*, unas narraciones orales que hablan de estas ánimas y que desde siempre han servido como inspiración al arte japonés. Existen referencias en la literatura, los grabados, el teatro y, más recientemente, el cine. De hecho, las primeras películas eran adaptaciones de las obras más famosas del teatro *kabuki*. Como *Botan Doro*, una leyenda tradicional en donde hay fantasmas, pero también amor. La primera

vez que se rodó esta película fue en 1910, por supuesto sin sonido. Teniendo en cuenta la importancia de la banda sonora para generar esa tensión típica que le hace a uno agarrarse al sillón, ¿el espectador llegaba a sentir realmente miedo? Por aquel entonces existía una figura en el cine que de seguro lograba aterrar a los espectadores, el *benshi* o narrador profesional —en España también existió este rol, el «explicador»—. En general, las películas mudas solían tener fotogramas con textos en los que se describía la historia. Dado que mucha gente era analfabeta y que las películas extranjeras que se importaban a Japón no se traducían, se proyectaban solo las imágenes y una persona situada a la izquierda de la pantalla iba narrando la historia, a la vez que explicaba las costumbres occidentales. Un trabajo precioso y muy bien valorado por la sociedad japonesa, hasta el punto de que la gente iba al cine no por la película en sí, sino por ver y oír al *benshi*. Uno de aquellos hombres era Heigo, el hermano de un tal Akira Kurosawa —quien años más tarde se convertiría en uno de los directores de cine más conocidos de su país—. Con el avance de la tecnología y la llegada del cine sonoro, Heigo terminó por perder el empleo. Protestó por ello, fue uno de los representantes de la huelga del gremio e intentó luchar por su trabajo y el de sus compañeros, aunque sin suerte. Quizá esto fue uno de los motivos por los que acabó quitándose la vida.

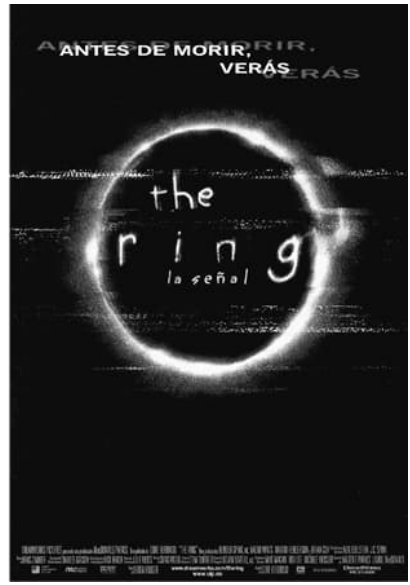
Se dice que los *yūrei* se aparecen entre las dos de la madrugada y el amanecer, para asustar y atormentar a aquellos que les ofendieron en vida, pero sin causar daño físico. Autor desconocido.

Dramas aparte y volviendo a las películas de miedo, ahora ya estamos acostumbrados a ver filmes realizados milimétricamente. Los planos, las secuencias, la música, los efectos… todo es combinado de forma exquisita con el fin de hacer sentir auténtico pavor. Lo cierto es que existe el género *j-horror* («terror japonés») que es donde se engloba a todas esas películas niponas relacionadas con el terror psicológico y los fantasmas. De verdad consiguen que el espectador se estremezca. Esa imagen del fantasma vestido de blanco con el pelo negro y largo viene de ellos, de su simbología, que también los relaciona con el agua, como la niña del pozo de *Ringu*, como la niña de la ducha que vio Ryo.

Heigo y Akira Kurosawa en 1913. Autor desconocido.

Hay quien dice que las versiones japonesas dan mucho más miedo que los *remakes*. ¿Qué hay de verdad en ello? Cierto es que el japonismo, ese intercambio cultural tan grande que se produjo cuando Japón se abrió al exterior, causó un furor que se ha mantenido en el tiempo. Pero según el maestro en comunicación José Eduardo Bazán, la realidad es que los *remakes* tienen sentido

porque reinterpretan la historia según el contexto cultural de la sociedad para la que se proyecta. Bazán analiza en su tesis el caso concreto de *Ringu* y *The Ring*. Lo primero es desmontar la opinión de quienes prefieren la primera por el simple hecho de que es la original. En realidad, está basada en el libro homónimo de Koji Suzuki, por tanto, la historia ya existía. Además, entre la historia escrita y el filme japonés hay diferencias considerables: en la película la protagonista es mujer y tiene un niño de 6 años, en el libro es hombre y tiene una hija de 2. Según Bazán, el objetivo de esto es que la película tenga más carga personal, tanto la periodista como la fantasma son mujeres y eso crea una igualdad de circunstancias una para la otra. Otras diferencias son que en la versión escrita ni el asesino de la fantasma era su padre ni existe ninguna expareja que ayude a dilucidar el misterio. Son estas relaciones familiares entre los distintos personajes lo que ayuda a crear más tensión. No obstante, estos cambios también se mantienen en la versión estadounidense, que a su vez está basada en la película japonesa y no en el libro. Sin embargo, hay detalles sutiles que aparecen en ambas versiones que pierden significado según el contexto. En *Ringu* cambiaron la edad del niño a 6 años porque al director le convenía reflejar que tenía edad suficiente para ser independiente de la madre, pues estaba enzarzada en la investigación sin apenas tiempo para él. En esta versión, el aspecto del niño tiene una apariencia normal, no es tan enfermizo como en *The Ring,* en la que le pusieron ojeras y lo hicieron palidecer para que recordara al protagonista de *El sexto sentido*. También en la japonesa hay referencias a otras películas: la salida del espíritu de la televisión es una clara referencia a *Poltergeist*. Hay muchos más detalles que seguro se escapan a críticos occidentales pero, en definitiva, todo el arte bebe de otras creaciones y, por lo general, no hay ni mejores ni peores.



Portadas de las películas *Ringu* y *The Ring*.

Otro ejemplo es *Rashomon*, una de las mejores películas de Kurosawa y que también está basada en un relato de Ryonosuke Akutagawa. Aunque se considera un drama, también aparecen fantasmas y hay mucho suspense. En cualquier caso, el miedo está marcado por el gusto y la afinidad con las referencias culturales, además de las reacciones: Sadako (la fantasma de *Ringu*) tuvo tanta popularidad que se le celebró un funeral en el festival dedicado a los muertos de O-Bon. No tenemos constancia de que pasara algo similar con Samara, su versión yanqui.

Portada de la película *Rashomon*.

¿Solo un disfraz?

Desde que se estrenara en 1998 la versión japonesa de *Ringu* y en 2002 el *remake* estadounidense, la vestimenta y los objetos de la fantasma protagonista —televisión incluida— han servido como disfraz recurrente. Sin embargo, las miles de Sadakos y Samaras que

deambulan en la noche de muertos o el carnaval por las calles de medio mundo varían a las que aún continúan apareciendo en Japón, incluso a la luz del día. Las primeras son meros disfraces que sirven para celebrar un evento festivo como es Halloween o el Mardi Gras; las segundas buscan interpretar el rol del personaje y es a lo que se le conoce como *cosplay*.

Esta idea del *cosplay* —contracción del inglés *costume* + *play,* palabra no obstante originada en Japón y adaptada por ellos con el término *kosupure*— surgió en los años setenta con los *dōjinshi,* que son fanzines autopublicados de manga. Sus autores se disfrazaban de uno de los personajes que aparecían en los fanzines para atraer la atención del público en los mercadillos. La costumbre se extendió a los lectores, que buscaban estas y otras ocasiones para juntarse en pequeños grupos y vestirse de sus personajes favoritos. En realidad, el primer caso documentado de *cosplay* fue en un evento de fans en la convención anual de ciencia ficción de Ashinocon en 1978, en Hakone. Desde entonces, en muchos eventos de este tipo se deja entrar gratis a los *cosplayers,* que es como se conoce a quien practica esta costumbre. Actualmente, en Japón se celebran entre diez y veinte festivales de *cosplay* todos los meses, por lo que hay muchas oportunidades de disfrazarse. También se realizan concursos para premiar a los mejores; muchos de ellos compran el atuendo ya finalizado de fábrica o acuden a sastres. Otros tantos cosen ellos mismos las telas y fabrican todos los accesorios necesarios, en ocasiones logrando un grandísimo nivel de detalle.

Un *dōjinshi* de Wikipe-tan elaborado por una revista conjunta juvenil.

Algunos de estos concursos son de carácter internacional, donde se dan cita *cosplayers* de todo el mundo. Destaca el concurso World Cosplay Summit, que se celebra en la ciudad japonesa de Nagoya y cuya primera edición la ganó un grupo de italianos —a día de hoy

concursan *cosplayers* de veinte países diferentes, previamente seleccionados por el jurado—. Otros concursos internacionales importantes son la Yamato Cosplay Cup de Brasil, la European Cosplay Gathering, cuya final se celebra en París, la EuroCosplay de London MCM Expo y el Nordic Cosplay Championship de NärCon en Linköping, Suecia. Más allá de los concursos, hay convenciones por todo el globo: la Cosplay Mania en Filipinas, el EOY Cosplay Festival de Singapur, el Comic Con en San Diego y también en Nueva York, el Anime North en Toronto, el Salón del Manga en Barcelona, el Otakon en Baltimore, la Anime Expo en Los Ángeles, la Japan Expo en París, el London Super Comic Convention en Londres, la Supanova Pop Culture Expo en Australia, etc.

Cosplayers en el festival Comiket. Autor: Stormstill.

En efecto, los japoneses no fueron quienes inventaron esta modalidad de disfraces. Los primeros en aparecer así ataviados en un evento de ciencia ficción fueron los estadounidenses Forrest J.

Ackerman y Myrtle R. Douglas, más conocidos entre los aficionados como Morojo. Sucedió en 1939 en Nueva York. A medida que se fueron extendiendo las convenciones de ciencia ficción —muchas con la película *Star Trek* como eje central—, se extendía la costumbre del *cosplay*. En Japón, estos disfraces empezaron estando muy relacionados con personajes de *anime*, manga y videojuegos, aunque con el paso del tiempo se ha extendido a otros campos como la música o el cine. Probablemente ha sido el Comiket —el mayor mercado del cómic japonés— y el poder de los medios de comunicación los que hayan exportado la imagen japonesa de este disfraz al resto del mundo. Cada año se celebran dos ediciones, una en verano y otra en invierno, y congrega a cientos de miles de fanáticos del manga y el *anime*; durante tres días, miles de *cosplayers* se congregan en la terraza del centro de exposiciones.

Una *cosplayer* caracterizada como Aayla Secura, personaje de la película *Star Wars*. Autora: Beatriz Lizana.

Sin embargo, no hace falta desplazarse a ningún lugar para

poder compartir esta pasión por el disfraz y la interpretación. En Internet existen millones de posibilidades. No obstante, Cure es el mayor sitio web de intercambios de *cosplay* en Japón —en 2015 tenía más de un millón de usuarios, de los que el 90 % eran mujeres—. Inui Tatsumi es el fundador de esta web y dice: «Lo maravilloso del *cosplay* es que permite compartir una serie de valores entre compañeros y en el grupo. Hacer *cosplay* en solitario no reporta nada». Según Tatsumi, fue en la segunda mitad de los años noventa cuando esto se convirtió en un fenómeno mundial gracias a la serie *Neon Genesis Evangelion*. Más tarde han sido *Naruto*, *One Piece* y *Bleach*, entre otras, las que han tratado temas como los ninjas, los piratas y los samuráis, que han trascendido a nivel mundial.

Mucho más que dibujitos

¿El huevo o la gallina, el *anime* o el manga? ¿Qué fue antes? Por fortuna, la respuesta a esto es más fácil que la primera: la escritura surgió antes que el audiovisual. Para los más profanos, el manga es el cómic japonés y el *anime* corresponde a los dibujos animados, ya sean series o películas. Así, al igual que el huevo se convierte en ave, en muchísimas ocasiones el manga se convierte en *anime* al proyectar las imágenes en movimiento en una pantalla. De una forma u otra, ambos son muy variados y de muchos estilos y temáticas.

El manga aparece con la apertura de Japón al mundo durante el Periodo Meiji como una mezcla del arte gráfico japonés y los tebeos occidentales. Se puede considerar el primer cómic japonés a *Tagosaku to Mokube no Tokyo Kenbutsu*, de Rakuten Kitazawa y publicado en 1902. No obstante, no tenía todas las características del manga moderno, pues no fue hasta los años treinta cuando se generalizó el uso de los globos de diálogo. Respecto a los temas, las primeras historietas que se difundieron al público eran historias infantiles. Fue ya a finales de los años cincuenta cuando surgieron los *gekiga,* los mangas para adultos con temáticas como el erotismo,

el horror, la yakuza, las historias de samuráis, etc. Muchos de ellos con un trasfondo de crítica social. De esta época es el *mangaka* —así se denominan a estos autores— Osamu Tezuka, considerado «el dios del manga». Con el auge económico, la periodicidad de las revistas pasó de ser mensual a semanal, abaratando costes usando papel de menor calidad y con las ilustraciones en blanco y negro —característica que se ha mantenido hasta la actualidad—. La productividad aumentó exponencialmente. Tanto, que en esta época el manga era el medio de comunicación más importante del país. Y así como la gallina pone el huevo, fue la proyección de *animes* en el extranjero como *Akira* o *Mazinger Z* lo que impulsó el consumo de los mangas homónimos en otros países.

Tira del considerado como el primer cómic japonés *Tagosaku a Mokube no Tokyo Kenbutsu.*

Cabe destacar que, puesto que en la escritura vertical se lee de derecha a izquierda, las traducciones más actuales han mantenido este orden, aunque no concuerde con el sistema de escritura del propio país. También los globos de diálogo se leen de derecha a izquierda y de arriba abajo. No obstante, en la década de los ochenta y noventa, en España se impuso la costumbre de voltear por completo toda la historia para no cambiar el sentido de la

lectura. Pero eso generaba imágenes con efecto espejo, de forma que si a un personaje le faltaba el ojo izquierdo en la versión japonesa, en la nuestra le faltaba el derecho.

Uno de los autores más relevantes de manga por su apogeo internacional fue Akira Toriyama, el creador de *Dragon Ball* y *Dr. Slump*. En España a la primera se la conoce como *Bola de Dragón*, causó tanto furor y vendió tantos ejemplares que se le considera el cómic de origen extranjero más vendido de la historia española. Y si acaso existe algún español de aquella generación que no haya leído nada de este, seguro que vio el *anime* e incluso se sabe de memoria sus canciones.

Portada del *anime* en DVD de *Heidi.*

Aunque si hay un *anime* de referencia ese es *Heidi*. Basada en un cuento suizo de la escritora Johanna Spyri, del que se han realizado numerosas adaptaciones, sin duda la versión más conocida ha sido la japonesa, que se creó en 1974 y se convirtió en

el primer *anime* estrenado en España. Fueron 52 capítulos de aventuras de Heidi, Pedro y el abuelo primero en los Alpes, y más tarde en Frankfurt con Clara y la señorita Rottenmeier. A propósito de este alejamiento de las montañas, Heidi sufrió lo que hoy se conoce según el periodista Richard Louv como trastorno de déficit de la naturaleza —si bien no está reconocido por la comunidad médica—. Los nostálgicos de esta serie animada por Miyazaki recordarán con especial cariño el tono agudo de Heidi. No así Selica Torcal, la actriz que la dobló al español, pues se quedó afónica de hablar como esta niña de voz tan chillona.

Si pasamos por el director Hayao Miyazaki hay que nombrar una de sus grandes obras: *Mi vecino Totoro*. Es interesante remarcar que esta película de 1988 no tiene establecida una estructura argumental clara de introducción, nudo y desenlace, que carece de villanos y, sin embargo, si se mira desde la inocencia y la curiosidad de un niño, engancha desde principio a fin. Quizá sea por lo adorables que se ven los espíritus, esas criaturas a las que llaman Totoros —que podría ser una mala pronunciación de *torōru*, la palabra japonesa para trol—. O porque las protagonistas pueden despertar cierta empatía en los niños que las observan, pues son pura inocencia y carecen de prejuicios. No hay conflicto ni siquiera por el hecho de vivir en una casa encantada, tampoco porque la madre esté enferma, un tema que se trata de una manera muy natural. La película se basa en la exploración, no en la amenaza.

Portada de la serie *Doraemon*.

Hablando de madres enfermas, ¿y Marco? ¡No te vayas mamáááá…! Otra adaptación de la historia italiana *De los Apeninos a los Andes*. Para continuar en modo nostálgico, otros títulos que son japoneses, tanto el manga como el *anime*, son *Sailor Moon* y *Captain Tsubasa*, o como conocemos nosotros la historia, *Campeones: Oliver y Benji*. Pero más antiguo es el manga de *Doraemon*, que comenzó a publicarse en 1969 y duró hasta 1996. No es extraño que sea de los más vendidos de la historia. De hecho, es probable que hayas visto algún capítulo en la televisión y por eso te parezca un *anime* más reciente. Sin embargo, tres estudios de animación han realizado tres series con las aventuras de este gato cósmico. La primera se inició en 1973 y la última aún se emite. Juntas suman más de 2800 capítulos. Para hacerte una idea de su inmensidad, compárala con *Los Simpson*, que parece que lleven una eternidad pero que «solo» llevan unos setecientos —aunque aumentando—.

Necesitaríamos varias vidas para ver las más de 40.000 series de *anime* que existen a día de hoy. Otros que acumulan muchísimos capítulos —y grandes beneficios— son: *Naruto*, *Pokémon*, *Death Note*, *Shin Chan*, *One Piece*, *Full Metal Alchemist* … De los más recientes que merecen bastante la pena es *Dr. Stone*, por dos motivos. El primero, su eje es la aventura y pura supervivencia del ser humano en un mundo apocalíptico un tanto diferente al que estamos acostumbrados, una distopía planteada desde otro ángulo. Y el segundo, por aunar ciencia y entretenimiento. Sí, se puede aprender viendo *Dr. Stone*.

Aprender jugando (a la Playstation)

Hay otro mundo del que se pueden aprender habilidades además de conocimientos: los videojuegos. Lo dijo el cirujano Diego González Rivas en una entrevista cuando se le preguntó por una nueva técnica que él mismo ha inventado: «La gente más joven tiene más facilidad para operar a través de una pantalla, nacieron con la Playstation. Hay estudios que afirman que la gente joven, que está más acostumbrada a las nuevas tecnologías, tiene mayor facilidad para aprender la cirugía moderna». La evidencia de esas publicaciones ya se da por obvia, ahora la investigación va por otros derroteros. Por ejemplo, se ha publicado un artículo académico sobre si la Nintendo Wii es una herramienta de entrenamiento mejor que Playstation 2 para mejorar las habilidades de la laparoscopia —los resultados vuelven a confirmar que el uso de ambas videoconsolas mejoran esas habilidades concretas, pero no hay diferencias sustanciales entre una y otra—. Ya sea con una consola o con otra, ¿quién nos iba a decir que *Final Fantasy* o *The Legend of Zelda* podrían formar a mejores médicos?

Videoconsolas Playstation y Wii.

La lista de videojuegos japoneses es muy vasta, pero hay uno que merece una mención especial, el de un fontanero vestido de rojo que viaja a distintos mundos a través de tuberías para poder rescatar a la princesa Peach. En efecto, se trata del archiconocido *Super Mario Bros.*, creado por Nintendo. Cuenta Shigeru Miyamoto, su creador, que la idea de este videojuego se le ocurrió al mirar por la ventanilla del tren. Japón es tan consciente de la fama de Mario que formó parte de la imagen que el país quería trasmitir al resto del mundo durante la presentación de los Juegos Olímpicos de 2020.

Otros de los juegos más conocidos en Occidente son: *Space Invaders*, *Donkey Kong*, *Pac-Man*, *Street Fighter II*, *Sonic*, *Silent Hill*, los de Pokémon… A propósito de estos monstruos de bolsillo, cuenta la leyenda que hubo una serie de suicidios infantiles ocurridos en 1996 que fueron relacionados con una de las últimas pantallas de los Pokémon, la del Pueblo Lavanda. En aquella primera versión, en la torre había un cementerio con sus lápidas, un lugar en el que se aparecían poke-fantasmas. 107 niños de entre 6 y 12 años se quitaron la vida en un periodo muy corto de tiempo y, dice la leyenda, que cuando se investigaron sus muertes la policía se dio cuenta de que eran adictos a este videojuego y que todos se habían quedado en esa pantalla. El mito dice que fue la melodía la

que hizo que los niños tuvieran un triste final, la realidad es que la música era tan aguda y estridente que era capaz de hacer daño a los oídos. Tanto que para la versión europea se cambió.

Ser o no ser *otaku*

Al final, se suelen usar los mismos relatos tanto en el manga como en el *anime* y los videojuegos porque hay gente que consume todo lo que aparece en «su mundo». Por seguir con el ejemplo de *Super Mario Bros.*, primero apareció como videojuego pero también se ha hecho serie, película, manga… y por supuesto existen millones de artículos de *merchandising* con su imagen. Un universo de felicidad para los *otakus*, que empezaron siendo los seguidores acérrimos del *anime* y el manga, pero que ahora también están relacionados con los videojuegos, la fotografía, la música y la electrónica. Si bien el *otaku* en Occidente no tiene una connotación negativa, en Japón la imagen comenzó siendo la de un joven maniático y con intereses obsesivos, encerrado en sí mismo e inseguro por no saber adaptarse a la sociedad. En realidad, la palabra *otaku* es una expresión honorífica que significa de forma literal «su casa» o «su familia» y que en ese contexto no la usan los jóvenes. Fue en la década de los ochenta cuando se les llamó así, en tono burlesco, a aquellos que pasaban la mayor parte del tiempo encerrados en su casa leyendo manga y viendo *anime*. Pero esa parte negativa ya queda lejos porque ahora a los *otaku* se les ve como parte importante de la industria creativa japonesa. Tanto que solo la industria del *anime* hizo en 2017 más de 200 millones de yenes.

Por otro lado, se ha generado una nueva modalidad turística, el *seichi junrei* —el turismo de cultura pop— que implica auténticas peregrinaciones a las localizaciones que aparecen sobre todo en los mangas y los *animes*. Este tipo de viaje se impulsó a partir de 2016, cuando salió la película *Your Name*, del director Shinkai Makoto. Con el enorme éxito conseguido, la peregrinación a sus principales ubicaciones se difundió entre el público general. No solo hablamos

de un turismo nacional, también muchos turistas extranjeros acuden al país con una lista de esos sitios sagrados e imprescindibles.

Algunos de los japoneses que viajan a dichas localizaciones tienen las expectativas muy altas de lo que allí se van a encontrar, y a veces la realidad no les satisface. Que una historia bonita esté asociada a un lugar no es sinónimo de que todo lo de allí les vaya a gustar. Existe un síndrome para describirlo, el síndrome de París. Esta ciudad es muy popular entre los japoneses y en cierto modo se idealiza. Un psiquiatra descubrió que algunos de los que viajaban hasta allí, debido al choque extremo acerca de lo que se esperaban con lo que realmente veían, no solo sentían una profunda desilusión sino que llegaban a somatizar un trastorno psicológico.

Más allá de todas esas ubicaciones y del Museo Ghibli, de visita obligada para los entusiastas de Miyazaki y sus producciones, existe un lugar considerado como la meca de los amantes de toda esta cultura pop japonesa: Akihabara. Es un barrio de Tokio donde se concentra el mayor número de *otakus, gamers* y frikis de la electrónica o como sea que les queramos llamar. Allí todo existe: cámaras de fotos de todos los tipos y precios, todos los mangas habidos y por haber, móviles, *gadgets* electrónicos que ni siquiera sabes que existen… La cantidad de objetos que se puede consumir es inmensa.

Barrio de Akihabara, en Tokio. Autora: Beatriz Lizana.

Los Juegos Olímpicos de Tokio 2020 (+1)

A pesar de que viajé a Japón en abril de 2019, buena parte de este libro se gestó durante el 2020, un año muy señalado en el calendario mundial debido a la pandemia de la COVID-19. Por ello, es imposible no hablar de Japón y los Juegos Olímpicos de Tokio 2020, el mayor evento deportivo multidisciplinario a nivel internacional, con todo lo que eso implica para el país organizador. Pospuesto para el 2021, me veo en la necesidad de hacer un breve análisis para comprender la magnitud de este evento y lo que ha supuesto para la historia del deporte en Japón.

Entender los Juegos Olímpicos

Una breve pincelada de historia: la primera vez que se organizaron unos Juegos fue en el año 760 a.C. en Olimpia, Grecia —de ahí lo del apellido «Olímpico»—. Durante los siguientes doce siglos se celebraron 292 Olimpiadas, como también se les conoce, hasta que el emperador romano Teodosio prohibió todas las celebraciones paganas en el año 393 d.C. Hay documentación que acredita que desde el siglo XVII han existido eventos deportivos en los que se empleaba el término «olímpico», pero no fue hasta el año 1894 cuando, gracias al barón Pierre de Coubertin, se asentaron las bases de los Juegos Olímpicos modernos. Ese mismo año, el barón fundó el Comité Olímpico Internacional (COI) para dos años más tarde celebrar las primeras Olimpiadas modernas en Atenas. En esa primera edición participaron 241 atletas de 14 países que compitieron en 43 eventos de 9 deportes. 31 ediciones más tarde,

en Río 2016 —las últimas celebradas—, participaron 11.511 atletas de 207 países en 306 eventos de 28 deportes. Un crecimiento exponencial que se puede entender desde varias perspectivas.

> ¿Por qué restauré los Juegos? Para ennoblecer y fortalecer el deporte, para asegurar su independencia y duración, y así permitirle cumplir el papel educativo que le corresponde en el mundo moderno. Por la glorificación del atleta individual, cuya actividad muscular es necesaria para la comunidad y cuya destreza es necesaria para el mantenimiento del espíritu competitivo.
>
> PIERRE DE COUBERTIN (Payne, 2006: 4).

De este modo, con la fundación del COI quedaron también establecidos los cuatro principios del Movimiento Olímpico moderno:

1. Promover el desarrollo de aquellas cualidades físicas y morales base del deporte.
2. Educar a los jóvenes a través del deporte en un espíritu de comprensión mutua y amistad, contribuyendo así a construir un mundo mejor y más pacífico.
3. Difundir los principios olímpicos por todo el mundo, creando así la buena voluntad internacional.
4. Reunir a los atletas del mundo en los Juegos Olímpicos cada cuatro años.

De estos se derivan los ideales olímpicos de fraternidad, amistad, paz y comprensión universal. Es por esto que los Juegos Olímpicos siempre han trascendido al deporte. Los esfuerzos personales y las historias de estos atletas también tocan a todos los que los ven. Han proporcionado a lo largo de los años muchos momentos inolvidables, momentos que definen el indomable espíritu olímpico. Así, este evento nos eleva a ese plano más alto no solo a los participantes sino también a los espectadores, uniendo tanto a individuos como naciones. En palabras de Nelson Mandela: «El deporte llega mucho más allá de cualquier esfera de influencia política y probablemente ha hecho más por unificar naciones de lo que cualquier político ha sido capaz» (Payne, 2006: 3).

Cuánto cuestan las Olimpiadas

Cualquier país organizador quiere que su nación sea partícipe en la difusión de estos valores, pero ¿cómo llegar a ello y a cuenta de qué? La guerra —varias ediciones se cancelaron durante la Primera y Segunda Guerra Mundial—, el terrorismo —en Múnich 1972 unos palestinos mataron a once miembros del equipo israelí—, el boicot a Moscú 1980 por la invasión soviética de Afganistán, el racismo de algunos países como Sudáfrica con el *apartheid,* el enfrentamiento político de naciones como China y Taiwán, la imposición de ideologías políticas… son algunos de los ejemplos que evidencian que este macroevento se ha utilizado reiteradamente como herramienta política.

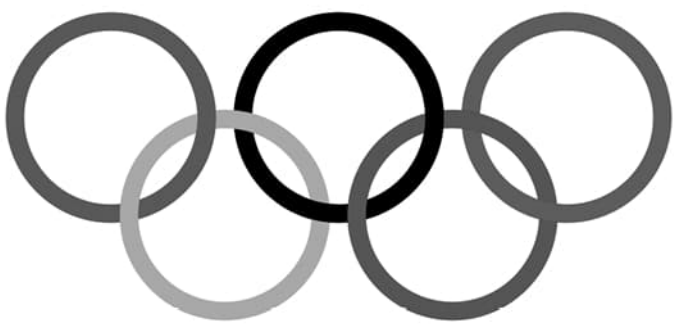
Portada del documental *Olympia*, donde se relata los JJ. OO. de Berlín 1936. Fue uno de los mayores actos de propaganda que hizo Hitler junto a la directora de cine Leni Reifenstahl. La cinta ganó varios galardones, incluido el premio a la Mejor Película Extranjera en el Festival de Cine de Venecia y un premio especial del COI por su

representación de la alegría del deporte. Autor: Transit Film GmbH.

Por todo ello, a partir de la década de los setenta las Olimpiadas decayeron. Además, como toda empresa que se precie, la parte financiera también daba verdaderos quebraderos de cabeza, puesto que esto corría a cargo de los comités olímpicos nacionales, es decir, directamente de los Gobiernos de los países participantes. Los críticos veían los JJ. OO. además de como un evento demasiado politizado, como algo demasiado caro de montar y cuyos costes se elevaban de forma peligrosa edición tras edición. Una muestra: el Gobierno canadiense se mostró reticente a subvencionar los juegos de Montreal 1976 pero a su alcalde no le importó el poco apoyo estatal. Reunió los 300 millones de dólares previstos para empezar las obras… y se le fue de las manos. El costo total acabó siendo de 1400 millones de dólares, casi 5 veces más de lo previsto —han estado pagando la deuda hasta el 2006—. Así visto, es lógico que las ciudades se mostraran reacias a albergar el macroevento. Tras este fracaso financiero vino el boicot de Moscú 1980. Es entendible que el 83 % de la población de Los Ángeles votara en contra de proporcionar financiación para los Juegos de 1984, de los que su ciudad iba a ser anfitriona.

1400 millones de dólares unas Olimpiadas. Mucho dinero, ¿verdad? Pues Barcelona 1992 costó 11.400 millones, tenemos el dudoso privilegio de ostentar el segundo puesto en el ranking de los Juegos Olímpicos más caros de los últimos 50 años —en el que Londres va en cabeza—. No obstante, hay un matiz que introdujo el catalán Juan Antonio Samaranch, presidente del COI desde 1980 hasta 2001. Aunque su figura se ha analizado con lupa y se señalan algunas de sus gestiones como controvertidas, las prioridades de Samaranch en su mandato fueron claras: el COI necesitaba valerse por sí solo financieramente, las ciudades querrían y podrían permitirse albergar los Juegos Olímpicos y los Comités Olímpicos Nacionales deberían permitirse tomar sus propias decisiones, sin estar sujetos únicamente a los caprichos financieros de sus Gobiernos. Así, y a pesar de que no contaba con el apoyo de sus ciudadanos, Los Ángeles 1984 fueron los primeros Juegos Olímpicos de financiación privada, con lo que tuvieron un superávit de casi 250 millones de dólares.

Una de las claves fue la creación de un nuevo cargo, el del director de *marketing*. Este papel recayó en el inglés Michael Payne, quien introdujo la venta de derechos de emisión, consiguiendo así eliminar el yugo de la financiación pública. En efecto, la televisión no solo salvó a los Juegos Olímpicos de la quiebra, sino que los ha convertido en el mayor espectáculo deportivo del mundo. Actualmente, los patrocinadores y las compañías de televisión que poseen los derechos de transmisión de los Juegos obtienen unos beneficios realmente espectaculares. Ante todo porque es el evento de radiodifusión más grande del mundo. En 2012 hubo una audiencia de 4000 millones de personas, lo que supuso que el 90 % de la audiencia potencial del mundo miró algún deporte durante los días que duró el evento. Se estima que en Japón, el promedio de visualización fue de 37 horas por persona. Aunque hay que destacar que no todos los países retransmiten los mismos deportes, cada uno elige su propio programa y a sus propios locutores, por lo que la experiencia de ver unos Juegos Olímpicos por televisión puede variar mucho de si estás en España o en Argentina, por ejemplo.



Los anillos olímpicos son el principal símbolo de las Olimpiadas, y hoy en día es una de las imágenes de marca más poderosas del mundo. Este símbolo representa la unión de los cinco continentes y está compuesto por cinco anillos entrelazados de colores azul, negro, rojo, amarillo y verde. Autor: Pierre de Coubertin.

Parte del atractivo de los JJ. OO. es la pasión de su audiencia. El objetivo de los patrocinadores no es necesariamente vender más en

ese momento, sino proporcionar experiencias memorables para los consumidores. Se basan en estrategias que se amortizan a largo plazo, por la lealtad que se crea a la marca. De hecho, no todo es dinero contante y sonante, al principio algunas empresas donaban ciertos productos gratuitos. Por ejemplo, en Tokio 1964 el Comité Organizador Nacional recurrió a su propia industria y más de 100 empresas respondieron a la llamada, proporcionando al comité de todo, desde 9200 rollos de papel higiénico Daishowa hasta secadores de pelo Sanyo. Actualmente, el material en especie representa más del 50 % del presupuesto del patrocinio de cualquier comité organizador y se ha transformado en una exposición de nuevos productos y marcas.

Así, mercantilizar los Juegos ha sido una opción válida aunque no por ello está exenta de críticas. Hay que tener en cuenta que las ciudades anfitrionas se eligen con siete años de anticipación, y que la radiodifusión y los derechos de patrocinio se negocian aún con más tiempo de antelación al evento real. Y al igual que en el deporte, donde unos ganan, otros pierden.

Sirva como ejemplo Fuji y Kodak, dos potenciales patrocinadores para esos primeros Juegos Olímpicos de capital privado. El Comité Olímpico Nacional de EE. UU. estuvo durante más de un año intentando cerrar un acuerdo con la estadounidense Kodak valorado en unos 4 millones de dólares. Por una mala gestión del departamento de finanzas de esta empresa, creyeron que cada semana que se demorasen en firmar el contrato se ahorraban unos miles de dólares en intereses. Pero la paciencia de Peter Ueberroth, uno de los organizadores de Los Ángeles 1984, se agotó y pidió ayuda a un ejecutivo de Dentsu, una agencia de publicidad japonesa. Al ejecutivo se le ocurrió proponer el patrocinio olímpico a la japonesa Fuji Film, pero dándole tan solo una semana para su resolución. Como japonés, creía imposible que una empresa de su país tomara una decisión rápida, pero no vio venir los cambios que ya se estaban produciendo en el seno de muchas empresas japonesas. Uno de ellos, acelerar los tiempos de resolución.

En efecto, Fuji obtuvo finalmente el contrato y pasó a aumentar su cuota de mercado en los EE. UU. del 3 al 9 % en un par de años gracias a su patrocinio olímpico. Esto a pesar de la ruidosa competencia de Kodak, que intentó lanzar una campaña muy

agresiva de desprestigio pero que ellos supieron evadir gracias a un buen uso de la comunicación y que comenzó con un comunicado de prensa: «Cómo Kodak perdió los Juegos Olímpicos».

¿Qué implicación tienen los Juegos Olímpicos en Japón?

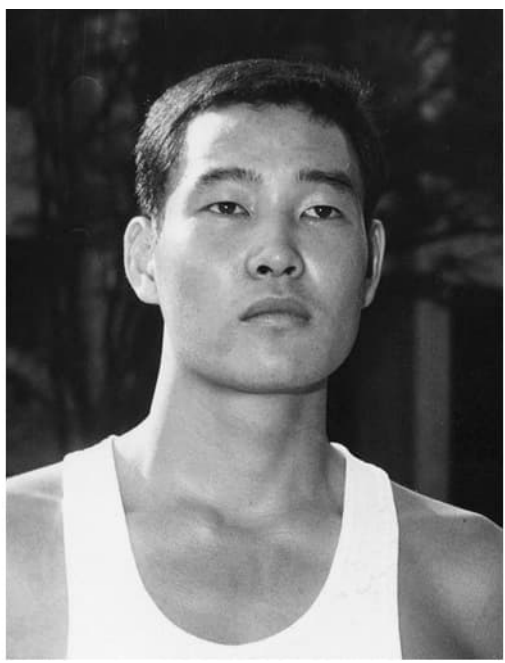
Si bien la intención del barón de Coubertin era celebrar las Olimpiadas en verano, a partir de 1924 también se instauró la versión de deportes de invierno. Así, la primera vez que Tokio fue seleccionada como sede de los JJ. OO. fue para la edición de verano de 1940. También se celebrarían ese mismo año los Juegos Olímpicos de Invierno en Sapporo, al suroeste de Japón. Sin embargo, por aquel entonces el país seguía inmerso en varias contiendas y ello requería, entre otros recursos, de sus oficiales de caballería. Estos serían los que competirían en las pruebas de equitación durante los juegos. Ironías de la vida, no estarían disponibles para jugar por aquello de estar guerreando. Ni un monólogo de Gila podría ser más surrealista:

—¿Está el enemigo? Que se ponga… Mire *usté*, que necesitamos que los de caballería estén aquí para lo de las Olimpiadas… ¡Ah! ¿Que siguen batallando? ¿Y para cuándo se hará el descanso?

La organización de dichos Juegos se acabó cancelando por no disponer de los guerreros-jinetes y sus respectivos caballos en las mejores condiciones (si es que llegaban vivos). También se obligó a cancelar los juegos de Sapporo, y aunque se propusieron otras alternativas a estas ciudades, todo se acabó cancelando debido a las secuelas de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de la enorme dificultad que ello representaba, Tokio estaba convencida de unir el deporte y el espectáculo para curar heridas de guerra. Se presentó como candidata para la edición de 1960, apenas nueve años después de que sus principales ciudades fueran destruidas. No lo logró en ese primer intento. Para la siguiente candidatura, la sombra de la guerra ya había desaparecido y todo parecía estar de su parte, aunque entonces se temió por un

desastre natural, el huracán Wilma. Finalmente consiguieron celebrarse los juegos de 1964 en Tokio sin tormentas de por medio. Estos correspondían a la decimoctava edición de los juegos modernos y fueron los primeros en ser televisados en directo vía satélite para Europa y Norteamérica, aunque se pudo ver en color solo en Japón y Estados Unidos. También fueron los primeros en tener todas las mediciones relacionadas con las pruebas deportivas controladas por ordenador. Fue un grito de Japón hacia el resto del mundo para demostrar su alto nivel tecnológico. Además, conseguir que participaran 94 países y que la organización funcionara perfectamente consolidó en gran medida la buena imagen y el prestigio de Japón.



Yoshinori Sakai portó la simbólica antorcha olímpica en Tokio 1964. Un hombre nacido en Hiroshima el mismo día en que se lanzó la bomba atómica. Fue símbolo de la reconstrucción pacífica del país después de la guerra. Autor desconocido (*Asahi Shinbun*).

En la prefectura de Nagano se celebraron los Juegos Olímpicos

de Invierno de 1998. De hecho, ¿sabías que hasta el día de hoy solo existe una sede en la que se han celebrado dos Juegos Olímpicos? Se trata de Karuizawa, una ciudad situada en esta región que cuenta con apenas 20.000 habitantes en la que se jugó al *curling* durante Nagano 1998, y también hospedó las pruebas ecuestres de Tokio 1964 (está a solo 156 kilómetros de la metrópolis).

No obstante, la presentación de su última candidatura ha sido hasta la fecha la más controvertida. Cuando se publicó, allá por 2013, los japoneses la acogieron con ilusión. Tokio volvería a ser sede de los Juegos Olímpicos y eso ya era motivo de alegría entre los ciudadanos. Pero el interés por esta cita deportiva se fue suavizando con el paso del tiempo hasta que, en 2019, una encuesta indicó que, sobre todo los tokiotas, no veían esta nueva edición con buenos ojos. La enorme inversión económica que se requiere ante un evento de tal magnitud —a pesar de la financiación privada—, las molestias que se ocasionan por las obras de las instalaciones e incluso la remodelación de la propia ciudad les suponía un incordio. Tampoco el resto de ciudadanos japoneses se mostraban favorables, aunque en principio no se vieran afectados de forma directa. Buena parte de la culpa se la llevó el comité organizador, por no tener clara la filosofía con la que pretendía difundir estos Juegos. La edición de 1964 tenía un objetivo: demostrar que Japón había resurgido de sus cenizas tras la guerra y que se había aupado entre los países más desarrollados en el campo de la ciencia y la tecnología. ¿Cuáles serían los valores de los JJ. OO. de 2020? La motivación parece resurgir debido a la COVID-19, que tiene cierto protagonismo al respecto. Como en gran parte de la historia de Japón, un país que se deshace y vuelve a rehacerse ante las adversidades, se mostrará al resto del planeta su capacidad para enfrentarse a un virus… sin consecuencias nefastas. Según han declarado los propios organizadores, los Juegos Olímpicos de Tokio 2020 serán «los más innovadores que se hayan organizado, y se basarán en tres principios fundamentales para transformar el mundo: lograr lo mejor de uno mismo, unirse en la diversidad y conectar con el mañana».

Los Juegos Paralímpicos son organizados en paralelo con los Juegos Olímpicos, comenzando días más tarde a la finalización de estos.

Se fundaron por Ludwig Guttmann en 1960 para atletas con todo tipo de discapacidades físicas, mentales o sensoriales, como amputaciones, ceguera, parálisis cerebral y discapacidades intelectuales. También tienen la edición de verano e invierno. De lejos, la atleta paralímpica más exitosa de Japón ha sido la nadadora Mayumi Narita, quien ganó quince medallas de oro para su país entre 1996 y 2004, convirtiéndola en una de las atletas paralímpicas más exitosas del mundo de todos los tiempos. Autor: John Sherwell.

La visión japonesa del deporte

Como decíamos, los Juegos Olímpicos se entienden como una celebración de la humanidad, pues combinan lo mejor del deporte con los ideales de una cultura. Además, no hay mayor premio que ser campeón olímpico, pues representa la cumbre más alta de los logros deportivos. Por esto no podemos perder de vista a los verdaderos protagonistas, los deportistas. Ellos consagran toda su vida para llegar a lo máximo a nivel deportivo, son años de mucho entrenamiento, sacrificios y lesiones. Más allá de la ambición por ganar una competición, se podría decir que la mayor habilidad de estos deportistas es la tolerancia a la frustración. Son personas capaces de repetir innumerables veces una misma rutina hasta alcanzar la perfección aunque, como en todo, hay límites. El japonés Kokichi Tsuburaya ganó la medalla de bronce en la maratón de Tokio 1964 y, a pesar de que toda la afición nacional se volcó con el deportista, este lo vio como un fracaso. Él sabía de antemano que el oro estaba predestinado para el inalcanzable etíope Abebe Bikila, por eso Tsuburaya pretendía obtener la plata… pero se la arrebató el británico Basil Heatley a pocos metros de distancia de la meta. Aquel bronce no era nada más que un error para él, creía haber deshonrado a la patria. Pensó que solo se le podría perdonar si alcanzaba el oro en México 1968. Desgraciadamente, varias lesiones y una larga hospitalización acabaron con la carrera de Tsuburaya, que puso fin a la japonesa, suicidándose.

Es incuestionable que cada cultura vive el deporte de una manera diferente. ¿Cómo es en el caso de Japón? Hasta 1840, año en que se incluyó por primera vez la Educación Física en el currículum educativo, los japoneses no estaban acostumbrados a realizar entrenamientos físicos conscientes. Sí que existían las artes marciales —que merecen un epígrafe aparte—, pero se las consideraba principalmente como «arte».

La nueva asignatura se introdujo desde Europa occidental, era todo tan desconocido que los profesores no sabían qué metodología concreta seguir, así que se basaron en un manual de educación física en francés. Se dieron cuenta de que este tipo de entrenamiento requiere atención a partes del cuerpo de las que no se es normalmente consciente. Como uno de los objetivos de esta educación era preparar a las futuras fuerzas militares, el propio

ejército investigó y practicó diversos métodos de entrenamiento físico. En aquel momento, lo que se requería era rapidez en la batalla. Sin embargo, las primeras conclusiones fueron negativas —recordemos que los japoneses aprendían las formas de hacer las cosas a través del *kata*—. Los militares se fijaron en los agricultores, cuyo movimiento estaba basado en *nanba* y concluyeron que no era precisamente veloz. El *nanba* se refiere a una forma de caminar en la que el cuerpo se adelanta simultáneamente por lateralidad, es decir, el pie derecho avanza con el brazo derecho, el pie izquierdo lo hace con el brazo izquierdo. Pruébalo, es imposible ser veloz cuando se mueven alternativamente los lados del cuerpo. Esto implicaba que los movimientos corporales de los japoneses que procedían principalmente de la agricultura no implicaban movimientos rápidos como correr.

No obstante, el movimiento no fue la única diferencia encontrada entre lo que se planteaba con aquellas técnicas occidentales. La conciencia con respecto al cuerpo también era bastante diferente. Como indican los sociólogos deportivos Joseph Maguire y Masayoshi Nakayama, Europa occidental considera la cabeza como centro del cuerpo, mientras que en Japón es el *hara*, el estómago, donde se encuentran los sentimientos o la mente de uno. Esta forma de pensar implica que en el deportista japonés se encuentran muy arraigadas las imágenes comunes como la espiritualidad, los credos de la disciplina, el esfuerzo incondicional y la prioridad por la victoria (Maguire y Nakayama, 2006: 52).

Una vez más, encontramos ejemplos en el lenguaje: *hara wo yomu* (腹 を 読 む) significaría literalmente «leer el estómago», cuando en realidad lo traducimos como «leer la mente». También en la ropa vemos el reflejo de esta creencia, pues con la occidentalización ha habido cierta resistencia a la idea de renunciar al *obi* –fajín– exclusivo de la ropa japonesa.

En definitiva, el Gobierno pretendía que el deporte formara parte de la reactivación y el desarrollo económico de la posguerra. En su transformación como nación moderna, puso mucho énfasis en el sistema de educación física, a pesar de que al principio no fuera bien recibido porque no existía la costumbre de poner en forma el cuerpo. Así que las reticencias se solucionaron introduciendo el deporte a través de elementos de juego y cooperación. De esta forma, el énfasis del plan de estudios de educación física pasó del mero ejercicio gimnástico a introducir el deporte también como

actividad de ocio y para el fomento de la deportividad. Atletismo, natación, esquí, gimnasia, judo, kendo, sumo, voleibol, baloncesto, balonmano, fútbol, rugby, tenis, pimpón, bádminton, *softball*, béisbol suave y baile se incluyeron en las directrices curriculares del Ministerio de Educación desde 1949. Así, en un breve espacio de tiempo, se adquirieron técnicas físicas occidentales y una conciencia corporal diferente, que se fue extendiendo por toda la sociedad japonesa.

El judo como deporte olímpico

> Lo más importante en los Juegos Olímpicos no es ganar sino participar, al igual que la cosa más importante en la vida no es el triunfo sino la lucha. Lo esencial no es haber vencido sino haber luchado bien.
>
> PIERRE DE COUBERTIN

¿Cómo llega un deporte como el judo a formar parte de los Juegos Olímpicos? Para entenderlo hay que remontarse al *bujutsu*, un término que hace referencia a todas las artes y técnicas que practicaba exclusivamente la clase guerrera. Se trataba de un conjunto de habilidades defensivas y ofensivas cuyo objetivo era sobrevivir a las continuas batallas que se dieron entre los siglos XV y XVI. Se incluía la equitación, el tiro con arco, la lucha con espadas y también el combate desarmado, lo que implicaba enfrentarse a un oponente para derribarlo.

Una vez acabó este periodo guerrero y Japón consiguió la estabilidad política, las artes marciales como se conocían hasta entonces dejaron de tener valor práctico. Además, en el periodo Meiji y con la abolición de las clases sociales se prohibió portar armas. No obstante, en 1873 se introdujo una ley para hacer el servicio militar obligatorio y, en ese contexto, todos los hombres fueron entrenados y educados en *jujutsu* —técnicas de lucha cuerpo a cuerpo y autodefensa— y *kenjutsu* —habilidad con la espada—,

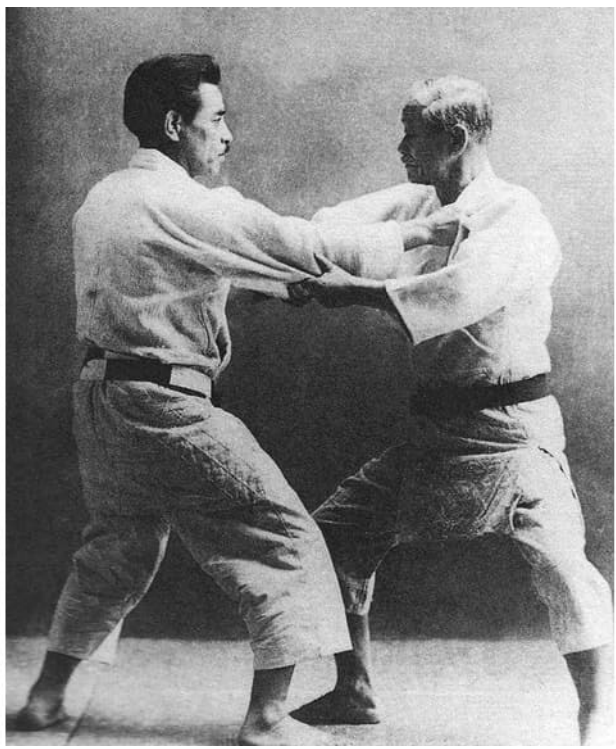
pero siempre bajo el código de conducta del guerrero, el *bushido*, que implicaba una filosofía y formas de hacer y pensar muy concretas. También la policía recibía este tipo de instrucción, lo que llevó a que las artes marciales dejaran de ser de uso exclusivo de los samuráis, para ser aprendidas y practicadas por toda la nación con independencia del estatus social.

Así, el *bujutsu* fue evolucionando como concepto hasta que la Federación de Artes Marciales Japonesa introdujo el término *budo,* cuya principal diferencia era que todo ese conjunto de técnicas ya no se usaban para guerrear, sino para construir el carácter de la persona a nivel moral. Este se introdujo en el ámbito escolar y también formaba parte de la asignatura de Educación Física. No obstante, lo diferenciaron del resto de prácticas deportivas para poner énfasis en lo espiritual. El *budo* no debía ser visto como un deporte competitivo y por tanto no se organizaban competiciones, sino partidos de exhibición. Es decir, no había ni ganadores ni perdedores.

Cierto es que existía una visión general de cómo se debían enseñar las artes marciales, sin embargo, surgieron muchas escuelas de las que salieron diferentes versiones. Es decir, las artes marciales se fueron desarrollando de forma independiente según la teoría de cada *sensei* y las diferentes armas utilizadas —que para entonces no se usaban para herir y estaban hechas de bambú o madera—. Se podría decir que el judo, el kendo, el kyudo… son el resultado de que «cada maestrillo tiene su librillo».

Y del *budo* surgió el judo, ¿cómo es posible si en las artes marciales no había competición? En este caso, no fue una evolución del *budo* sino que alguien inventó explícitamente este deporte. Fue Jigoro Kano quien lo desarrolló en 1882 tras un estudio de lo que se estaba haciendo hasta el momento. Como cada *sensei* desarrollaba una teoría propia a la hora de enseñar *jujutsu,* ese cuerpo a cuerpo difería según las escuelas. En algunas implicaba la capacidad de luchar sin armas. Para ello se obligaba a uno de los practicantes a usar un conjunto completo de armadura pero no podía portar armas, mientras que el oponente sí las usaba. El objetivo de esta forma de autodefensa era abrumar al oponente por la habilidad física, en vez del poder material que otorgaba llevar un arma —aunque fuese de bambú o madera—. Kano analizó cada técnica y

cada movimiento de estas teorías y acabó reconstruyendo la suya propia, así creó el judo. Este nació basándose en el principio de que había que usar de la forma más económica la energía del cuerpo y de la mente. Para su entrenamiento, Kano dividió la educación en tres áreas: la educación intelectual, la educación moral y la educación física. Aunque el objetivo principal del judo *Kodokan* —su escuela— era la búsqueda de una forma de vida económica y racional, a diferencia de otras artes marciales sí se entrenaba para la victoria o para la derrota.



Los maestros Kyūzō Mifune y Jigorō Kanō.

Gracias al desarrollo que hizo de este arte marcial, a su buena posición familiar y su gran trabajo a nivel deportivo, fue el primer miembro asiático que entró a formar parte del COI, allá por 1909, y posteriormente se estableció en el Comité Olímpico de Japón. Su

escuela ganó rápidamente una gran influencia, puesto que para Kano eran muy importantes las relaciones públicas. Viajó mucho a nivel internacional y presentó el *judo* allá por donde viajó, al igual que invitaba con periodicidad a no miembros a conocer su *dojo* —la escuela, el espacio físico donde se practica un arte marcial—. Por otra parte, envió a varios de sus discípulos al Reino Unido y estableció en Londres una escuela de judo *Kodokan*. Además, formuló la idea de establecer la Federación Mundial de Judo, aunque no fuera él quien finalmente la inaugurara. Así fue como el judo se fue difundiendo a nivel mundial.

Por desgracia para los japoneses, el *budo* —y todos los conceptos que representaba— se prohibió en Japón después de la Segunda Guerra Mundial porque se consideraba que su filosofía se basaba en el militarismo. Esto significaba que si no había *budo,* tampoco había judo. Pero la difusión internacional ya era bastante potente así que, a pesar de ello, en 1948 se estableció la Federación Europea de Judo. La internacional (IJF) lo hizo tres años más tarde, con Reisei Kano, nieto de Jigoro Kano, como presidente.

Al poco tiempo se llevó a cabo el primer Campeonato Mundial de Judo. Las competiciones se sucedieron sin dividir a los participantes según su peso hasta 1963. Fue un periodo de cambios a nivel de regulación interna, en donde se pautó cómo decidir quién ganaba cada partido, qué sanciones se imponían a los competidores que mostraban una actitud inapropiada durante la lucha, etc. Con todos estos cambios se consiguió que el judo fuera oficialmente un deporte olímpico en los juegos de Tokio 1964. Desde entonces, las reglas han seguido evolucionando y se le ha dado más énfasis al resultado, a ganar —o perder—. También se introdujo en 1997 el color azul en el *judogi* —la vestimenta de este deporte—, para que los espectadores pudieran distinguir mejor a los competidores, pues antes vestían los dos de blanco. Es decir, se van introduciendo elementos para satisfacer las demandas de la televisión. Como arte marcial se ha comercializado, lo que implica que ha llegado tan lejos que va más allá de los ideales del *budo*. Tal y como Maguire y Nakayama sugieren en sus investigaciones, esto es causa de arrepentimiento dentro de la subcultura del judo en Japón. Una minoría. Para la mayoría, el judo es un motivo de orgullo pues el país ha conseguido 84 medallas desde que se introdujera este

deporte en las Olimpiadas. Eso sí, el hombre con más medalleros en su haber no es japonés, se trata del británico-francés Angelo Parisi, con un oro, dos platas y un bronce. Para el caso de las mujeres, la que tiene más medallas sí es japonesa. Desde que se permitiera a las féminas competir en este deporte en Barcelona 1992, Ryoko Tani ha conseguido dos oros, dos platas y un bronce.

La paradoja de la modernización

Para terminar, una reflexión acerca del rol que ha jugado la cultura del deporte en la formación de género. Cierto es que ha tenido un papel importante en la modernización de Japón, a la vez que ha sido importante en el cambio de conciencia corporal. Pero dicha transformación ha hecho efecto de otro modo un tanto paradójico. Según recoge el sociólogo Keiji Matsuda, con el inicio de esa modernización, la costumbre japonesa de los *iregomiyu* —baños calientes de admisión general— comenzó a desvanecerse. Hombres y mujeres se bañaban juntos y desnudos sin pudor alguno —ni actitud lasciva—, costumbre que los extranjeros consideraban muy peculiar. Había quienes relataban su sorpresa cuando las mujeres japonesas entraban al baño sin nada de ropa ni tampoco vergüenza ante los hombres. Los extranjeros criticaron este tipo de baños como indecentes, y el gobierno Meiji intentó regular su uso mixto. Con la propagación de los deportes y una nueva manera de educar, acabó desapareciendo esta costumbre y se estableció otro tipo de percepción corporal, más vergonzosa.

El filósofo Shuzo Kuki disertó sobre las diferencias entre la cultura occidental y la japonesa, identificando en esta última el respeto por la ambigüedad o la falta de claridad. En nuestra cultura, se percibe el cuerpo como algo que no se conoce, lo que da inseguridad. En Japón es normal aceptar hechos que contradicen la voluntad humana, mientras que en Occidente se tiende a construir la vida personal razonando, sin reconocer esas contradicciones. Según Matsuda, Japón adquirió una nueva simbología para el corazón y el cuerpo relacionada con lo espiritual y lo material. A tal

efecto, el deporte se convirtió en un medio eficaz para comunicar el género. De modo que la vida social cara a cara es como un teatro, en la que se deben representar los roles masculino y femenino, ideados por la sociedad.

Bibliografía

1banryukyu (2011). How to use a Japanese Kanji Dictionary: https://youtu.be/DEEmrP0wVFU (4.8.2011).

AIKO, HAYASHI (2013). Los biosensores cambiarán el futuro de la asistencia sanitaria. *Nippon* 26.12.2013.

ARANA, ISMAEL (2019). Trabajar 12 horas y morir en la oficina: así es el país sin vacaciones. *La Vanguardia*. 21.5.2019.

ARIANA, RUTH (2018). Las peculiaridades del idioma japonés (sociolingüística). *Ikigai*. 27.4.2018

BARBER, KIMIKO (2009). *The Chopstick Diet*. Kyle Books.

BERNARDI, P. (2016). *Curiosidades de los Juegos Olímpicos de Tokio 64*. historiasdelosjuegos.com 20.06.2016.

BUCHANAN, KELLY (2017). Many adoptions in Japan are not about raising children. Library of Congress. 5.4.2017.

BUERK, ROLAND (2011). Apartamentos suicidas en Japón. *BBC*. 26.2.2011.

CALIMENTE, JOHN (2012). Rail integrated communities in Tokyo. *Journal of Transport and Land Use*. Vol. 5 No. 1, pp. 19–32

CARDONA, JUAN MANUEL (2000). *Nociones básicas del idioma Japonés*. Universidad nacional de Colombia.

CAVALLI-SFORZA, LUIGI LUCA *et al.* (1994). *The History and Geography of Human Genes*. Princeton University Press.

CONDE RUIZ, JOSÉ IGNACIO *et al.* (2013). Cronología histórica de Japón. Anuario Internacional CIDOB 2013. Japón, perfil de país. Barcelona Centre for International Affairs.

CREMASCHI, FABIÁN; DUJOVNY, EIAL. (1996). The Japanese language and brain localization. *Neurological Research*, 18. 212.216.

DE LA CALLE REAL, MARIO; MUÑOZ ALGAR, MARÍA JOSÉ (2018). Hikikomori: el síndrome de aislamiento social juvenil. *Revista de la asociación española de neuropsiquiatría*. vol. 38, n. 133.

ESCARABAJAL, M.D. (2003). Alteraciones genéticas relacionadas con el alcoholismo. *Rev. Neurol*, 37 (5), pp. 471-480

FAURE, BERNARD (2003). *The Power of Denial.* Princetown University Press.

FLYVBJERG, B. Y STEWART, A. (2012) *Olympic Proportions: Cost and Cost Overrun at the Olympics 1960–2012*. Saïd Business School, Universidad de Oxford.

FUKIURA, T. (2014). Una breve historia de los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964. *Nippon.* 21.10.2014.

HAJIME, ARAI (2017). Las claves para combatir el acoso escolar en Japón. *Nippon*. 06.03.2017

HAMMOND, CLAUDIA; KREMER, WILLIAM (2013). Hikikomori: por qué tantos japoneses no quieren salir de sus cuartos. *BBC*. 05.07.2013

HANE, MIKISO (2010) [2000]. *Breve historia de Japón.* Alianza Editorial.

HARAVEN, TAMARA K. (1987). Historical Analysis of the Family. En *Handbook of Marriage and the Family*. Springer.

HASEGAWA, KYOKO (2019). 'Parasite singles': Why young Japanese aren't getting married. *The Japan Times*. 9.12.2019.

HAVLICEK, JAN; LENOCHOVA PAVLINA (2006). The Effect of Meat Consumption on Body Odor Attractiveness. *Chemical Senses*, Volume 31, Issue 8, pp. 747-752.

HAYAKAWA NORIYO (1991). The Development of Women's History in Japan. En *Writing Women's History*. Palgrave Macmillan.

HEARN, LAFCADIO (2009) [1904]. *Japón. Un intento de interpretación*. Satori Ediciones.

HENSHALL, KENNETH G. (1999). *Dimensions of Japanese Society*. Palgrave Macmillan.

HIGUCHI, SUSUMU *et al.* (2004). Young People's Drinking Behavior in Japan. Tottori University School of Medicine and Kurihama Alcoholism Center.

HIGUCHI, SUSUMU *et. al.* (2007). Japan: alcohol today. *Addiction*, 102, pp. 1849-1862.

HIROSHI, HARASHIMA (2013). El cambiante rostro de la belleza japonesa. *Nippon*. 22.11.2013.

HIROYUKI, ISHI (2017). Concepciones japonesas sobre la vida (1). *Nippon*. 27.7.2017.

HONGWEI, SUN (2011). Los palillos chinos: su historia y evolución. *Revista Instituto Confucio*, 4, Vol. 1.

JAFFE, ERIC (2012). The Secret to Tokyo's Rail Success. *Citylab*. 18.5.2012.

JAMIESON, PHILIP (2019). Descubriendo la verdad de la sociedad matriarcal en el mundo antiguo. *Ancient Origins*. 8.3.2019.

KANJI, IZUMIYA (2019). La psicología profunda del absentismo escolar en secundaria. *Nippon*. 2.4.2019

KAWAGUCHI, JUDIT (2006). Entrevista a Tadanobu Tsunoda. *The Japan Times*. 27.6.2006.

KHAN, YOSHIMITSU (1997). *Japanese Moral Education, Past and Present*. Associated University Press.

KYOKO, TAKAGI (2018). ¿Cuántas vacaciones tienen los japoneses? *Nippon*. 28.2.2018.

KYOKO, TAKAGI (2018). ¿Hasta el color de la ropa interior? Excesos reglamentarios que oprimen a profesores y alumnos. *Nippon*. 5.7.2018.

LANDERAS, JAVIER (2014). *Cómo hacen los japoneses. Un enfoque cultural para negociar con Japón.* Satori Ediciones.

LAPIDARIO, JOSEP (2014). Kanji: la belleza de la escritura. *Jotdown*.

LEIBOWITZ, URI (2018). What is Friendship? *Disputatio*. 10. pp. 97-117.

LÓPEZ, ALFRED (2019). Cuando en Japón, a lo largo de doce siglos, estuvo prohibido consumir leche y carne por

cuestiones religiosas. *Yahoo Noticias*. 26.4.2019.
LUO, PENG (2008). Analysis of Cultural Differences between West and East in International Business Negotiation. *International Journal of Business and Management*. Vol. 3, No. 11.
MACKIE, VERA (1997). *Creating Socialist Women in Japan*. Cambridge University Press.
MAGUIRE, J. A. Y NAKAYAMA, M. (2006). *Japan, Sport and Society*. Routledge.
MARSH, PETER; KATE FOX KIBBY (1992). *Drinking and Public Disorder*. The Portman Group.
MARTÍ, JOSEP (1997). Los burakumin en la sociedad japonesa. *Revista Internacional de Sociología (RIS) Tercera Época*, n. 016, pp. 183-203.
MARTIN, ANNETTE *et al.* (2010). A functional ABCC11 allele is essential in the biochemical formation of human axillary odor. *The Journal of Investigative Dermatology*, vol. 130, 2, pp. 529-540.
MARTÍNEZ GALÁN, SARA (2017). Pornografía animada japonesa. El éxito del hentai. Tesis doctoral inédita. Universidad Politécnica de Valencia.
MCDANIEL, EDWIN R. (1993). Japanese Nonverbal Communication: A Review and Critique of Literature. En Annual Meeting of the Speech Communication Association. Miami Beach, FL, 18-21 de noviembre, 1993.
MICHIKAZU, KONO (2013). El idioma japonés. *Nippon*. 24.6.2013.
MIKI, MASUDA (2017). Una iniciativa modesta pero efectiva: el teletrabajo en nippon.com. *Nippon*. 15.8.2017.
MOHORTE, ANDRÉS P. (2019). ¿Cuáles son los idiomas más rápidos del mundo? El japonés y el español. Pero por un buen motivo. *Magnet Xataka*. 3.10.2019.
MORITA, LIANG (2019). The Emphasis on Ethnic Homogeneity and Japanese and Danish Immigration Policy. *World Journal of Social Science*.
MULHERN, TERRY (2017). Why do people with East Asian heritage get flushed after drinking alcohol? University of

Melbourne. *The Conversation*. 27.12.2017.
NAOMI, MIURA (2018). Mejorando el sistema de adopción en Japón. *Nippon*. 13.4.2018.
NAOMICHI, ISHIGE (2006). La comida: otra perspectiva de la historia cultural de Japón. Museo Nacional de Etnología. *Nipponia*, n. 36. 15.3.2006.
NAWROCKA, MONIKA (2016). The Japanese Lunch–box Culture. En *Journal of Polish Association for Japanese Studies*, n.6, pp. 11-34.
NEKOJITABLOG (2018). Gastamos 110€ en una Amiga de alquiler en Japón: https://youtu.be/FGVhIzsCvtU (29.05.2018).
OI, MARIKO (2012). Adult adoptions: Keeping Japan's family firms alive. *BBC*. 19.9.2012.
OI, MARIKO (2015). ¿Por qué el 1 de septiembre es el día más mortal para los jóvenes japoneses? *BBC*. 1.9.2015.
OKAZAKI, T. (2012). Punctuality: Japanese business culture, railway service and coordiation problem. *International Journal of Economics and Finance Studies*, 4 pp. 277–286.
ORTEGA-RUIZ, ROSARIO (2015). *Convivencia y ciberconvivencia.* Machado Libros.
PARRA, SERGIO (2013). Cosas que no sabías sobre comer con palillos en Japón. *Diario del Viajero*. 10.10.2013.
PARRA, SERGIO (2017). ¿Por qué usar cubiertos puede no ser la mejor forma de llevar comida a la boca? *Yorokobu*. 27.12.2017.
PAYNE, M. (2006). *Olympic Turnaround: How the Olympic Games Stepped Back from the Brink of Extinction to Become the World's Best Known Brand.* Praeger.
PÉREZ FERNÁNDEZ, JOSE R. (2011). La dieta de un luchador de sumo. *Viajablog*. 30.8.2011.
PILAR, SAMUEL A. (2019). La epidemia de la obesidad en España. Lab RTVE. 15.1.2019.
PURDON, N. (2016). 4 legacies of the 1976 Montreal Olympics you probably didn't know about . *CBC*. 16.07.2016.

RACLE, GABRIEL (1986). Tadanobu Tsunoda. The japanese brain uniqueness and universality. *Communication et Langages*, n°67, pp. 120-121.

RATH, ERIC C. (2016). *Japan's Cuisines*. Reaktion Books.

RYOSUKE, FUJITANI (2018). Las tiendas de veinticuatro horas de Japón: la comida. *Nippon*. 12.11.2018.

RYOSUKE, FUJITANI (2018). Servicios especiales de las tiendas de veinticuatro horas para el turista. *Nippon*. 21.11.2018.

SÁNCHEZ, FRANCISO (2020). Chōwa: el concepto japonés que te permitirá alcanzar la felicidad. *El Confidencial*. 09.02.2020.

SACHIKO, KURODA (2018). La nueva legislación tratará de romper con la cultura del exceso de horas extras. *Nippon*. 20.9.2018.

SAMPEDRO, JAVIER (2003). Cada persona es distinta, pero no debido a su raza. *Bioética Web*. 19.12.2003.

SASSI, FRANCO. (ed.) (2015). *Tackling Harmful Alcohol Use: Economics and Public Health Policy*. OECD Publishing.

SATO, BARBARA (2003). *The New Japanese Woman.* Duke University Press.

SHINKICHI, SUGIMORI (2012). El acoso escolar japonés. *Nippon*. 9.11.2012.

Sin autor (1960). Road Traffic Act. Law number: Act No. 105 of 1960.

Sin autor (2013). ¿Realmente necesitamos desodorante? *BBC*.

Sin autor (2016). ¿Por qué los japoneses tienen cada vez menos sexo? *BBC*. 22.9.2016

Sin autor (2016). Hanko e inkan. *Nippon*. 10.7.2016.

Sin autor (2016). The Indeed job happiness index. *Indeed*.

Sin autor (2016). Sumo. *Nippon*. 10.4.2016.

Sin autor (2017). Un avión da media vuelta tras cuatro horas de vuelo por un pasajero despistado. *El País*. 27.12.2017

Sin autor (2017). What is the average work commute time in

Japan? *Real State Japan*. 13.6.2017.
Sin autor (2018). Así es Aokigahara, el bosque de los suicidios. *La Vanguardia*. 10.1.2018.
Sin autor (2018). Cae el número de máquinas expendedoras: ¿están perdiendo la batalla ante las *konbini*? *Nippon*. 29.8.2018.
Sin autor (2018). Alcohol consumption: levels and patterns. OMS.
Sin autor (2018). El pollo, la carne más consumida por los japoneses. *Nippon*. 3.9.2018.
Sin autor (2018). Los trabajadores japoneses continúan tomando solo la mitad de sus vacaciones pagadas. *Nippon*. 15.11.2018.
Sin autor (2019). Japón inventa las «hermanas de alquiler» para cuidar de los hikikomori. *El Confidencial*. 17.4.2019
Sin autor (2019). Historia del idioma japonés. *Pangeanic*.
Sin autor (2019). Educación. Los cimientos para el crecimiento y la prosperidad. *Japan Fact Sheet*. 27.11.2019
Sin autor (2019). El número de suicidios entre niños y adolescentes en Japón alcanzó un máximo histórico en 2018. *Nippon*. 29.10.2019.
Sin autor (2019). Hacia los 10 millones de 'hikikomori': la visión de Saitō Tamaki. *Nippon*. 26.9.2019.
Sin autor (2019). Los japoneses beben hoy menos alcohol: el consumo es un 20 % menor que en la época de máximo apogeo. *Nippon*. 12.6.2019.
Sin autor (2020). Convenience store statistics data. Japan Franchise Association.
Sin autor (2020). Tokyo: Access and Orientation. *Japan Guide*. 18.5.2020.
Sin autor (2020). Travel State. Japan intercountry adoption information. Bureau of Consular Affairs.
Sin autor (2017). ¿Qué tienen en común las personas que viven 100 años? *BBC*. 15.12.2017
Sin autor. (2018). Employment. Hours worked. OECD Data.
Sin autor/sin fecha. Preparing 21st century students for a

global society an educator's guide to the "Four Cs". National Education Association. Washington D. C.
Sin autor (2020). Página oficial de los Juegos Olímpicos de Tokio 2020. olympic.org/tokyo-2020
Sin autor. (2020). Yudo en los Juegos Olímpicos. En Wikipedia. 7.12.2020 es.wikipedia.org/wiki/Yudo_en_los_Juegos_Ol%C3%ADmpicos
STEGER, BRIGITTE (2016). Lo que podemos aprender del inemuri, la costumbre japonesa de quedarse dormido en cualquier parte. *BBC*. 27.5.2016.
SUNDA, MIKE (2015). Japan's hidden caste of untouchables. *BBC*. 23.10.2015.
TAKEZAWA, YASUKO (2015). Translating and Transforming 'Race': Early Meiji Period Textbooks. *Japanese Studies*, 35 (1), pp. 5-21.
Sin autor (2019). Japan's adoption rules changed to allow older kids' ties to biological parents to be severed. *The Japan Times*. 7.6.2019.
THOMPSON, STUART A. (2014). Which Cities Get the Most Sleep? *The Wall Street Journal*. 15.8.2014.
TOMOKO, HANAI (2018). La rutina de los luchadores de sumo del establo de Takadagawa. *Nippon*. 10.9.2018.
TOMOKO, NANBA (2018). Significado y evolución de los uniformes escolares en Japón. *Nippon*. 24.10.2018.
TSUYOSHI, TSUDUKI (2019). La mejor alimentación japonesa para llegar a los cien años. *Nippon*. 28.5.2019.
WANG, EDUARD (2015). *Chopstick. A Cultural and Culinary Story*. Cambridge University Press.
Sin autor (2007). Sumo. La belleza de una ceremonia tradicional y la fuerza. *Web Japan*. 13.10.2007.
WEST, MARK D. (2020). *Drunk Japan. Law and Alcohol in Japanese Society*. Oxford University Press.
WHITEHILL, ARTHUR M. (1991). *La gestión empresarial japonesa.* Ed. Andrés Bello.
WILFORD, L. (2017). Towards a True Children's Cinema: on 'My Neighbor Totoro'. 13.03.2017
YAMASHIRO, JANE (2013). The Social Construction of Race

and Minorities in Japan. *Sociology Compass*.
YANAGISAWA, KANAME (2015). Historical Background of the Japanese School. En *Schools for the Future*. Springer.
YOSHIDA, HIROSHI; ISHIGAKI, MASAHIRO (2020). Web clock of child population in Japan. 30.05.2020.
YOSHIE, KOMURO (2017). Conciliación laboral–familiar para luchar contra el envejecimiento. *Nippon*. 21.6.2017.
VINTAGE VIDEOS (2019). Tsuiseki (追跡) - Episode: The First Errand #9: https://youtu.be/vMkAOVECVnE (12.02.2019).
YUSUKE, INOUE (2018). ¿Por qué los japoneses siempre comen arroz? *Nippon*. 24.9.2018.
ZAMORANO, E. (2019). Los japoneses tienen 10 días de vacaciones más y no saben qué hacer con ellos. *El Confidencial*. 5.4.2019.
ZAMORANO, E. (2020). La razón por la que los japoneses están dejando de ir al colegio. *El Confidencial*. 16.2.2020.
ZHANG, SARAH (2018). Why Can't Everyone Do the 'Asian Squat'? *The Atlantic*. 16.3.2018.

Agradecimientos

Gracias a Sergio por impulsar que este libro se hiciera realidad. A Antonio, el director editorial, por creer en el proyecto. A mi editora, Ángeles, por su paciencia y buen humor. A Josep por enseñarme rincones de Tokio muy auténticos. A las hijas de Carolina, por el fanzine que me hicieron con tanto cariño de lo que significa Japón para ellas. Y a los protagonistas de cada capítulo, por inspirarme a seguir investigando.

BEATRIZ LIZANA LÓPEZ es licenciada en Ciencias del Trabajo y Turismo y máster en Periodismo de Viajes. Utiliza la escritura y la fotografía como herramientas para entender el mundo. Es andaluza aunque hoy vive en Barcelona, mañana quién sabe. Viaja para contar historias y cuenta historias para seguir viajando. Le interesan las personas e investiga sobre la motivación tanto individual como colectiva acerca del significado del trabajo. Es ecléctica, de pies alados y "experimentóloga" —los experimentos como forma de vida—. Su casa, xperimentando.com, un proyecto para mantener viva la curiosidad.

Notas

[1] 機知に富んだ Significa «ingenioso». < <